
UNA
MUJER
DEL PASADO
Leah Ashton
elit

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Avenida de Burgos 8B

Planta 18

28036 Madrid

© 2013 Leah Ashton

© 2023 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Una mujer del pasado, n.º 386 - agosto 2023

Título original: A Girl Less Ordinary

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 9788411803595

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Prólogo

Fremantle, Australia del Oeste

Trece años atrás

Ni cuando estuvo al lado de la ventana del dormitorio de Jake Donner viendo cómo las flexibles persianas de aluminio golpeaban rítmicamente contra el cristal por la suave brisa se echó Eleanor Cartwright para atrás.

Aunque eso no significaba que no estuviera nerviosa. Claro que lo estaba. En su opinión, las declaraciones de amor siempre provocaban algo de nervios.

Pero aquella noche los nervios no importaban. Tenía que hacerlo.

«Deberías decírselo, cariño. El amor no tiene que ser un secreto».

No había prestado excesiva atención a su madre cuando le dijo aquello un par de meses atrás. Incluso se rio.

«No digas tonterías mamá, no estoy enamorada de él. Solo somos amigos».

Su madre sacudió entonces la cabeza con gesto de incredulidad, lo que hizo que Eleanor se sintiera como si tuviera doce años, no dieciséis.

«Da lo mismo, mamá. De todas maneras se va a ir. No tiene sentido».

Y tal vez siguiera sin tenerlo. Pero ya daba igual. Desde hacía exactamente veintinueve días había muchas cosas que ya no importaban.

Eleanor aspiró con fuerza el aire. Podía hacerlo. Dejar que Jake se marchara de Fremantle y de su lado sin saber lo que sentía ya no era una opción.

La brisa fresca de antes del amanecer hizo que Eleanor se estremeciera. La ráfaga se coló por la ventana entreabierta de Jake y provocó que las persianas repiquetearan ruidosamente.

No salió ningún sonido del dormitorio. Lo que no le resultó sorprendente, teniendo en cuenta que eran las tres de la madrugada. Además, Jake siempre dormía como un tronco.

Se acercó un poco más a la ventana. El rocío que cubría la larga hierba sin cortar que rodeaba su casa le humedeció las piernas. La cama de Jake estaba justo debajo de la ventana, así que se puso de puntillas y la abrió. La ventana, igual que el resto de la casa, era vieja y soltó su habitual chirrido de protesta.

—¿Jake? —preguntó con la esperanza de que el ruido le hubiera despertado.

Pero no tuvo tanta suerte.

Así que continuó con su plan. Se agarró a los bordes de la ventana y se levantó a pulso. La idea era apoyarse en el quicio de la ventana, estirar la mano y despertar suavemente a Jake.

Pero las cosas no sucedieron así.

El movimiento la propulsó hacia delante… y hacia dentro. En medio del ruido de las persianas, su grito de sorpresa y el de Jake, Eleanor rebotó en la cama y cayó al suelo. El cuerpo de Jake se apretó contra el suyo desde el pecho hasta la cadera. A ella se le habían caído las gafas, pero la confusión de Jake quedaba patente en su rostro tenuemente iluminado por la luna.

—¿Qué diablos pasa? ¿Eleanor?

Ella asintió, incapaz de hablar momentáneamente por dos razones: el golpe que se había dado contra la desgastada moqueta y el darse cuenta de que Jake estaba en calzoncillos bóxer.

Pero entonces él se levantó al instante y se apartó de ella. La luz se encendió un segundo después. Eleanor se quedó mirando la bombilla desnuda e hizo un esfuerzo por tratar de respirar y pensar al mismo tiempo.

—Eleanor, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Jake acercándose y ayudándola a levantarse del suelo—. ¿Por qué estás todavía en uniforme?

Ella bajó entonces la vista hacia la arrugada camisa blanca y la falda de cuadros escoceses que le llegaba hasta la rodilla. No se había fijado en cómo iba vestida. Aquel día, toda la semana, el mes entero, habían transcurrido en una nebulosa.

—No podía dormir.

—¿Y decidiste saltar por mi ventana?

Eleanor se limitó a quedarse mirándole.

Jake suspiró y se rascó el vientre con gesto distraído. Aquel vientre había cambiado mucho desde sus muchas salidas a la playa el verano anterior. Ahora estaba más firme, más delgado. Podía ver la juntura de sus caderas justo por encima de los calzoncillos que le colgaban bajos. Jake siguió la dirección de su mirada y tiró un poco hacia arriba de la banda de los bóxer. Pero no parecía estar en absoluto avergonzado. Nunca lo estaba. Tenía el pelo completamente revuelto y estaba tan guapo como siempre.

Eleanor sabía que ella no estaba guapa. Pero al menos se le habían secado las lágrimas de las mejillas. Además, su madre siempre le decía que el aspecto no importaba, que lo importante era el interior.

—Quería hablar contigo —dijo en voz baja.

Jake apartó la mirada.

—¿Sobre tu madre?

—No —respondió ella. Y le dio la sensación de que Jake parecía aliviado.

Había pasado casi un mes desde que su madre olvidó mirar antes de cruzar una de las calles llenas de tráfico de Fremantle. Desde entonces, Eleanor apenas había visto a Jake.

Ella lo había querido así. Durante los primeros días no salió de casa excepto para ir al funeral. El olvido que le proporcionaba el sueño era el único alivio para el indescriptible dolor de aquella pérdida. Y cuando finalmente volvió al colegio lo hizo sola. Jake ya había terminado los exámenes finales y por primera vez en cuatro años fue y regresó del colegio sin él.

No quería compañía. Ni siquiera la de Jake.

Pero ahora sí. Ahora le necesitaba. Y sin embargo él estaba cambiando el peso de un pie a otro como un atleta olímpico en el cajón de salida a punto de echarse a correr.

No. Eso no podía ser. Jake siempre había estado ahí para ella. Tenía que sentarse, y lo hizo en el borde de la cama. Encontró las gafas entre las sábanas arrugadas y se las puso con manos ligeramente temblorosas.

Jake la miró con recelo. Así no era como ella esperaba que salieran las cosas.

—Quería hablar contigo antes de que te fueras.

—Mi vuelo no sale hasta el lunes, Eleanor. Eso supone dos días en los que podrías haber venido a llamar a mi puerta en un momento en el que no estuviera durmiendo.

Ella entornó los ojos.

—No pensé que te importara.

Pero estaba claro que le había molestado. Tres semanas atrás había estado tomándola de la mano en el cementerio con el bolsillo lleno de pañuelos de papel para ella… ¿y ahora no podía ni siquiera mirarla?

Jake se cruzó de brazos. No era precisamente el lenguaje corporal de alguien abierto a una declaración de amor.

Pero eso no iba a detenerla ahora que había llegado hasta allí. El hecho de que Jake actuara

de un modo extraño no suponía ninguna diferencia.

Además, ella entendía lo extraño. Apenas podía recordar lo que era sentirse normal, ser ella misma. Solo encontraba algún que otro destello de normalidad en medio de un abismo de dolor.

Y respecto al asunto de Jake… bueno, no era tonta. Había visto el modo en que la miraba a veces. No se lo había imaginado. Algo había cambiado, de eso estaba segura.

Tal vez solo necesitara un plan de ataque distinto.

Cruzó la habitación antes de que los nervios se apoderaran completamente de ella. Jake abrió los ojos de par en par al verla acercarse pero no se movió. Eleanor se detuvo a menos de un metro de él y alzó la cabeza para mirarle a los ojos.

Consideró la opción de acariciarle. Las chicas populares del colegio lo hacían con suma facilidad. Le pasaban distraídamente el brazo por el hombro a su novio del momento en la hora de la comida o le abrazaban en la parada del autobús.

Pero Eleanor no era como ellas. Y no sabía qué hacer.

La frustración la llevó a decir precipitadamente:

—Te amo.

Sonó más bien como un murmullo, pero estaba claro que Jake lo escuchó porque se apartó de ella de un respingo. No era la reacción que Eleanor buscaba. El estómago se le detuvo de golpe.

—No, no me amas —afirmó él como si fuera un hecho.

—Sí —insistió Eleanor con más fuerza esta vez—. Sí te amo.

Jake sacudió la cabeza.

—Solo estás confusa por…

—¿Por lo de mi madre? No. Ya lo sabía antes. Fue idea suya que te lo dijera.

Jake se apartó un par de pasos más y le dio la espalda. Apoyó las manos sobre el escritorio lleno de teclados, discos duros y un montón de aparatos cuyo nombre Eleanor desconocía.

En un rincón de su mente sabía que tendría que estar llorando. Pero sentía una extraña calma. Tenía que irse de allí, dirigirse directamente a la valla que separaba sus casas y luego atravesar el estrecho hueco que habían utilizado durante años para entrar y salir. Volver a su habitación. A la mañana siguiente podría volver, fingir que no había hablado en serio, y las cosas volverían a la normalidad.

Pero Jake iba a marcharse. Las cosas no volverían nunca a la normalidad.

—He pensado que tal vez tú también me ames —dijo con el corazón latiéndole con fuerza.

Aquello hizo que Jake se diera la vuelta. De pronto lo tenía justo delante. Acorralándola.

—Tienes que irte, Eleanor. Tu padre estará preocupado.

No, no lo estaría. Su padre no se fijaría en ella ni aunque se quitara la ropa y empezara a correr en círculos.

Jake estaba demasiado cerca.

Le gustaba la anchura de sus hombros, y también su pecho. Algunas de las chicas más guapas se habían fijado en él, pero Jake no estaba interesado. Y ella se alegró de veras cuando las rechazó. De hecho se comportaba como un bicho raro, lo que provocaba que su fama de friki creciera. Y eso era precisamente lo que él quería. Pero el chico que estaba ahora delante de ella, en su dormitorio y sin camisa no era desde luego ningún tipo raro. Era su mejor amigo. El chico que la hacía reír y la ayudaba con las matemáticas mientras ella le ayudaba a él con lengua. Eran un equipo. Le amaba. Y necesitaba saber si él la amaba a ella.

—Eleanor, por favor, tienes que…

Pero antes de que pudiera acabar la frase, ella le besó.

O al menos lo intentó. Porque cuando se puso de puntillas, cerró los ojos y se inclinó hacia delante… sus labios dieron contra la mejilla de Jake.

La mejilla.

Y fue aquello lo que finalmente hizo que se diera cuenta de la realidad. Cuando alguien amaba a una persona no le apartaba la boca.

Durante un instante se quedó paralizada por el horror de la humillación. Paralizada con los labios todavía muy cerca de su piel.

—No. No puedo hacer esto. Yo…

¿Qué estaba diciendo? Eleanor apenas le oía. Solo escuchaba con claridad su propia voz en el interior de la cabeza.

«Estúpida, estúpida, estúpida».

¿Cómo podía haber llegado a creerse de verdad que Jake la amaba? ¿Por qué demonios iba a amarla? No era guapa. No era tan inteligente como él. No llevaba la ropa de moda como las chicas populares. No sabía cómo coquetear ni cómo besar a un chico. Eso estaba claro.

Tenía que salir de allí. No tendría que haber ido nunca. Sin decir una palabra, le rodeó, se subió a la cama y cuando estaba saliendo por la ventana se dio cuenta de que Jake no había dicho ni una palabra.

Vaya. Lo cierto era que pensaba que iba a pedirle que se quedara. Miró hacia atrás mientras sacaba las piernas hacia fuera con la falda enredada en la cintura. Pero no le importaba. Jake no iba a darse cuenta. La estaba mirando con una expresión de… ¿remordimiento? No. Ahora se estaba engañando a sí misma. En realidad la miraba con compasión. Sin duda.

Y no tenía ninguna intención de quedarse a verlo. Así que saltó al jardín y se acercó caminando a su casa aunque en realidad lo que quería era ir corriendo. Y no miró atrás.

Más tarde, mientras miraba fijamente el techo incapaz de derramar ya más lágrimas, se las arregló para sacar algo positivo de aquel terrible desastre.

Aquella era otra de las ideas de su madre, la creencia absoluta en que siempre se podía encontrar algo bueno en absolutamente todas las situaciones. Y sí, había algo bueno en el asunto de Jake.

No tendría que volver a verle jamás.

Capítulo 1

Sídney, Nueva Gales del Sur

En la actualidad

Era una emboscada. Así de simple. Jake Donner lo sabía. Y todos los miembros de la junta directiva que ahora le miraban con idéntica cara de póquer también lo sabían.

¿Cuánto tiempo llevaba cociéndose aquello? ¿Horas? ¿Días? ¿Semanas?

—No —Jake pensó que aquello era lo único que necesitaba decir.

—No hay otra opción, Jake —aseguró Cynthia George, una ejecutiva de cabello gris retirada que había trabajado en uno de los bancos más importantes de Australia y que ahora ocupaba su tiempo libre formando parte de la junta directiva de algunas corporaciones.

Mientras le observaba con expresión feroz, Jake recordó por qué había apoyado su candidatura a aquella junta directiva. No es que fuera intimidante, es que resultaba aterradora.

Pero él se encogió de hombros.

—Buscaos a otro.

Jake forzó a su cuerpo a reclinarse en el asiento de cuero de su silla y trató de fingir una actitud de despreocupación. Pero tenía los músculos tensos y tuvo que hacer un esfuerzo por no levantarse y ponerse a recorrer arriba y abajo la sala de juntas de Armada Software.

Aquello no era representativo de sus habituales reuniones con la junta directiva. Normalmente pasaba el tiempo escuchando con atención cuando se hablaba de temas que le interesaban, desconectando cuando no era así y felicitándose ocasionalmente por la decisión que tomó años atrás de salirse del aburrido mundo del negocio que él mismo había fundado. Ahora tenía el veintiocho por ciento de la empresa, un joven y prometedor director general que también le observaba ahora con gesto serio y una junta directiva formada por la élite empresarial de Sídney, todos ellos con intereses financieros en Armada. Todo aquello suponía la excusa perfecta para prestar la mínima atención posible al día a día de la empresa y dejar que los expertos se preocuparan mientras él hacía lo que se le daba bien: la programación informática.

Hasta hacía un minuto, aquel acuerdo había funcionado a la perfección.

El director financiero deslizó sobre la mesa unos papeles unidos por un clip en su dirección.

—Esta es una opción, Jake. Reducir un veinte por ciento la plantilla de empleados fijos.

En una empresa en la que trabajaban más de dos mil personas solo en aquel edificio, eso suponía mucha gente.

—Recortar personal es la última opción.

El director financiero asintió.

—Estoy de acuerdo —señaló hacia el pantalla de plasma en la que todavía se mostraba el final de la última presentación—. De ahí la proposición de la junta.

Jake ni siquiera se molestó en mirar las cifras y los gráficos multicolores que tenía delante. Estaba familiarizado con ellos. Tal vez no dijera mucho en aquellas reuniones, pero leía todos y cada uno de los documentos de la junta al detalle.

Las ventas bajaban. Los costes subían. Armada no había salido indemne de la crisis mundial. Los hechos eran indiscutibles. Pero la solución que se estaba proponiendo sí podía discutirse.

—Estoy convencido de que el lanzamiento del primer teléfono inteligente de Armada aumentará significativamente los ingresos —aseguró Jake.

Y lo estaba. Aunque un poco menos desde la noche anterior, cuando leyó el sorprendente

informe financiero. Esperaba que la junta tuviera una solución brillante para lo que estaba seguro que era un problema temporal. Pero su incomodidad resultaba poco tranquilizadora, y la solución que ofrecían, imposible.

¿Jake Donner la nueva cara de Armada? No. Eso no iba a suceder.

—No es necesario tomar una medida tan drástica —aseguró.

Cynthia sonrió sin asomo de alegría.

—Unas cuantas apariciones en radio y televisión acompañadas de una nota de prensa no es una medida drástica, Jake. Armada necesita una cara conocida, y tú la tienes.

Jake sacudió la cabeza.

—Durante una década, la calidad de nuestros productos ha hablado por sí misma. Sinceramente, dudo mucho que sacar a un obseso de la informática vaya a ayudar en algo.

Cynthia emitió un sonoro sonido de desagrado con la nariz.

—¿Un obseso de la informática? Yo más bien diría un famoso multimillonario introvertido. El número dos en la lista de los australianos más misteriosos. El número uno de los solteros más codiciados. La publicidad del nuevo teléfono será mucho mayor si tú eres la cara del producto.

Jake se hundió todavía más en la silla y estiró sus largas piernas embutidas en unos vaqueros por debajo de la mesa. Él no pidió salir en las listas de aquellas estúpidas revistas del corazón. No pidió tener que molestar constantemente a la policía para lidiar con los fotógrafos que se atrevían a entrar en su finca de Blue Mountains.

Todo era absurdo. Basura. No había ninguna historia que buscar. Ninguna exclusiva.

¿Tan extraño era que despreciara la jungla de asfalto de Sídney? ¿Que no quisiera llevar traje ni asistir a reuniones interminables?

Al parecer sí.

¿A quién le importaba que prefiriera trabajar desde el confortable sofá de su salón? ¿O que prefiriera clavarse agujas en los ojos antes que asistir a alguna fiesta de la satisfecha élite de botox de Sídney? ¿A quién le importaba que creyera firmemente que su vida privada era privada y que una política de no declaraciones ni entrevistas le facilitara significativamente la vida?

Bueno, pues teniendo en cuenta los diez pares de ojos que tenía clavados en él en aquel momento, había mucha gente a la que sí le importaba.

Jake renunció a la idea de parecer despreocupado. Apoyó los mocasines en el suelo de parqué y echó la silla hacia atrás, levantándose con un movimiento firme para acercarse a los ventanales de la sala.

—Jake, en un mercado tan saturado no basta con tener un gran producto —aseguró la vicepresidenta de marketing y comunicación, una mujer elegante y delgada de cabello negro—. Por desgracia, las primeras investigaciones de mercado muestran que el teléfono Armada está despertando poco interés en los consumidores. Nuestros competidores americanos y japoneses tienen el mercado copado. La gente quiere las marcas conocidas aunque nuestro teléfono sea superior.

Jake se detuvo en seco.

—¿Y qué crees que puedo hacer yo al respecto? ¿Acaso ver mi cara en la portada de una revista va a ayudar a vender teléfonos?

La vicepresidenta sonrió.

—Los resultados de nuestras encuestas de grupo son alentadoras. Un anuncio que incluía tu nombre y tu foto cuadriplicaba el interés en el producto.

Jake se frotó la frente en un esfuerzo inútil por borrar las arrugas de preocupación. Tenía las

mandíbulas apretadas.

—La recomendación de la junta directiva es que procedamos con la campaña Jake Donner —intervino Cynthia.

—Si te niegas, nos veremos obligados a recomendar la implantación de medidas de reestructuración de personal —añadió el director financiero.

—Lo que planteamos es una campaña corta, Jake —aseguró la vicepresidenta—. Un mes de incomodidades para ti a cambio de diez millones de beneficios.

La totalidad de la junta soltó un murmullo de aprobación. Sí, aquello era sin duda una emboscada.

Un mes de incomodidades. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Podría recubrirse del oropel brillante que marketing escogiera para él? ¿Podría estar un mes posando y diciendo las frases correctas para ayudar a sacar a Armada de su agujero financiero?

Un mes de su vida a cambio de miles de puestos de trabajo y millones de dólares.

No sonaba tan sacrificado al ponerlo así. Tal vez ya no fuera el único dueño, pero seguía considerando a Armada como algo suyo. Como su responsabilidad.

Lo cierto era que no había que pensarse la decisión.

Jake gruñó a regañadientes algo que Cynthia interpretó correctamente como un sí. Algo completamente absurdo se le pasó por la cabeza: Ojalá no tuviera que ponerse traje.

Eleanor Cartwright esperó pacientemente al lado de la sala de juntas sentada pulcramente en un sofá de piel. No daba golpecitos nerviosos con los tacones contra el suelo. No se retorcía los dedos en el regazo. Y desde luego no le hizo a la asistente que la acompañó hasta el piso veintiséis ninguna de las muchas preguntas que tenía sobre Jake Donner.

Por supuesto, le resultaba posible no hacer ninguna de aquellas cosas porque podía controlarlas. No le sucedía lo mismo con las mariposas que le bailaban en el estómago. Pero daba lo mismo. Nadie tenía que saber de su existencia.

Finalmente se abrieron las puertas y una procesión de ejecutivos impecablemente vestidos salieron por ellas. Eleanor se puso de pie antes de captar un destello de la inconfundible chaqueta roja de Cynthia entre la masa de trajes negros y grises.

Eleanor sintió una punzada de orgullo al reconocer la chaqueta que ella misma había seleccionado para el guardarropa de Cynthia. Con su corte de pelo, el maquillaje perfecto y el impactante vestuario, Cynthia era un anuncio andante de Foto Perfecta, la empresa de imagen que Eleanor había fundado cinco años atrás.

Pero si la imagen de Cynthia había necesitado una revisión, su habilidad para comunicarse y negociar no. A Eleanor le había quedado demostrado cuando trató de negarse a la inesperada propuesta de Cynthia.

¿Aceptar a Jake Donner como cliente? Ni en un millón de años.

Aunque, ¿cómo decirle que no a tu mejor cliente sin tener una excusa razonable? O mejor dicho, con una excusa que no tenía ninguna intención de revelar.

Resultó que no era posible. Peor aún, Cynthia había dejado claro que consideraba aquel trabajo como un favor personal. Y teniendo en cuenta que la mitad de la clientela de Eleanor era el resultado de la recomendación de Cynthia, un favor no era mucho pedir.

Y siendo objetiva, con Jake Donner tendría un éxito que eclipsaría al de Cynthia. El negocio iba bien, pero con Jake en la lista de clientes el impacto en su cuenta de resultados sería estratosférico. El hecho de que Jake fuera el protagonista de la experiencia más humillante de su vida resultaba completamente irrelevante.

Así que allí estaba. A punto de ver a Jake Donner por primera vez desde hacía trece años.

Decir que sentía ganas de vomitar era quedarse corta.

—¡Eleanor! —exclamó Cynthia mirándola con su habitual franqueza—. Ven, le he pedido a Jake que esperara unos minutos.

A la espalda de Eleanor sonó el timbre que anunciaba la llegada del ascensor y en cuestión de segundos el resto de los miembros de la junta desapareció en su interior y las dos mujeres se quedaron solas en el vestíbulo.

—¿Qué tal ha ido la reunión? —preguntó Eleanor.

Pero Cynthia se limitó a responder alzando las cejas. ¿Qué esperaba Eleanor? Jake era el ermitaño más famoso de Sídney y estaba a punto de ponerse en la picota de todos los medios de comunicación australianos y del resto del mundo. No iba a estar de buen humor. Y cuando la viera la cosa empeoraría. No le cabía la menor duda de que Jake quería mantener su pasado tan enterrado como ella.

Eleanor aspiró con fuerza el aire, estiró los hombros y se preparó mentalmente mientras Cynthia volvía a abrir las pesadas puertas de la sala de juntas.

Podía hacerlo. Era una mujer segura de sí misma. Una triunfadora. Jake Donner no era más que otro cliente. Volvió a aspirar con fuerza el aire. Ya no era aquella niña insegura. Jake seguramente no la recordaría. No era más que otro cliente.

Eleanor repitió aquella frase una y otra vez mientras entraba en la sala sin fijarse apenas en la enorme mesa que dominaba la estancia ni en la lluvia que emborronaba las vistas de la ciudad. Estaba demasiado ocupada clavando la vista en la parte de atrás de aquella cabeza oscura con el pelo un poco largo. Era lo único que se veía de Jake, que estaba sentado de espaldas en su silla.

No se movió cuando se acercaron.

—Bien jugado, Cynthia —dijo con tono pausado pero no amigable.

Eleanor parpadeó. Necesitó un instante para absorber aquella voz familiar y al mismo tiempo completamente desconocida. Jake tenía diecisiete años la última vez que le vio y entonces ya le había cambiado la voz. Pero ahora era distinta de un modo que no podía explicar del todo. Más grave en cierto modo.

Por alguna razón que no pudo entender, Eleanor se estremeció.

—No hay ningún juego, Jake —aseguró Cynthia—. Eso implicaría que yo he ganado y tú has perdido. A menos, por supuesto, que le hayas asignado a Armada el papel de ganadora.

Jake se rio pero siguió sin darse la vuelta.

—No hay ninguna garantía de que esto vaya a funcionar, Cynthia. Creo que todo el mundo está sobrevalorando mi capacidad de influencia sobre el australiano medio.

Eleanor tragó saliva y contuvo una carcajada. Jake no podía estar hablando en serio. A pesar de los esfuerzos que hizo para evitar a Jake Donner cuando se mudó a Sídney casi una década atrás, había resultado imposible. Aunque aquella fuera la primera vez que se encontraban en el mismo espacio, Jake había penetrado en su mundo en toda clase de momentos inoportunos.

Era difícil ignorarle. Su personalidad retraída y su gran éxito atraían a los medios de comunicación. Su nombre aparecía en los artículos de la prensa económica especializada y en las revistas del corazón más amarillas. Y siempre relacionado con frases impactantes tipo: «Visionario de Internet, Evangelista de la Web», o incluso «El Bill Gates de su generación».

Eleanor cayó entonces en la cuenta de que Cynthia estaba hablando. Presentándola.

Cuando la silla empezó a girar Eleanor tragó saliva y cerró los ojos un segundo. Así cuando la mirada azul de hielo de Jake Donner se clavó en la suya ya estaba preparada.

En cierto modo.

—Buenos días —dijo—. Soy Eleanor Cartwright, la dueña de Foto Perfecta. Seré su consultora personal de imagen mientras dure la campaña.

Bien. Sonaba entera y profesional. Podía hacer aquello. Avanzó un paso hacia Jake con la mano extendida como si se tratara de un cliente más.

Y lo era.

Transcurrió un instante y no pasó nada. ¿Habría cometido un error táctico al fingir que no le conocía? Se había arriesgado. Era una decisión que había tomado tras prepararse durante el fin de semana para aquel encuentro. El plan era muy simple: armarse de valor y confiar en que todo saliera bien.

La expresión de Jake resultaba indescifrable. Eleanor mantuvo la mano extendida con obstinación y no apartó la mirado aunque lo que deseaba era salir corriendo lo más rápidamente que le permitieran los tacones.

Pero ya no haría algo así. Nunca más. La niña que Jake había conocido ya no existía.

Sin más opción que mirarle, Eleanor deslizó la vista por su rostro. A pesar de todas las fotos que había visto de él a lo largo de los años, se llevó una sorpresa. Era muy distinto al chico que recordaba.

Estaba más ancho, se le marcaban claramente los músculos bajo la fina tela de la camiseta. Y más guapo, la suavidad de sus facciones había quedado borrada por los duros ángulos de la edad, y tenía las mandíbulas más marcadas. De su cabello habían desaparecido los reflejos rubios del sol y ahora tenía el color del café con leche.

Antes le parecía que era mono. Guapo, incluso. Pero esos adjetivos ya no bastaban.

Ahora había que decir que resultaba impresionante.

Eleanor dejó caer finalmente la mano y se la frotó suavemente en la fina tela de la falda de tubo.

Asintió con un brusco movimiento de cabeza.

—De acuerdo. Supongo que nuestra primera tarea será hablar de la importancia de dar una buena primera impresión.

Una vez más sonó absolutamente normal. Incluso se las arregló para sonreír, aunque sintió los labios tirantes. Ahora pudo distinguir perfectamente la expresión de Jake: recelosa y a la defensiva. Seguida de un breve destello de confusión.

—¿Esa es tu opinión profesional, Eleanor?

Ella contuvo el aliento, convencida de que Jake iba a decir que ya la conocía. Iba a revelar de una tacada el pasado que tanto trabajo le había costado ocultar. Y delante nada menos que de su cliente estrella. Entonces tuvo un momento de inspiración. Tenía que hablar con Jake a solas.

—Lo es. Pero no te preocupes —aseguró girándose hacia Cynthia—. Convertiré su aspereza en suavidad en menos que canta un gallo.

A Eleanor le pareció ver en su visión periférica como Jake se quedaba boquiabierto. Al parecer iba a decir algo pero ella se lo impidió.

—Cynthia, ¿te importaría dejarnos solos unos minutos? Sé que se supone que esto era una primera toma de contacto para conocerse, pero no hay tiempo que perder. Está claro que tenemos mucho trabajo por delante.

La otra mujer sonrió.

—Eso parece —dijo. Le brillaban los ojos cuando miró a Jake y luego a Eleanor—. Buena suerte —susurró al pasar por su lado antes de salir—. Y no te preocupes, normalmente no es tan

desagradable. Solo necesita un poco de tiempo para acostumbrarse a su nuevo papel.

Ojalá esa fuera la única razón por la que Jake le estaba atravesando la piel con la intensidad de su mirada.

Pero Eleanor se rio, sonriendo como si fuera una mujer segura de sí misma a la que no le preocupara lo más mínimo quedarse a solas en una habitación con Jake Donner.

Y eso fue lo que ocurrió en cuanto la puerta se cerró.

Un instante después Jake se puso de pie. Y de pronto estaba demasiado cerca de ella. Tanto que podía aspirar su olor a limpio. No a colonia, sino tal vez al jabón de la ropa. Era un aroma inofensivo que no se correspondía con la reacción que provocó en ella.

Sintió como le corría la sangre por las venas y se le erizó el vello de los brazos.

Y luego se le formó una oleada de calor en el vientre. La sensación la pilló por sorpresa. No era posible que todavía la afectara de aquel modo, ¿verdad? ¿Acaso no había aprendido de la peor manera que había que era un error desear a Jake Donner?

Jake esperó durante lo que le parecieron horas antes de hablar. ¿Notaría su tensión, aunque ella no hizo absolutamente nada que pudiera ponerla en evidencia, ni tan siquiera parpadear?

Por fin, después de un siglo, Jake habló.

—¿Qué diablos está pasando aquí, Eleanor?

Capítulo 2

ELEANOR Cartwright.

Jake no era capaz de asumir la idea de que la mujer que tenía delante, aquella mujer que no se inmutó cuando la miró con su habitual gesto hosco, como decían los periódicos, fuera Eleanor.

No tenía ningún sentido.

La había reconocido al instante, por supuesto.

O tal vez no al instante. Lo único que escuchó fue a Cynthia diciendo tonterías sobre contratar a una consultora de imagen, y cuando se dio la vuelta dispuesto a decirle que no necesitaba de sus servicios, la vio.

Sus ojos se clavaron en los suyos al instante. Y la primera reacción de Jake, siendo sincero, fue algo caliente, primitivo y animal. Su cuerpo registró lo obvio: una mujer hermosa delante de él. Una mujer de ojos brillantes como esmeraldas y largas pestañas negras.

Pero entonces su mente se puso en marcha de golpe y la reconoció.

Había pasado mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo. Tanto que no recordaba cuándo fue la última vez que pensó en ella.

Pero no había olvidado a Eleanor. Aunque los recuerdos que tenía chocaban brutalmente con la mujer que ahora tenía delante.

La transformación era completa. El pelo, los dientes, la ausencia de gafas… todo había cambiado. Las curvas redondeadas que Eleanor tenía en el pasado habían dado paso a una figura esbelta y casi delgada. El rubio sucio de su pelo se había convertido en un tono caoba con reflejos rojizos, y su pálida piel tenía un brillo dorado. Ya no llevaba aparato en los dientes ni tampoco gafas, aunque estaba seguro de que llevaba lentes de contacto de colores, porque a los dieciséis años tenía los ojos marrones, de eso no le cabía ninguna duda. Y luego estaba la nariz. Ahora era larga y recta, sin el bulto que ella tanto odiaba.

La primera impresión no le había engañado, era guapa. Pero, si se veía más allá del deslumbrante camuflaje del pelo y el maquillaje, la realidad era muy distinta.

Tenía los labios carnosos, pero no demasiado delicados. Y aunque los pómulos estaban definidos, tenía la mandíbula fuerte, no elegante. Y los ojos eran bonitos pero no espectaculares.

Así que no, no era muy guapa si uno se fijaba bien. Pero la impresión general, con el traje ajustado, la suave elegancia del recogido del pelo y el aura de seguridad en sí misma que desprendía, hacía pensar que sí lo era.

Todavía no había respondido a su pregunta.

—Eleanor…

Ella sacudió ligeramente la cabeza y le rodeó, cubriendo la escasa distancia que la separaba de la mesa con tres pasos. Se dio la vuelta y se apoyó en la mesa con las manos sobre la pulida superficie de madera y los tobillos cruzados con aire natural.

—Pensé que la respuesta era obvia —aseguró—. Soy consultora de imagen. Y tú necesitas mejorar la tuya, así que aquí estoy. Consultora de imagen a tu servicio.

Jake estaba un poco asombrado por su despreocupada actitud. Aunque sabía que no estaba tan tranquila como aparentaba. Había visto cómo parpadeó cuando él se le acercó más.

—¿A qué viene eso de ignorar el elefante que hay en la sala, Eleanor? —preguntó—. No juegues conmigo. No somos unos desconocidos.

No, no lo eran. Pero tampoco eran amigos. La sala rezumaba tensión.

Eleanor se encogió de hombros.

—No veo qué relevancia tiene nuestro pasado en esto. Soy una profesional. Tú eres un profesional. Creo que lo único importante es el aquí y el ahora —sacudió la cabeza—. ¿Crees que el hecho de que me gustaras cuando era una adolescente estúpida y atormentada tiene alguna importancia ahora? Te aseguro que no mantengo viva esa llama en secreto desde hace trece años.

Se hizo una pausa.

—No te preocupes, estás a salvo. No corres peligro de ser víctima de más declaraciones de amor.

No era eso en lo que estaba pensando en absoluto. En lo que pensaba era en que había una mujer en aquella sala de reuniones que le hacía sentir…

Dios, no lo sabía. Le hacía sentir como si no quisiera seguir estando en la misma habitación que ella.

No había que analizar la situación más allá. La ventaja de ser muy rico y muy conocido por ello, como Eleanor había señalado con aspereza, era que no necesitaba hacer nada de aquello. Ni siquiera tenía que preocuparse de buscar una excusa educada. Podía decirle que se marchara sin darle ninguna explicación y allí acabaría todo.

Una adolescente estúpida y atormentada.

Jake no entendía por qué aquellas palabras se le repetían en la cabeza. En eso también se equivocaba Eleanor. Recordaba fuerza. Y dolor. Y necesidad. Le necesitaba a él. Igual que…

Las palabras que tenía pensado decir para poner fin a aquel extraño encuentro no llegaron a salir. Jake se dio cuenta de que ella le miraba fijamente. ¿Habría adivinado lo que estaba a punto de decirle? Pensaba que sí.

Y estaba convencido de que no se marcharía dócilmente. Eleanor era diferente, y no solo por la ropa o el pelo. Esta nueva Eleanor le miraba con una dureza de la que nunca la creyó capaz.

Era como estar viendo a otra persona. Desde luego no a su mejor amiga durante aquellos difíciles años de colegio cuando los dos eran dos parias sociales estereotipados. Parecían sacados directamente de un casting. Jake era el bicho raro y Eleanor la marginada.

Como no tenían otros amigos, al principio empezaron a ir juntos por necesidad. Eran los dos únicos estudiantes con beca en aquel colegio privado tan pijo. También los dos de menor nivel económico, para colmo. Los dos únicos que vivían en casas de protección oficial y los dos únicos con padres hippies y excéntricos, en el caso de Eleanor, y una madre a la que le gustaban las drogas y que no se ocupaba demasiado de su hijo en el caso de Jake.

Las palabras de Eleanor todavía colgaban entre ellos.

—Así que lo que estás diciendo es que no te apetece dar un paseo por el sendero de los recuerdos. Por lo que a ti se refiere, nos hemos conocido hace cinco minutos.

Aquello no se acercaba ni remotamente a lo que había querido decir.

Eleanor sonrió, aunque le pareció que con excesiva tirantez.

—Exactamente.

—Eso es una tontería.

Ella parpadeó, pero siguió sonriendo sin inmutarse.

—Esa es tu opinión. Para mí la tontería sería escarbar en nuestro pasado. Está claro que hemos seguido adelante. Y no recuerdo que ninguno de los dos nos hayamos enviado tarjetas de felicitación por Navidad.

Touché.

Pero seguía sin saber cómo tomarse aquella situación. Quería que se marchara… y al mismo

tiempo no. Aquella confusión le molestaba. Después de todo, Jake Donner pensaba en blanco y negro. En códigos binarios.

Nunca pensó que volvería a verla. Había sido un shock. No, no tanto. Una sorpresa. Pero era normal que eso unido a la reunión que acababa de tener con la junta provocara que sus procesos mentales estuvieran un poco confusos.

Pero había una cosa que sí tenía clara.

—Mira —dijo—, voy a poner las cosas más fáciles. No quiero una consultora de imagen. Así que se lo diré a Cynthia y…

—¡No!

Era con diferencia la palabra más expresiva que había pronunciado hasta el momento. Vio como aspiraba con fuerza el aire y giraba ligeramente los hombros.

—Quiero decir, no es necesario. Soy una consultora de imagen con mucha experiencia, Jake, y el grado de satisfacción de mis clientes es del cien por cien —aseguró—. Mi empresa no es muy grande pero tengo una clientela espectacular. Cynthia es uno de ellos, y también presto servicio a algunas de las personas más famosas y poderosas de Sídney.

Dijo algunos nombres, desde cantantes a presentadores de televisión pasando por ejecutivos.

—Te lo aseguro, no encontrarás a nadie más cualificado que yo para ayudarte —concluyó.

—Todo eso está muy bien —dijo Jake—. Pero no creo que necesite ningún asesor de imagen.

Eleanor se rio. Fue la primera vez que su expresión asomó por debajo de la máscara de profesionalidad.

Jake se cruzó de brazos en gesto defensivo, pero se negó a preguntarle por la causa de su burla. No le cabía la menor duda de que se lo iba a contar. En cuanto se dejara de reír de una vez.

Eleanor hizo lo que pudo para silenciar los últimos hipidos de risa. Estaba avergonzada por su reacción. ¿No había decidido que Jake era un cliente más? Como si se echara a reír con alguno de ellos. Era la regla de oro de un asistente de imagen: no reírse nunca del cliente. No era la mejor manera de aumentar la confianza en uno mismo, ¿verdad? Y esa era la base de su trabajo.

Y lo que era más importante: Jake no quería saber nada de ella. Se le notaba a leguas. Así que una risa histérica no era precisamente la mejor manera de hacerle cambiar de opinión.

Eleanor se aclaró la garganta.

—Lo siento. No quería hacerlo.

Estaba claro que Jake esperaba que dijera algo más, que elaborara la respuesta. La miró con una intensidad contradictoria, como si la estuviera apartando de sí y al mismo tiempo ubicándola en algún lugar donde poder encontrarla más tarde. En cualquier caso, provocó un desequilibrio en su ánimo.

Y eso era inaceptable. Había aprendido años atrás a tener el control sobre sí misma en todo tipo de situaciones. La antigua Eleanor habría agachado la cabeza y se hubiera sonrojado ante la intensidad del escrutinio de Jake.

Pero le molestaba que su cuerpo tuviera que luchar para no hacerlo. No recordaba cuándo fue la última vez que tuvo que esforzarse para proyectar la imagen pulida y segura que con tanto trabajo había construido. Si no tenía cuidado, volvería a ser una niña de dieciséis años delante de Jake.

Y no podía permitir que eso ocurriera.

Volvió a estirar los hombros. Aspiró con fuerza el aire. Recordó las afirmaciones que había escrito en el pasado en un papel que puso en el espejo del baño.

Seguridad. Elegancia. Triunfo.

—Jake, mírate —le dijo, satisfecha al comprobar que la voz le salía firme—. ¿Hace cuánto que no te cortas el pelo? Y llevas una camiseta que parece tener más de cinco años —continuó sin darle tiempo a responder—. Tienes un agujero en los vaqueros y decir que los zapatos son viejos es quedarse corto.

Lo cierto era que estaba muy guapo con aquel atuendo informal. La tela gris pálido de la camiseta le marcaba la longitud del pecho, y los vaqueros desgastados le colgaban de la cintura. Pero una imagen así no vendería millones de teléfonos de Armada. A menos que la empresa buscara una imagen desaliñada.

Jake se cruzó de brazos con un movimiento deliberadamente lento.

—Pues iré de compras.

Eleanor suspiró.

—Entiendo que alguien que no esté familiarizado con la importancia del aspecto físico en el mundo empresarial crea que puede reemplazar mis servicios por una visita al centro comercial —se detuvo y deslizó la mirada por el cuerpo esbelto de Jake—. Sin embargo, durante las próximas semanas te voy a demostrar el impacto que puede tener un cambio de imagen. También desarrollaremos tu propia marca personal a través de mis servicios de entrenamiento con los medios.

La expresión de Jake oscilaba entre el escepticismo y el desdén.

—¿Marca personal, Eleanor? ¿De verdad hay alguien que piense que eso sirve para algo?

—Sí —Eleanor se negaba a dejarse apabullar—. Mucha gente. Y aunque lo niegues, necesitas mi ayuda. Ayuda con tu imagen y con el modo en que te manejas con la prensa y con la gente en general. Abierto y cercano no son dos palabras que te describan precisamente.

—Y no quiero que lo hagan —afirmó él—. Mi vida es asunto mío.

—Por supuesto que sí —respondió Eleanor—. Y con mi ayuda tendrás más control sobre las partes de tu vida que escojas revelar, y sobre las que prefieres mantener en privado.

Ocultas.

Jake se encogió de hombros.

—Llegas un poco tarde para eso. La prensa sacó mi pasado a relucir hace años. Pueden escribir lo que quieran sobre mí. Pero no pienso ayudarles a hacerlo.

Tenía razón. La prensa había exhibido su pasado por todos los periódicos y revistas de Australia. Su infancia difícil. La madre drogadicta. El padre ausente que se aprovechaba de la fama de Jake sacando dinero al hablar con todas las revistas que se acercaban a él. Y, por supuesto, las mujeres con las que había salido. Más de una había vendido su historia casi segundos después de terminar la relación con Jake.

Aunque pensándolo bien, Eleanor no recordaba cuándo fue la última vez que vio un artículo de ese tipo. ¿Tendría novia ahora?

No. Solo era un cliente más. No era asunto suyo.

—Jake, si les das algo, puedes recuperar el control. La prensa no tendrá que inventarse mentiras para sustituir la verdad si tú se la cuentas.

Jake sacudió la cabeza y rechazó sus palabras.

—No hay manera de evitarlo —insistió Eleanor—. La prensa es el clave de esta campaña. Así que tendrás que aprender a seguir su juego durante unas semanas.

—No soy un niño —dijo Jake pasando por delante de ella para acercarse a las ventanas. La lluvia arreciaba con más fuerza, así que solo veía una pared de agua—. Puedo ser simpático si quiero. No necesito clases.

Esta vez Eleanor dejó escapar un suspiro de frustración.

—Estás comprometido con la campaña. Y mis servicios crearán la diferencia. Te prometo que después de unas cuantas clases conmigo apenas te reconocerás a ti mismo.

Jake la miró a los ojos.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

Eleanor parpadeó. Normalmente sus clientes estaban deseando empezar con la transformación. Eleanor entendía aquella necesidad de crecer y cambiar. Pero al parecer Jake estaba dispuesto a ignorar lo que el resto del mundo pensaba de él y no quería hacer concesiones.

Pero ella podía cambiar aquello. Tenía que hacerlo.

—Parece que hoy no voy a convencerte. Pero terminaré haciéndolo. Me necesitas, Jake.

Él se encogió de hombros dándole la espalda.

—Lo dudo mucho.

Eleanor apretó las mandíbulas.

—Dame dos horas.

Jake se volvió hacia ella con movimiento rápido. Tal vez hubiera logrado picar su curiosidad.

—¿Dos hora para qué?

—Para demostrártelo —dijo Eleanor imitando su anterior encogimiento de hombros—. Eso es todo.

—Y, si no lo consigues, ¿me libraré de este asunto del consultor de imagen?

Ella asintió.

—Exacto. Aunque es posible que la junta directiva de Armada discrepe de este acuerdo.

Eso era quedarse corto. Lo más seguro era que les diera una ataque de histeria ante la perspectiva de que Jake Donner se enfrentara a la campaña sin pulir.

Pero él hizo un gesto de despreocupación con la mano.

—Yo me encargaré de la junta.

Eleanor apretó los labios en una sonrisa tirante.

—Entonces, ¿tenemos un trato? Dos horas de tu tiempo. Si yo estoy en lo cierto, accederás a seguir mi programa. Y si me equivoco… entonces Armada puede romper mi contrato.

Jake asintió lentamente con la cabeza. Luego acortó la distancia que les separaba y le tendió la mano.

Ajá. Ahora quería estrecharle la mano, cuando pensaba que Eleanor iba a perder la apuesta que acababan de hacer.

¿De verdad había olvidado lo competitiva que era? Perder no era una opción para Eleanor Cartwright.

Pero el contacto con Jake hizo que se le borrara de la mente todo pensamiento de victoria o de derrota.

Fue un movimiento sencillo, solo un apretón de manos. Y sin embargo la sensación de la palma de Jake, de sus dedos, largos y un poco ásperos, la dejó momentáneamente paralizada. Lo único que pudo hacer fue concentrarse en el calor que irradiaba su contacto. En las chispas que saltaron.

—¿Por qué estás tan decidida a trabajar conmigo?

Eleanor retiró la mano. No. Volver a ser aquella adolescente enamorada no era una opción.

—Porque cualquier consultor de imagen daría un dedo por trabajar contigo. Un cliente de perfil alto, una campaña de perfil alto. ¿Qué más se puede pedir? El hecho de que fuéramos amigos en el pasado no tiene ninguna relevancia —añadió pensando que nunca sería suficiente

repetirlo—. Esta es una relación profesional, nada más.

Jake la miró a los ojos durante un largo instante sin apartar la mirada. Eleanor tuvo la sensación de que la estaba escudriñando.

—¿Estás segura de que eso es todo? —le preguntó.

—Por supuesto —repitió ella con firmeza.

Porque estaba segura. Completamente segura.

Había llegado el momento de irse.

—Me pondré en contacto con tu secretaria para buscar un hueco de dos horas mañana.

—¿Mañana?

—Podemos hacerlo hoy si prefieres —sugirió Eleanor con dulzura.

Le dio la impresión de que vio a Jake sonreír. Solo un poco. Si conseguía tratarle justo como lo que era, un cliente, y si seguía dejando el pasado en su lugar, aquello podría salir bien.

—No —dijo Jake—. Mañana está bien.

—Excelente —respondió Eleanor. Y con gran profesionalidad se despidió y salió del edificio de Armada.

Nadie al mirarla podría saber o siquiera intuir lo mucho que estaba temblando por dentro.

¿Dónde se había metido?

Capítulo 3

AL día siguiente, Eleanor salió de uno de los ascensores del edificio de Armada y pisó el suelo de mármol blanco del vestíbulo de la planta de Jake. Todo el mobiliario estaba hecho de cristal y aluminio y desprendía brillo.

En cierto modo ella esperaba algo diferente en aquel espacio, algo distinto al resto del edificio. La secretaria de Jake le había explicado que aquella era la planta de los programadores, el lugar donde trabajaban los bichos raros de la informática como Jake. Aunque por supuesto, la secretaria no les había llamado bichos raros. Había utilizado términos como ingenieros de programación y arquitectos de sistemas.

Pero efectivamente, aquel era el bastión de Jake. Y no era como ella esperaba. Con los perfiles duros y aquel aire de obscena riqueza, no parecía encajar con el hombre que llevaba vaqueros desteñidos en una reunión de la junta directiva.

El edificio en general no era como ella había imaginado que terminaría Jake, el chico que había despertado su admiración por su habilidad con aquellos antiguos juegos de ordenador que jugaba en la vieja televisión de su madre. En aquel entonces, a principios de los noventa, los desarmaba y los estudiaba para saber cómo funcionaban. También construía cosas. En cuanto hubo Internet en el colegio se dedicó a aprender a hacer una página Web. Y luego software. Aunque Eleanor nunca entendió cómo funcionaba aquello se dejó impresionar con facilidad.

Le dio su nombre a una de las recepcionistas de aspecto eficiente y luego tomó asiento en un incómodo sofá de piel blanca con reposabrazos de aluminio. A su lado, los ventanales que llegaban hasta el techo ofrecían una vista clara de los Reales Jardines Botánicos, aunque el puerto apenas se distinguía porque los rascacielos actuaban como dedos extendidos delante de los ojos.

El sonido de unos pasos hizo que volviera a mirar a la sala. Allí estaba Jake. Vestido de forma parecida al día anterior, aunque esta vez los vaqueros eran de un tono gris oscuro y la camiseta blanca tenía un complicado logo estampado delante.

Eleanor sonrió sin pensárselo. No fue una sonrisa profesional, sino auténtica. Aunque su atuendo rompía todas las normas que ella tenía sobre cómo debía vestir un ejecutivo, aquel era el Jake que recordaba. Era un contraste inesperadamente tranquilizador en aquel ambiente austero y profesional.

Jake le devolvió la sonrisa durante un breve instante. Y luego dirigió la mirada hacia la bolsa con la cámara que ella tenía a los pies y apretó los labios.

—Déjame adivinar… no llevas esa cámara solo por diversión, ¿verdad?

Ni hola ni nada.

A Eleanor se le borró también la sonrisa.

—No. Esta cámara y tú vais a veros mucho durante las próximas dos horas.

Jake apretó todavía más los labios.

—De acuerdo. Acabemos con esto de una vez.

Sus frías palabras fueron el recordatorio que necesitaba. Jake ya no era el chico que vivía en la casa prefabricada con el césped sin podar igual que ella no era la chica de la cabaña multicolor de al lado. Y ahora mismo no estaba contento.

Eleanor sonrió todavía más y se pasó las palmas de la mano por la falda mientras se ponía de pie. Agarró el bolso y se colocó la pesada bolsa de la cámara al hombro.

Jake murmuró entre dientes algo parecido a que aquello era una pérdida de tiempo.

Ella le ignoró. El empeño que tenía Jake en demostrar que no la necesitaba suponía un reto. Pronto le demostraría lo equivocado que estaba.

Así que no mordió el anzuelo.

—Estupendo —dijo—. Te sigo.

Sin decir una palabra, Jake la guio por un pasillo flanqueado por salas de reuniones, todas vacías excepto una. A través del cristal casi opaco vio que se estaba celebrando una entusiasta reunión y, por lo que pudo distinguir, todos los asistentes iban vestidos de forma tan informal como Jake.

—Entonces, ¿el código de vestimenta en esta planta son los vaqueros? —le preguntó a Jake, que iba andando delante de ella.

—Mis empleados pueden ir como quieran —respondió Jake—. Para mí son más importantes sus logros que su aspecto.

—Vestirse como un profesional es algo más que tener buen aspecto —señaló ella.

Jake no se molestó en mirar hacia atrás.

—Solo es ropa —dijo con tono despectivo.

Pero Eleanor se mordió la lengua una vez más. Después de aquel día tendría muchas oportunidades para hacerle cambiar de opinión.

Cuando llegaron al fondo del pasillo, Jake abrió una puerta muy pesada y la sostuvo abierta para dejarla pasar.

No era una puerta pequeña, más bien todo lo contrario, y sin embargo Eleanor vaciló. ¿Por qué?

No la estaba acorralando, se estaba limitando a estar ahí. Pero era alto y ancho y ocupaba todo el espacio que le rodeaba. Y de pronto sintió como si cada célula de su cuerpo fuera consciente de su presencia, como si hubiera perdido de pronto la capacidad de movimiento. Si esperaba una décima de segundo más, Jake lo notaría. Y no ayudaría mucho a la situación que supiera lo fácilmente que podía desequilibrarla.

Así que aspiró con fuerza el aire y pasó por delante de él.

Ya estaba. No había sido tan difícil.

Se dio un golpecito mentalmente en la frente cuando Jake cerró la puerta y su voz grave le pidió que se sentara.

Tenía que recuperar la compostura. Tomó asiento en un sillón de piel roja frente a un escritorio de acero inoxidable. El despacho entero era como una explosión de clichés de empresas jóvenes de Internet: sofás multicolores en una esquina, una pequeña pista de baloncesto alrededor de la papelera, un futbolín frente a los ventanales…

—Qué despacho tan bonito —dijo, y lo pensaba.

Aunque una vez más tuvo aquella sensación de incongruencia, como si Jake no terminara de pertenecer a aquel lugar.

Él se encogió de hombros y ocupó la silla que había delante de ella. Literalmente se espatarró.

—Armada contrató a algún diseñador de interiores de moda —se burló echando un vistazo desinteresado a la estancia.

Ajá. Aquello tenía sentido. Y una vez más se sintió extrañamente tranquilizada al saber que aquel no era Jake. Una reacción extraña teniendo en cuenta que su labor era ayudarle a que encajara mejor en aquel ambiente.

Eleanor tiró del bajo de la falda, juntó las rodillas con pudor y estiró la espalda. Fue consciente de que se estaba comportando como si estuviera en una entrevista de trabajo. Se repitió a sí misma que tenía que recuperar la compostura.

No era para tanto. Solo se trataba de otro cliente.

Una brillante aportación a su creciente lista de éxitos. Como se había recordado repetidamente aquella mañana en el tren para convencerse a sí misma.

Si se centraba en aquello y no en su pasado, no tendría problemas. Y con aquello en mente esbozó la mejor de sus sonrisas.

Jake alzó una ceja pero decidió ignorar el gesto.

—Bueno, lo que vamos a hacer esta mañana es hacer una entrevista falsa. Te haré unas cuantas preguntas y grabaré tus respuestas. Luego veremos juntos la grabación e identificaré las áreas en las que puedo ayudarte.

Jake no parecía muy entusiasmado, pero al menos no discutió. Siguió transmitiendo una falta general de interés cuando ella colocó el trípode, aunque se alzó un poco cuando sacó la cámara.

—¿Qué clase de cámara es esa? —preguntó.

Ah, el obseso de la informática. Era normal que se interesara en aquel ejemplo de la vanguardia tecnológica.

—Es una cámara digital réflex que también hace vídeo —explicó ella—. Normalmente cuando hago esto para un cliente cuento con un periodista, luces y un cámara. Ayuda a crear la sensación de realidad. Pero por hoy bastará con esto.

Jake frunció el ceño.

—¿No has tenido tiempo para organizar todo eso?

—Pensé que preferirías algo más discreto —aseguró Eleanor.

—Gracias —gruñó él.

Sorprendida, Eleanor terminó de fijar la cámara y le miró a los ojos por encima de la ancha mesa de cristal.

—No hay de qué.

Jake no fue capaz de esbozar una sonrisa, pero se le suavizó la mirada. Bueno, al menos ahora parecía menos gruñón.

Pronto todo estuvo en su sitio. Jake seguía detrás del escritorio y Eleanor había colocado la cámara delante de él. Consideró la posibilidad de situarla frente a los sofás de aspecto cómodo del otro lado de la estancia, pero decidió que seguramente sería mejor que hubiera un escritorio entre ellos. No necesitaba que volviera a repetirse el incómodo episodio de la puerta. Ni su reacción a su contacto cuando le estrechó la mano el día anterior. Cuanta más distancia hubiera entre Jake y ella, mejor.

—Empecemos con algunas preguntas de calentamiento. Finjamos que te estoy entrevistando en un estudio de televisión —Eleanor puso su mejor voz de entrevistadora—. Y dime, Jake, ¿qué has desayunado?

Él parpadeó.

—¿Esto es realmente necesario?

Eleanor asintió.

—Confía en mí. Ayudará a que te acostumbres a la cámara.

—Tostadas —respondió él.

—Interesante. ¿Y qué le has puesto hoy a tus tostadas, Jake?

—Esto es fascinante —afirmó él con expresión absolutamente neutra—. Estoy seguro de que

podemos hacerlo mejor.

En respuesta, Eleanor se le quedó mirando fijamente y él suspiró. Finalmente dijo:

—Mantequilla y queso.

Estaba claro que había cosas que nunca cambiaban.

—Háblame un poco más de…

—¿Por qué sonríes?

Eleanor ni siquiera se había dado cuenta de que sonreía.

—¿Perdona?

—Vamos, cuenta el chiste.

Jake no sonaba a la defensiva, y eso era un buen cambio.

—Bueno, supongo que estaba recordando los festines que te dabas para desayunar. Yo pensaba que tenías un agujero en el estómago por la cantidad de pan que comías —Eleanor volvió a recomponer la expresión de entrevistadora seria. Tenían que centrarse. Además, no quería hablar de viejos recuerdos. Nunca—. Como estaba diciendo, háblame un poco más de…

—¿Sigues desayunado lo mismo? Cereales con fruta, ¿verdad?

Se acordaba. Sin poder evitarlo, Eleanor volvió a sonreír. Pero se mordió el labio al instante. Era una estupidez sentirse complacida al ver que recordaba cuáles eran sus cereales favoritos.

—Por supuesto que no —afirmó con brusquedad—. Es azúcar puro. Sigo una dieta baja en carbohidratos.

—Eso suena muy aburrido.

Y sinceramente, lo era. Pero era la única manera de mantener una talla cuarenta. Y no pensaba renunciar a aquello. Se encogió de hombros.

—Te sorprendería ver lo variada y rica que resulta. Y es buena para mi salud y mi bienestar —ahora había sonado como un anuncio de dieta milagrosa para perder peso—. Bueno, volvamos a las preguntas. Dime…

—Nuevo desayuno, nuevo aspecto físico —la interrumpió él una vez más—. Has cambiado mucho —le recorrió el cuerpo con la mirada. El peinado, el impecable maquillaje y el traje perfecto.

Aunque sabía que era un error, no pudo evitar crecerse bajo su mirada. Como diciendo: «¿Lo ves? Puedo ser atractiva. Ya no soy una colegiala torpe con el pelo mal arreglado».

Pero extrañamente, Jake no parecía impresionado. Más bien tenía una expresión decepcionada.

Y eso era una locura. Nadie podía negar que había mejorado en todos los aspectos desde la última vez que se vieron. Se revolvió incómoda en el asiento y se tiró distraídamente del bajo de la falda.

—Jake, ¿puedes decirme qué tiene de especial el nuevo teléfono de Armada?

Él alzó una ceja ante el repentino cambio de tema, pero por suerte no dijo nada al respecto. Al contrario, se mostró más animado al instante. Se lanzó a una detallada descripción del teléfono, demasiado detallada de hecho, y a la descripción de su sistema operativo, que según le había contado Cynthia, era la niña de sus ojos.

Durante los siguientes minutos, Eleanor absorbió todo lo que necesitaba saber en la vida sobre capacidad multicontacto, interfaz de comunicaciones y programación de funciones.

La detallada descripción de Jake siguió y siguió y finalmente ella bostezó.

—¿Te estoy aburriendo?

Eleanor asintió con energía.

—A mucha gente le interesan estos asuntos —aseguró Jake volviendo a ponerse un poco a la defensiva.

—Pero no al consumidor medio —dijo Eleanor.

Cuando Jake abrió la boca, probablemente para llevarle la contraria, disfrutó de la satisfacción de ser ella la que le interrumpiera esta vez.

—Vamos a exponerlo de otra manera: ¿Quieres que me deshaga en elogios sobre mi dieta alimenticia?

Jake palideció.

—Exacto. Tu charla sobre el funcionamiento del teléfono es como si yo me pusiera hablar de los beneficios de la soja. Eso solo le interesaría a un tipo muy concreto de persona. Y ese no es el australiano medio.

Jake asintió, aunque a regañadientes.

—¿Y si te hago una pregunta sobre lo que la gente quiere saber en realidad del «recluso millonario de Sídney»?

—Preferiría que no me llamaras así.

—Y yo preferiría que no me interrumpieras.

Jake sonrió ligeramente y ella tuvo que morderse otra vez el labio. Le resultaba inesperada aquella… ¿conversación amigable? ¿Broma? No. No. Estaban haciendo una entrevista, nada más.

Eleanor aspiró con fuerza el aire.

—Eres conocido por negarte a dar entrevistas. ¿Qué ha cambiado?

Jake volvió a ponerse inmediatamente a la defensiva.

—Estoy aquí para hablar del teléfono de Armada, no de mí.

Eleanor continuó sin inmutarse, ciñéndose a su papel como entrevistadora.

—Pero todos nuestros telespectadores están igual de interesados en ti, Jake.

—Ya conoces la respuesta, Eleanor. Estoy seguro de que Cynthia te lo ha contado.

—Finge que soy una entrevistadora, Jake. Soy Eleanor la periodista.

Él se la quedó mirando fijamente durante un instante.

—Me gustaba la Eleanor de antes —aseguró.

—No, no te gustaba —afirmó ella rápidamente sin darse tiempo para pensarlo.

Pero era cierto. Lo había dejado claro aquella noche en su dormitorio. Y lo confirmó cuando se marchó de Perth y de su vida sin mirar atrás.

Durante semanas, meses, esperó que pasara algo. Un correo electrónico tal vez. Así que revisaba religiosamente el ordenador del colegio todos los días. O una llamada de teléfono. Durante demasiado tiempo se levantaba de golpe cada vez que resonaba en el interior de su casa de madera.

Incluso se habría conformado con una postal. Era absolutamente patético. Y ahora estaba horrorizada al registrar un eco de aquel dolor que había enterrado tanto tiempo atrás. Se había desteñido, sin duda, pero seguía ahí. En algún lugar de su interior.

Una pequeña pieza de la persona que una vez fue. De la niña que Jake había rechazado.

Que todo el mundo había rechazado.

La idea le provocó un escalofrío.

—Eleanor —dijo Jake con tono excesivamente condescendiente—. No puedes creer de verdad que…

No. No quería escuchar aquello. Debería ser imposible que recordara el tono compasivo que

utilizó trece años atrás, pero lo recordaba. Y no quería volver a escucharlo.

—¿Cuándo saldrá a la venta el teléfono? —preguntó escogiendo una pregunta al azar.

Se hizo un largo silencio y Jake frunció el ceño mientras la observaba.

Sin duda no insistiría. ¿Qué sentido tendría? Si valía la pena decir algo, salvar algo entre ellos, tendría que haberse dicho y hecho mucho tiempo atrás.

Jake terminó respondiendo.

—El teléfono de Armada se lanzará mundialmente el uno de agosto…

Y así volvieron una vez más al camino. Jake era su cliente. Solo eso. Así tenía que ser. Y así iba a ser.

Jake hizo un esfuerzo por prestar atención.

No tendría que haberle costado tanto esfuerzo, ya que Ella estaba sentada a cierta distancia de él. Teniendo en cuenta el tamaño de la pantalla de su ordenador, lo único que le gustaba realmente de su despacho, las sillas no estaba precisamente pegadas detrás del escritorio. Y, sin embargo, sin la barrera del escritorio entre ellos, su cercanía le distraía. Seguramente ahora estaría hablando de la falsa entrevista.

Pero no podía estar seguro del todo.

Seguía pensando lo mismo que el día anterior. Aquella no era una buena idea. Seguía sintiéndose cómodo estando a solas en una habitación con Eleanor. Y seguía sin entender el motivo. Ella tenía razón. Tenía que haber alguna explicación para que su amistad terminara de forma tan tajante. Para no haberse sentido tentado a buscarla.

Nada.

Y sin embargo allí estaban, con una innegable corriente que fluía bajo cada palabra que pronunciaban a pesar de que Eleanor insistiera en que aquella no era más que una relación laboral.

¿Por qué había accedido a eso?

Era una total pérdida de tiempo que solo servía para prolongar lo inevitable. No necesitaba un consultor de imagen. No necesitaba que Eleanor volviera a su vida.

Aunque el día anterior, mientras le decía que no necesitaba sus servicios, había contemplado la posibilidad de pedirle que fueran a tomar algo. Solo una copa entre viejos amigos para ponerse al día. Nada más. Una hora o dos de su vida para sacarse aquel extraño desequilibrio del cuerpo.

Tal vez debería hacerlo cuando aquello terminara. Para acabar con aquella situación.

Porque a pesar de todos sus esfuerzos, desde que volvió a reaparecer en su vida veinticuatro horas atrás había invertido demasiado tiempo pensando en ella. Preguntándose. ¿Cómo era posible que hubiera cambiado tanto?

Y, sin embargo, había pequeños gestos que despertaban recuerdos medio olvidados. El modo en que se recolocaba el pelo detrás de la oreja. El modo en que deslizaba la mirada por habitación cuando las preguntas se volvían contra ella.

Pero en cada destello familiar había demasiadas cosas que no lo eran. Como aquellos ojos esmeraldas, la piel sin pecas y los labios rojos y endiabladamente sensuales.

Durante un instante no le cupo duda sobre la causa de la tensión en la habitación.

—Jake, ¿has escuchado algo de lo que he dicho?

Él levantó la vista de su boca hacia los ojos y observó como se le sonrojaban las mejillas.

Ah. También recordaba aquel sonrojo.

Eleanor debió de ver algo de sus inapropiados pensamientos en sus ojos y se sonrojó todavía más.

Jake recordó también que cuando despertó en él aquellos pensamientos trece años atrás llevaba uniforme de colegiala, no un traje sastre y tacones.

Oh, sí. Entonces le gustaba Eleanor. Mucho.

Y ahora que era una mujer hecha y derecha le producía un efecto similar.

Y eso no estaba bien. Eleanor era una distracción que no podía permitirse.

Tenía que centrarse en la campaña y en Armada. Además, los dos sabían demasiadas cosas el uno del otro, cosas que les hacían vulnerables. Cualquier cosa que sucediera entre ellos adquiriría el estatus de complicado y no necesitaba complicaciones.

Él solo apostaba por relaciones temporales y superficiales. La única relación larga que había tenido terminó justo cuando Georgina sintió la necesidad de indagar en su pasado, desesperada por saber, por entenderlo todo de él, según dijo. E inexplicablemente, los temas que escogió fueron el gorrón de su padre y el pastiche de su madre.

Pero ¿quién quería hablar de un padre que se marchó sin mirar atrás cuando Jake tenía cinco años? No era precisamente una conversación romántica, ¿verdad?

Y en cuanto a su madre… oh, el encanto de las payasadas de la señora Diana Donner. Su favorita era el momento en que él se subió al estrado para recoger un premio de matemáticas a los trece años. En aquel momento su madre cruzó la puerta del gimnasio del colegio en camisón y bata, descalza y con las solapas manchadas de una sustancia indescriptible que parecía vómito gritando lo mucho que le quería para que todo el mundo la escuchara.

Así que no. No tenía ningún interés en compartir sus historias con las mujeres con las salía.

Pero la cuestión era que Eleanor ya estaba al tanto de todas sus historias. Y eso no le convenía.

—Tienes razón, no estaba prestando atención —dijo haciendo un esfuerzo por volver a centrarse—. Sigo sin estar seguro de necesitar nada de todo esto.

Le costó trabajo no sonreír a pesar de la tensión cuando sus palabras fueron seguidas al instante por un destello de irritación en los ojos de Eleanor. Siempre había sido muy fácil irritarla.

—Si hubieras prestado algo de atención, a estas alturas ya estarías convencido.

Jake se encogió de hombros y ella se puso tensa. Dio unos cuantos golpecitos nerviosos con el tacón contra el suelo de mármol antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo y quedarse quieta. Entonces se giró hacia él con la más perfecta y más falsa de las sonrisas.

No era la primera vez que le dedicaba aquella sonrisa en los dos últimos días, y sin embargo seguía teniendo el poder de ponerle tenso. Era tan falsa y tan distinta a la sonrisa natural de la antigua Eleanor que le sorprendió recordarla con tanta nitidez.

—Lo que vamos a hacer ahora es ver la entrevista falsa de principio a fin y yo me detendré para hacer los comentarios pertinentes. Si tienes alguna pregunta, no dudes en hacérmela.

No se molestó en esperar su respuesta. Se limitó a darle al botón del ratón y encender la cámara que había conectado antes al ordenador.

Jake se echó hacia atrás en la silla, decidido a concentrarse. Le había prometido a Eleanor aquellas dos horas, así que al menos tenía que intentarlo aunque ya conociera el resultado.

Jake Donner no necesitaba un consultor de imagen. Eleanor se saltó las preguntas de calentamiento. Estuvo a punto de decir algo, sintió la tentación de bromear con ella sobre su incomodidad cuando las preguntas se volvieron hacia ella. Pero entonces su cabeza y sus hombros llenaron la pantalla entera y las palabras se le quedaron en la garganta.

—No has estado tan mal —estaba diciendo Eleanor mientras miraba la pantalla—. Pero sigo

pensando que puedo ayudar a que tanto Armada como tú brilléis en cámara.

Al ver que guardaba silencio, se giró hacia él para mirarle.

—¿Jake?

—Estoy horrible —dijo para su propia sorpresa.

Después de todo, se suponía que a él no le importaba toda aquella tontería de la imagen.

Eleanor sonrió.

—Pareces un tipo malhumorado con el pelo largo al que no le gusta que le entrevisten. Y suenas como un auténtico obseso de la informática.

—Exactamente.

—¿Y ahora eso te parece un problema?

Jake se frotó las sienes. Su intención había sido demostrarle a Eleanor que estaba equivocada. Así que había seguido las directrices que le había dado marketing. Casi todas. Y había tratado de mantener la mirada en la cámara. Quería mostrarse relajado y al mismo tiempo dar información.

Pero el resultado… bueno, Eleanor tenía razón. Un friki gruñón. Incluso él mismo se aburría oyéndose hablar de su querido teléfono.

Extendió la mano por encima de la de Eleanor para agarrar el ratón. No necesitaba ver nada más.

Aunque no la tocó, Eleanor se apartó dando un respingo como si tuviera miedo de que lo hiciera, apartando la silla casi un metro. Pero se recobró al instante haciendo avanzar la silla otra vez hacia delante y fingiendo que no se había movido.

—No seas tan duro contigo mismo —aseguró con tono alegre—. Creo que podemos trabajar en la parte lacónica de tu imagen. Y lo cierto es que tienes una presencia muy natural ante la cámara. No todo el mundo puede decir lo mismo.

Aquello hizo que se sintiera un poco mejor.

—¿De verdad? —preguntó todavía cerca de ella cuando apretó el botón del ratón para cerrar el vídeo—. Presencia, ¿eh? —la miró a los ojos sintiéndose ridículamente complacido.

Eleanor le dio un ligero empujoncito en el hombro.

—No te lo creas tanto. Sigues siendo un friki de la informática… con cierta presencia.

Jake captó el momento en que ella fue consciente de que le estaba tocando. Abrió los ojos de par en par y se quedó completamente quieta.

Dejó caer la mano.

—En cualquier caso, lo que intento decir es que tenemos mucho con lo que trabajar.

Pronunció las palabras atropelladamente. Normalmente era muy profesional, y sin embargo ahora le costaba trabajo incluso mirarle.

No era muy inteligente por su parte y desde luego no venía al caso, pero a Jake le gustaba el efecto que tenía sobre ella. Que la descarga que él sentía cuando se tocaban no era solo cosa suya.

—Dame un ejemplo —le pidió—, un retazo de tu sabiduría de asesora de imagen.

—Espera —dijo ella—, ¿significa eso que te he convencido?

Se había recompuesto, y ahora le miraba directamente a los ojos con la máscara otra vez en su sitio. Su expresión no revelaba nada.

—Todavía no. Necesito… —estuvo a punto de decir una probadita, pero echó el freno justo a tiempo.

Aunque por supuesto no estaba pensando en probaditas al mirarla. En absoluto. Eso sería una locura.

No era ningún macho hambriento de sexo. Sí, hacía unos cuantos meses que no tenía una cita, pero se debía a su propia decisión. Y la idea de saborear los labios de Eleanor Cartwright era una equivocación.

Su secretaría había estado insistiéndole para que acudiera a una cita a ciegas con una amiga suya. Tal vez debería aceptar la proposición.

—Bueno —dijo Eleanor humedeciéndose los labios con la punta de la lengua—, está bien que mantengas la mirada fija en la cámara. Pero eres demasiado intenso. Tienes que darle un respiro al telespectador.

—Intenso, ¿eh? —preguntó Jake mirándola a los ojos… con intensidad, seguramente.

—Sí —respondió ella sosteniéndole la mirada.

Empezó casi como una competición, como un juego de coqueteo en el que esperaban a ver quién parpadeaba primero. Pero poco después Jake dejó de ver los falsos ojos color esmeralda y volvió a ver aquellos ojos grandes de pestañas rubias que recordaba. Eran unos ojos marrones.

Marrón oscuro.

Unos ojos que en el pasado le miraron fijamente, necesitándole. Unos ojos que entonces le asustaron con un sentimiento que supo reconocer pero no manejar.

Unos ojos que añadieron más carga a sus ya pesados hombros. Que cerraron unas esposas invisibles en sus muñecas.

Unos ojos de los que tuvo que huir.

El recuerdo de unos ojos que ahora le hacía sentirse culpable.

Ahora le resultaba más fácil mirar hacia otro lado, hacia cualquier sitio donde no estuviera Eleanor. Jake se puso de pie, necesitaba moverse.

Odiaba aquel despacho, era sofocante. Debería ir a dar un paseo. Despejarse la cabeza.

—¿Jake?

Él se dirigió hacia la puerta.

—Gracias por la demostración, Eleanor. Ya estoy convencido. Habla con Kerry, que está en el mostrador de recepción, y buscad algún hueco en mi agenda.

Sería más inteligente hacer lo que tenía pensado en un principio. Decirle a Eleanor que ya no necesitaba sus servicios y marcharse. Una vez más. Pero no podía hacerlo.

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué quería conseguir?

—Eso es estupendo —aseguró ella con tono confundido—. Pero ¿no quieres que revisemos juntos mi programa para que sepas con lo que te vas a encontrar?

No, no daría un paseo. Iría a trabajar a casa. Allí tendría espacio para pensar, para procesar qué diablos pretendía hacer con aquella campaña y con Eleanor.

Ella había dicho algo, pero Jake no estaba prestando atención. Así que se limitó a asentir.

—Para cualquier cosa, habla con Kerry. Ella responderá a tus preguntas.

—De acuerdo —Eleanor guardó otra vez la cámara en la bolsa y el cuaderno de notas en el bolso. Cruzó la estancia con paso seguro y profesional. Y eso estaba bien para Jake. Con aquella versión de Eleanor sí podía lidiar. Aquella versión no le recordaba a una niña con el uniforme del colegio manchado de lágrimas.

—Y yo nunca me pongo traje —dijo de pronto.

—Pero…

—O sin traje o no hay programa.

Eleanor asintió con tirantez.

—Gracias por tu tiempo —le dijo una vez en la puerta—. Estoy deseando trabajar contigo.

Fueron unas palabras mecánicas.

Jake tenía la cabeza a miles de kilómetros de allí. Debió de despedirse murmurando algún adiós.

Y luego cerró la puerta tras ella.

Capítulo 4

A PRIMERA hora de la mañana del lunes, Jake estaba al lado de las puertas de cristal de una exclusiva peluquería de Sídney. Tenía los hombros apoyados contra el muro de piedra del edificio y los brazos y los tobillos cruzados como si tuviera frío.

Y porque no estaba precisamente contento de estar allí. Se preguntó por enésima vez qué estaba haciendo allí. Sí, Eleanor le había convencido de que necesitaba un poco de ayuda con su imagen. Pero no necesitaba que esa ayuda viniera de Eleanor Cartwright.

No estaba muy al tanto del negocio de las asesorías de imagen, pero seguro que Eleanor no tenía el monopolio del mercado de Sídney.

Y sin embargo allí estaba él. Había hecho la cama y ahora tenía que tumbarse en ella.

Así que en aquel momento estaba considerando su programa de reestructuración de imagen, nombre que de antemano le hacía estremecerse, como si fuera la visita anual al dentista. Algo necesario pero desde luego no una experiencia agradable.

Mientras esperaba a Eleanor observó a los viajeros del metro que salían a Martin Place delante de él. Se movían al unísono como ratones, con las cabezas inclinadas y el paso firme. Apenas se distinguían unos de otros con sus uniformes de camisas almidonadas, chaquetas de tintorería y zapatos relucientes. La mirada de Jake captó un destello rojo brillante en medio de la multitud, y uno instantes después apareció Eleanor. El color de bufanda cuidadosamente colocada sobre el abrigo largo color crema era una pincelada de color en medio del paisaje gris e invernal.

Se acercó a él con paso firme y sexy. Caminaba deprisa, como todos los habitantes de Sídney, pero había incorporado un balanceo en las caderas que le llamó la atención. Y se quedó mirándola.

¿Tendría alguna idea de lo guapa que estaba cuando caminaba? Un segundo más tarde constató lo obvio. Sí, por supuesto que lo sabía. Todo lo que hacía estaba perfectamente calculado para conseguir la imagen que buscaba. Toda su carrera se basaba en eso.

—Buenos días —dijo con extrema educación al detenerse frente a él.

Jake asintió y siguió con los brazos cruzados.

—Buenos días —respondió con apatía.

Ella ni siquiera parpadeó.

—Te va a encantar Andres —afirmó ignorando su falta de entusiasmo—. No sabes lo que es capaz de hacer con unas tijeras.

Jake permaneció en silencio.

—¿Sabes qué? Esto no es una tortura china —dijo Eleanor avanzando un poco más y mirándole directamente a los ojos—. Es un corte de pelo. No te va a pasar nada.

—No me preocupa el corte de pelo —respondió él—. Lo que pasa es que no me gusta que me digan lo que tengo que hacer, eso es todo.

—Ya lo sé —dijo Eleanor—. Cynthia me dio muchos detalles sobre ti —se apresuró a añadir.

Ajá. Así que no estaba dispuesta a admitir que se debía a que le conocía muy bien porque había estado con él cada día durante cuatro años.

—Dejo en manos de Andres a todos mis clientes masculinos —continuó Eleanor—. Hablará contigo, averiguará lo que quieres y lo hará.

—¿No tienes escogido mi nuevo corte de pelo? —preguntó Jake sorprendido.

Eleanor negó con la cabeza.

—Él es el estilista, no yo. Sabe la imagen general que busco y sé que no te pondrá un cazo en la cabeza y recortará los bordes.

Jake tuvo que sonreír a su pesar.

Entraron en la peluquería, donde Eleanor fue recibida afectuosamente por un pequeño ejército de peluqueros. Algunos llevaban el pelo de colores, otros de punta… afortunadamente, el corte de Andres era más normal. Así que Jake se dejó llevar hasta un espejo y luego se pasó cinco minutos hablando de su pelo. Lo que añadía cinco minutos al tiempo que había malgastado en su vida hablando de su pelo. A juzgar por las exclamaciones de Andres, su falta de atención era bastante notable. Jake no lo pillaba. Al mirarse al espejo se dio cuenta de que tal vez lo tuviera un poco largo. Pero en cualquier caso, un corte de pelo era un corte de pelo, ¿verdad?

A través del espejo, Jake podía ver a Eleanor hablando con un pequeño grupo de mujeres. En medio del caos de la bulliciosa peluquería, parecía relajada y segura de sí misma. Sonreía y movía las manos, y parecía como si encajara sin esforzarse. Al verla, Jake no pudo evitar felicitar en silencio a la Eleanor adolescente. Nunca volvería a estar en una esquina con los hombros caídos en un intento de empequeñecerse lo más posible. Ahora pasaría con sus tacones por encima de todas las compañeras que se habían burlado tan cruelmente de ella. Nadie podría imaginar que una vez fue una adolescente de catorce años tímida y torpe que llegó nueva al colegio y a la que él decidió ayudar…

«Finalmente la encontró. Estaba sentada con la espalda apoyada contra la pared del cobertizo con las rodillas en el pecho.

—¿Estás bien?

Eleanor alzó la vista con el rostro parcialmente oculto por la melena revuelta. Pero a Jake no se le escaparon los bordes rojos de los ojos ni las lágrimas que le habían dejado manchas húmedas en el uniforme de cuadros escoceses.

—Vete —le dijo girándose ligeramente para darle la espalda.

Jake ignoró el rechazo y dejó caer la mochilla en la hierba antes de sentarse a su lado con la espalda en la pared y las piernas estiradas. Estaban en febrero, en la primera semana de clase, y hacía muchísimo calor, así que llevaba los horribles pantalones grises cortos del uniforme.

Eleanor se apartó un poco de él, pero no se levantó para marcharse.

—Te has mudado a la casa que está al lado de la mía, ¿verdad? —le preguntó.

Aunque seguía dándole la espalda, Jake creyó ver que asentía.

—Yo me mudé el año pasado. Es difícil ser el nuevo y hacer amigos.

—Será mejor que no trates de darme consejos —dijo ella—. Sé que no tienes ningún amigo.

No estaba siendo desagradable, solo constatando una verdad.

—Es que no creo que haya nadie en este colegio del que valga la pena hacerse amigo.

—Vale —contestó Eleanor—. Lo que tú digas. Y ahora, ¿puedes irte?

—¿De verdad quieres ser amiga de esas niñas?

Jake estaba convencido de que sí. La había estado observando a la hora de la comida durante varios días. Vio como trataba con valentía de unirse al círculo de chicas, sentándose en la hierba como si fuera una de ellas. Todos los días sus intentos fallaban, y las otras chicas eran cada vez más desagradables con ella.

Eleanor se encogió de hombros.

—Soy las populares.

—Claro. Y las más falsas, malas y egocéntricas.

—No todas.

Pero todas se unían cuando empezaba la broma. Aquel día habían estado llamando a Eleanor «gitana sucia», al parecer porque se había pasado la infancia viajando en una caravana con sus nómadas padres. La broma consistía en que cada vez que se acercaba, sus compañeras se pinzaban la nariz como si oliera mal.

Alta comedia, sin duda.

Jake se puso de pie y Eleanor alzó el cuello para poder mirarle.

—Mira, si no quieres pasarte la hora de la comisa detrás del cobertizo puedes venir a sentarte conmigo —la voz le sonó un poco gruñona y se aclaró la garganta—. Ya sabes, hasta que hagas amigos.

Ella le observó detenidamente y Jake esperaba que se echara a reír, que hiciera algún comentario sobre no querer sentarse con el friki oficial o algo así. A Jake no le hubiera importado que lo hiciera, estaba acostumbrado. Le importaba un bledo lo que los demás pensaran de él. Tenía un plan para su vida, y en él no había cabida para ningún alumno de aquel estúpido colegio.

No sabía ni por qué se había ofrecido. No la conocía y no quería compañía. Y desde luego no era famoso por su naturaleza compasiva ni por disfrutar de la compañía de los demás. Normalmente gruñía a sus compañeros de clase, había descubierto que era el mecanismo más efectivo para mantener a todo el mundo alejado. Y eso era lo que quería.

Eleanor asintió finalmente con la cabeza.

—Gracias —dijo con educación—. Es muy amable por tu parte, pero estoy bien.

—Como quieras —contestó Jake.

Y se marchó.

Exactamente una semana después, Eleanor se sentó a su lado en la biblioteca mientras Jake estaba frente al ordenador.

—Tenías razón —le dijo—. Son una panda de egocéntricas malas y falsas».

—Ya está —dijo Andres silenciando los tijeretazos y devolviéndole a la realidad—. Hemos terminado. ¿Te gusta?

Jake apenas había tenido tiempo de mirarse cuando se vio de pronto rodeado por todos los trabajadores de la peluquería. Y por Eleanor.

Todos parecían estar impactados.

¿Qué había sucedido para provocar aquella reacción en masa? ¿Estaba calvo? ¿Se las habían arreglado para teñirle el pelo sin que él se diera cuenta?

Pero no. Estaba igual. Con el pelo corto, más corto que nunca. Y lo cierto era que no estaba tan mal.

Así que tuvo que preguntarlo.

—¿Pasa algo malo?

—Oh, nada malo, cariño —dijo una mujer desde el mostrador de recepción—. Confía en mí.

El resto del grupo de mujeres asintió. Y también un par de hombres.

—¿Sabes? Siempre que le veía en las revistas me parecía guapo, pero ahora… uf.

—Se parece a ese jugador de fútbol, ¿sabes quién te digo? El inglés.

—Sinceramente, de haber sabido que este es el aspecto de un obseso de la informática, yo…

—Gracias por sus opiniones, señoras —intervino Eleanor con tono algo seco—, pero Jake y yo tenemos que seguir. Nos espera un día muy largo.

Jake dirigió la mirada hacia el reloj. Iban muy bien de tiempo, pero no pensaba decírselo a

Eleanor. Antes de que pudiera darse cuenta le estaba sacando por la puerta. Fuera, Martin Place se había convertido en un espacio con menos tráfico ahora que la mayoría de los habitantes de Sídney estaban instalados detrás de sus escritorios.

Eleanor ya estaba enfilando calle arriba en dirección al edificio de Armada.

—Creo que esas damas tenían algo más que decir —señaló Jake apretando el paso para seguirla.

Eleanor sacó el teléfono del bolso y miró la pantalla mientras hablaba.

—Creo que ya has oído bastante.

—Tal vez sea bueno para mi autoestima escuchar a la gente alabar mi corte de pelo.

Eleanor resopló.

—Sabes perfectamente que estás muy guapo.

En cuanto Eleanor fue consciente de lo que acababa de decir, el dedo que estaba utilizando para pasar sus correos electrónicos se quedó paralizado.

—¿Estoy guapo? —preguntó Jake parándose a su lado.

Ella alzó la barbilla y le miró a los ojos. Los suyos no revelaban nada por culpa de aquellas malditas lentes de contacto.

—Mi labor consiste en estar muy al tanto de tu aspecto. Objetivamente eres un hombre muy guapo, y eso me facilita el trabajo.

A juzgar por su tono parecía como si estuviera describiendo el atractivo de un objeto inanimado. Sin decir una palabra más, Eleanor volvió a ponerse en marcha.

Jake la siguió y la alcanzó en dos pasos.

Así que no solo había ganado en habilidades sociales y en autoestima durante los últimos años. También había aprendido a ocultar sus sentimientos.

La Eleanor que él recordaba era abierta como un libro. Pero la de ahora parecía uno de esos diarios con candado.

Y daba la impresión de que había tirado la llave.

Capítulo 5

NI hablar.

A juzgar por la expresión de Jake, parecía que le hubiera pedido que vendiera su alma. Se cruzó de brazos dando a entender que no pensaba hacerlo.

Eleanor trató de mantener la calma y se giró hacia la secretaria de Jake, Kerry, que estaba sentada serenamente detrás del escritorio. Lo cierto era que no parecía en absoluto sorprendida.

—¿No había una explicación sobre el examen de vestuario en el esquema que te envié? —preguntó, aunque sabía que la respuesta era afirmativa—. Es una parte esencial.

Kerry se encogió de hombros. Tenía el cabello gris, gafas más bien gruesas y una media sonrisa.

—Envié los documentos al correo de Jake. Está claro que no los ha revisado.

—No —confirmó Jake—. No he visto nada que esté relacionado con mi casa.

Sinceramente, Eleanor no entendía por qué se resistía tanto. Sin embargo, lo que estaba claro era que no quería tenerla cerca de su casa.

Se sentía un poco ofendida. Ni que tuviera la peste.

—Kerry, ya sabías que esto no me iba a gustar.

La otra mujer no parpadeó.

—Por supuesto. Pero pensé que una vez que empezaras el programa te relajarías un poco —hizo una breve pausa—. Además, podías haber leído el esquema de Eleanor en cualquier momento.

Jake apretó las mandíbulas ante aquella incontestable verdad.

—Por cierto, me encanta el corte de pelo. Gran trabajo —la última frase iba dirigida a Eleanor, que sonrió en respuesta.

—Gracias. Es increíble lo que un buen estilista…

—Señoras, ¿podemos no desviarnos del tema? Lo que digo es que no necesito un examen de vestuario.

Eleanor deslizó la mirada por el cuerpo de Jake, desde los zapatos llenos de rozaduras a los vaqueros con dos rajas. Y luego a la chaqueta que parecía haber cubierto a un perro o a un gato, porque estaba llena de pelitos blancos.

Se suponía que se trataba de atestiguar de un modo profesional su necesidad de cambio de vestuario, pero Eleanor se vio mirando la anchura de su pecho y se dio cuenta de que la observación se le había ido de las manos.

Se aclaró la garganta.

—Necesitas un examen de vestuario, Jake.

Él la miró con aquella intensidad que ya empezaba a resultarle familiar.

—Por el bien de la discusión, ¿qué es exactamente un examen de vestuario y por qué tiene que hacerse en mi casa?

Eleanor tragó saliva. Cuando le azuzaban, Jake podía llegar a resultar incluso intimidante. Por primera vez se lo imaginó al frente de una sala de juntas reclamando atención a pesar de los vaqueros. Desde luego a ella le estaba resultando imposible apartar la vista.

—Es… es…

Eleanor se detuvo, furiosa consigo misma por no ser capaz de controlarse. Estiró los hombros.

—Es un elemento esencial de mis servicios. Para construir con más eficacia tu nueva imagen necesito entender cuál es tu situación actual. Así que voy a tu casa y revisamos juntos tu guardarropa. La mayoría de mis clientes necesita un cambio, pero también puedo encontrar piezas en tu armario que puedan reutilizarse, lo que te ahorrará dinero y servirá para que sigas sintiéndote tú mismo a pesar de tu nuevo aspecto.

—Así que básicamente lo que quieres es venir a mi casa y cotillear mi ropa, ¿no?

¿Cómo era posible que Jake hiciera que su examen de vestuario sonara tan retorcido?

—Iremos juntos. Lo ideal es que el cliente se pruebe la ropa para que yo me haga una idea de cuáles son sus prendas favoritas, qué les queda bien y…

—Ah —la interrumpió él—. Así que quieres venir a mi casa, cotillear mi ropa y tratarme como un muñeco al que le pones y le quitas prendas, ¿no?

Ahora le tocó a Eleanor el turno de indignarse. ¿Cómo se atrevía? Pero mantuvo el tono firme.

—No. Quiero ir a tu casa y que hagamos juntos el examen de vestuario. Es un procedimiento habitual. Mis clientes suelen valorarlo como el mejor de mis servicios.

Jake no parecía en absoluto impresionado.

—No suelo invitar a gente a casa —dijo.

Ahora salía la verdad a relucir. ¿Se trataba de eso? ¿Le preocupaba que tomara fotos y las vendiera a alguna revista? ¿Que llamara a algún periodista en cuanto llegara a casa?

—Soy muy discreta —aseguró Eleanor—. Trabajo con los ricos y famosos de Sídney desde hace muchos años. Te aseguro que me tomo tu privacidad muy en serio. Y, si no te basta con mi palabra, estaré encantada de darte referencias.

Le estaba costando mucho trabajo no decir lo que realmente pensaba: «Deja de ser tan imbécil y confía en mí. Sé lo que hago». Y también: «Jake, sabes que yo nunca te haría algo así».

Pero ¿cómo iba a saberlo él? Había pasado mucho tiempo.

De hecho la última vez que uno de ellos había confiado ciegamente en el otro, que fue cuando ella le ofreció el corazón en bandeja, no había funcionado demasiado bien.

—¿Por qué me…?

Eleanor se llevó una mano a los labios horrorizada ante lo que había estado a punto de decir.

«¿Por qué me abandonaste?».

¿De dónde había salido aquello? Y encima en el vestíbulo de la planta de desarrollo de Armada, con la secretaria de Jake mirándole con abierta curiosidad.

¿Qué le pasaba? ¿A quién le importaba lo que hizo un estúpido chico de diecisiete años cien años atrás?

A ella no.

—Habría cancelado la cita antes si hubiera entendido cuáles eran tus planes para el resto de la mañana —dijo Jake interpretando mal sus palabras—. Te pido disculpas por las molestias —se subió un poco más la mochila a los hombros—. Leeré el resto del esquema y te avisaré si me encuentro con más problemas.

¿Con más problemas?

—Jake, Armada me ha contratado para cambiar tu imagen. El esquema que he hecho para ti no es una posición de arranque sobre la que podemos negociar.

Jake se encogió de hombros.

—No voy a transigir en esto. Puedes cortarme el pelo, decirme qué debo ponerme, enseñarme a ser simpático con los periodistas… lo que quieras. Pero mi vida privada, incluida mi casa, no

formará parte del circo.

Eleanor abrió la boca para argumentar pero volvió a cerrarla. No tenía sentido. Así que intentaría salvar lo que pudiera.

—Sin acceso a tu vestidor tendremos que comprar mucha ropa nueva.

Jake alzó las cejas.

—El dinero no es problema.

—Y esto no es negociable: cuando vayamos de compras tendrás que probarte la ropa. Sin quejas —le miró fijamente—. Este es mi trabajo, Jake. Tienes que dejarme hacerlo.

Jake asintió tras un breve instante. Aunque a regañadientes.

—Tampoco toleraré más cambios en el esquema. Si después de estudiarlo consideras que hay algo inaceptable, entonces se acabó —Eleanor trató de sonreír con aire despreocupado—. Al menos habrás conseguido un nuevo corte de pelo.

Jake apretó los labios.

—Pero seguiré mirando a cámara con demasiada intensidad.

—Y seguirás hablando demasiado sobre software aburrido. Y vestido con unos vaqueros viejos.

Jake sonrió abiertamente ahora.

—¿No habrá exámenes de vestuario?

Eleanor se llevó la mano al corazón.

—Lo prometo. Pero tú te lo pierdes —añadió sin poder evitarlo mientras trataba de soltar disimuladamente el aire que había estado reteniendo.

Menos mal que Jake no se había dado cuenta del farol. Porque había sido un farol auténtico.

No pensaba dejar a Jake. Aunque Jake la hubiera dejado a ella.

No. No iba a ir por aquel camino. Ahora estaban en el presente, no en el pasado. Aquella era una oportunidad única para su carrera profesional.

—Entonces nos vemos mañana, ¿no? —preguntó Jake.

Ella asintió.

—Sí, tenemos mucho que hacer antes de tu primera entrevista.

Jake puso los ojos en blanco.

—Marketing no deja de recordármelo. Sinceramente, creo que preferirían que un loro fuera la cara de Armada. Así no tendrían que preocuparse de que no me saliera del guion en las entrevistas.

La última parte de la frase la pronunció casi distraídamente mientras se daba la vuelta y se metía en el despacho, dejando a Eleanor y a Kerry solas.

—Lo siento —dijo la secretaria—. Jake puede llegar a ser un poco difícil a veces. No le interesa mucho este tema de la imagen, ¿sabes?

Eleanor asintió en silencio. Claro que lo sabía.

—Sabía que eso del vestuario no le haría gracia, pero como me dijo que ya os conocíais pensé que estaría de acuerdo.

—¿Te ha contado que ya nos conocíamos? —la voz de Eleanor sonó un poco estrangulada.

—Sí —afirmó la secretaria con expresión de curiosidad—. Pero no me dio más detalles. Yo me preguntaba si… —sonó el teléfono de Kerry—. Lo siento, tengo que contestar.

Pero Eleanor no tenía pensado quedarse esperando. Se despidió de la secretaria mientras ella contestaba a su llamada y se marchó a toda prisa.

Tenía que enviar un correo electrónico.

Jake calculó que estaría a un kilómetro de casa cuando empezó a llover.

No fue ninguna sorpresa. Las nubes oscuras de tormenta habían estado esperando pacientemente durante horas por encima de los acantilados de arenisca que rodeaban su casa de Blue Mountains.

Y sin embargo él había salido a dar un paseo con los perros sin impermeable ni nada parecido.

Y pensar que había gente que le consideraba un genio… menos mal que no podían verle en aquel momento. La lluvia le había empapado ya la fina capa de la sudadera y de la camiseta, y el viento helado que azotaba el valle le golpeaba implacablemente la piel.

Por una vez, su despacho de Armada con aquellas ventanas que no se podían abrir le resultó más apetecible que aquel lugar. Que aquellas cuarenta hectáreas de total reclusión.

De privacidad total.

Teniendo en cuenta que ya no podía mojarse más, porque tenía también calados los calcetines y las botas, le parecía inútil regresar corriendo a casa. Pero sus perros, pointers de pelo muy corto y más bien sensibles, ya habían dejado claro lo que querían al apretársele contra las piernas. Albert a la izquierda, con sus grandes manchas negras, y Lizzie con su tono anaranjado a la derecha.

Querían estar frente a la estufa de la sala de estar. Y a él no le parecía tan mala idea.

Subieron juntos por el sendero de gravilla rodeado de fantasmales eucaliptos. Las ráfagas de viento habían hecho caer las grandes hojas verdes, que volaban entre la lluvia hasta caer a los pies de Jake.

No tenía pensado ir tan lejos. Lo que había empezado como un rápido paseo para despejarse la mente tras la mañana en la ciudad se había convertido paso a paso en algo mucho más largo. Por suerte se le había ocurrido darse la vuelta en algún momento. En caso contrario, la ducha caliente y el calor del fuego al lado de sus perros estarían mucho más lejos todavía.

Aquella estúpida campaña terminaría pronto. Normalmente salía a pasear para pensar en el trabajo. En cuanto salía de casa su mente empezaba a discurrir. A veces tenía momentos brillantes, encontraba de pronto la solución a algún problema de códigos, o se le ocurría una idea para algún proyecto nuevo y excitante.

Necesitaba silencio y aire libre para pensar. Siempre había sido así. Después de todo, venía caminando del colegio con Eleanor cuando se le ocurrió la idea del software del carro de la compra virtual para comprar por Internet que lanzó su carrera, y más tarde, Armada. Ella parecía saber siempre en qué momento se ponía en marcha el engranaje de su cabeza. Entonces dejaba la conversación en suspenso y esperaba pacientemente a que Jake regresara de su pequeña expedición mental. Entonces escuchaba atentamente cuando él le contaba lo que acababa de idear. O al menos fingía interés de un modo muy convincente.

Tras pasar otra mañana con ella, seguía sin entender cómo era posible que hubiera cambiado tanto. Y no se trataba solo del aspecto. Jake había investigado y al parecer su vida social era de lo más rica. Fiestas, inauguraciones, cenas de galas… Eleanor estaba en todos los eventos. Y en eso era en lo que pensaba durante el paseo. No en algo útil como la propuesta técnica que le había hecho uno de sus mejores ingenieros informáticos aquella mañana. No. Se había pasado buena parte de aquellas dos horas pensando en Eleanor.

La lluvia había amainado un tanto, y Albert y Lizzie se habían puesto a trotar delante de él. Un recodo más y ya podría ver su casa.

Jake estaba intentando ver la situación de una manera objetiva. Eleanor y él estuvieron muy

unidos en el pasado. Adolescentes conectados por la angustia que sentían. Los dos contra el mundo. O mejor dicho, los dos contra el colegio. A Jake no le importaba el rechazo. Sencillamente estaba más contento sin tener que preocuparse de decir o hacer lo correcto. Era feliz en su pequeño mundo, igual que en ese momento.

Eleanor había sido una excepción. Ella era distinta. Se estremecía cuando la insultaban. Cuando se reían y murmuraban. Pero juntos estaban bien. Y ella le había asegurado que cuando Jake se fuera seguiría estándolo.

«—Tengo que irme —dijo Jake cuando volvían a casa juntos por última vez. Solo faltaban unas semanas para sus exámenes finales.

Ella le miró de reojo.

—Lo sé —se limitó a decirle—. Deja de preocuparte por mí. Voy a estar bien. Solo es un año —se encogió de hombros—. Iré al colegio, estudiaré, volveré a casa y entraré en la universidad antes de darme cuenta. Allí ya no habrá estúpidos grupos populares.

Estaba muy convencida.

—Y tal vez algún día también cambie de estado. Así podrás aburrirme hablando sobre informática en Melbourne o Sídney en lugar de…

Entonces Eleanor dio un grito al ver la mirada fulminante de Jake y los dos salieron corriendo riéndose como idiotas hasta llegar a casa».

¿Le habría ido bien sin él? Se había dicho a sí mismo que sí. Por supuesto que sí. La imagen de la Eleanor perfecta del presente, tan distinta a cómo había sido, apareció en su mente.

Ahora no estaba tan seguro.

Los débiles rayos del sol se abrieron paso a través de las nubes tormentosas cuando Jake llegó a los pies de la escalinata que subía a su casa. Enclavada a los pies de la montaña, se fundía de forma casi perfecta con el bosque que la rodeaba. Y lo mejor de todo era que desde la amplia terraza que rodeaba el frente de la casa podía ver kilómetros y kilómetros sin más construcciones ni gente.

Con la confianza que les daba la experiencia, Lizzie y Albert subieron a toda prisa las escaleras de madera por delante de él. Jake les siguió, cada paso acompañado por el chirrido de las botas y los calcetines mojados.

¿Tendría que haber dejado que Eleanor fuera hoy a su casa? La había clasificado como al resto de las personas, y por eso no lo había permitido. Allí ya no iba nadie. Tenía un apartamento en la ciudad que utilizaba de vez en cuando, y cuando quedaba con alguno de sus pocos amigos lo hacía en cualquier sitio menos en esta casa.

Cuando Georgina habló con las revistas del corazón al finalizar la relación, Jake trazó una línea en la arena. Georgina le había acusado de estar cerrado. De no permitir el acceso a nadie.

Sinceramente, él no lo veía. No tenía nada dentro que fuera necesario compartir. Ningún secreto oscuro, la prensa ya los había sacado todos. Los hechos eran públicos, con eso era más que suficiente. Pero ya que Georgina había expresado en grandes titulares la mala opinión que tenía de él, bien podía estar a la altura de su reputación.

El silencio, el espacio, el aislamiento… todo le venía como anillo al dedo. Al llegar a lo alto de la escalera se acercó a la barandilla del balcón. Los perros se sentaron pacientemente en el felpudo de la entrada, aunque Lizzie emitió un gemido de queja.

Jake miró hacia el valle, más allá de las montañas y de la línea del horizonte.

No, ni siquiera la Eleanor que él recordaba tenía un sitio allí. Nadie lo tenía. Años atrás, cuando vio a Eleanor cruzar el jardín de atrás de su casa bajo la luz de la luna con la cabeza alta

y él sintió cómo se le cerraba la garganta por el esfuerzo de no llamarla a gritos, decidió que estaría mejor solo.

Y sin duda Eleanor estaba mejor sin él.

Capítulo 6

ELEANOR parpadeó antes de clavar la vista en la foto que tenía en la mano. La había arrancado de una revista. Era la foto de unos mocasines de piel informales que pensó que Jake podría llevar con los vaqueros y que suponían un gran adelanto respecto a sus gastadas zapatillas. De eso se acordaba. Lo que no sabía era por qué la tenía ahora en la mano.

Estaba convencida de que había guardado la foto en la carpeta, la que tenía en el suelo al lado del pie izquierdo. Y sin embargo la estaba sosteniendo entre los dedos.

Aquello empezaba a resultar ridículo. Había pasado casi una semana. Era normal que al principio estuviera un poco preocupada por la inesperada reaparición de Jake en su vida. El pasado y su mejorado presente habían chocado literalmente. Por eso cuando se tropezó en clase de baile de salsa no se preocupó. Le parecía comprensible. Cuando la noche siguiente se vio rodeada de sus compañeras del club de lectura, que la miraban expectantes sin que ella tuviera ni idea de qué estaban hablando… bueno, eso sí le resultó irritante. Pero estaba segura de que pasaría.

Sin embargo, cuando el viernes se olvidó de que había quedado con Mandy Williamson para tomar una copa después del trabajo, se molestó de verdad. Además, Mandy era una antigua clienta y ella nunca olvidaba nada relacionado con sus clientes. Así que ahora estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo del despacho de su apartamento de North Shore con los recortes de revistas y las imágenes que había impreso de Internet desparramadas como confeti.

Su iPod emitía música de los ochenta. Ella no era capaz de trabajar en el silencio total del edificio de Jake. Necesitaba música, gente o actividad para funcionar. Y mejor si tenía las tres cosas juntas. Pero hoy, a pesar de la música, estaba distraída por Jake. Una vez más. Tenía que concentrarse.

Se suponía que debía estar pensando en la imagen que quería conseguir para Jake. Teniendo en cuenta su aversión a los trajes, suponía todo un reto. Tenía que crear un guardarropa que reflejara a Jake para que se lo pusiera y también que fuera adecuado para la gran variedad de eventos promocionales que tenía por delante. Había ideado incluso un sistema de archivo: tres subcarpetas que decían: «Sí», «No» y «Tal vez». Pero la tarea le estaba tomando más tiempo del debido. La imagen de Jake mirándola con su característica intensidad seguía surgiendo en su traicionero cerebro.

¿Por qué tenía de pronto aquel poder sobre ella si unos días atrás no era más que un recuerdo olvidado? No había más que ver la debacle de la entrevista. Ella era la que estaba empeñada en que su pasado era irrelevante y sin embargo había permitido que la conversación se dirigiera hacia derroteros que no debía. Había bajado la guardia. Y lo había hecho más de una vez.

Relajarse cerca de Jake era peligroso. Si no tenía cuidado, habría algo más que ecos de su antigua amistad. No necesitaba ni quería que le recordaran nada del pasado. ¿Tendría Jake alguna idea de lo que había pasado cuando él se marchó? Ella le había animado con valentía a que se fuera, a que persiguiera sus sueños. Había visto lo que su madre le estaba haciendo, la presión que sentía. La responsabilidad. La beca que tenía era un billete de ida para salir de una historia familiar de pobreza y fracaso. Tenía que irse y ella lo sabía. Pero ella no contaba con que su madre muriera. Ni con que su padre desapareciera anímicamente hablando.

No contaba con quedarse completamente sola. En el colegio era como si la hubieran arrojado a los leones. Ella solo buscaba amistad, la deseaba desesperadamente. Pero había formado parte

durante demasiado tiempo de la pareja de raritos, y una vez más volvió a sufrir el rechazo y a ser el blanco de las burlas. Tal vez su necesidad de afecto asustara a sus compañeras. Tal vez su crueldad procediera del miedo o de su incapacidad para lidiar con el dolor de Eleanor.

Tal vez.

Pero había aprendido. En la universidad no se molestó siquiera en intentarlo. Siguió la actitud de Jake de no necesitar a nadie. La salud de su padre se fue deteriorando, pero Eleanor se dijo que lo había perdido mucho tiempo atrás, cuando murió su madre. Pero cuando le perdió, la profundidad de su dolor le hizo enfrentarse a la verdad de la situación. Sin él estaba a la deriva. No había nadie ni nada que la retuviera en Fremantle.

Así que fue el momento perfecto para reinventarse a sí misma. Y nunca se había arrepentido de aquella decisión. Su vida había florecido en proporción inversa a lo poco de su anterior yo que había decidido mantener. No tardó mucho en descubrir que más de la nueva Eleanor y menos de la antigua equivalía a una vida más perfecta.

Tenía todo lo que siempre había querido. Por eso las distracciones como Jake eran inaceptables. Estar diez minutos mirando al vacío y haciendo añicos la inocente foto de unos zapatos era completamente inaceptable. Eleanor se puso de pie de un salto desperdigando fotos, trozos de papel, carpetas y notas al hacerlo. Cerró de un portazo la puerta del despacho, cruzó el salón y se dirigió al balcón. El pequeño espacio estaba moteado por la luz que se filtraba a través de los eucaliptos. Eleanor aspiró con fuerza el fresco aire de la mañana que le quemó los pulmones. Curvó los dedos de los pies descalzos sobre el cemento helado con la esperanza de que el frío le proporcionara algo de sentido común.

Jake era un cliente. Nada más. Por eso no tenía sentido que soñara despierta con su mirada por muy intensa que fuera. Los vestigios de su enamoramiento adolescente con el vecino de al lado no tenían cabida en su relación laboral con Jake Donner, el multimillonario fundador de Armada Software. Aquel contrato era la oportunidad de su vida y su pasado con Jake no la iba a arruinar.

Lo único que necesitaba era recomponerse.

Cinco minutos después consiguió por la fuerza ocupar la mente con pensamientos sobre otros clientes. Sarah, la joven de dieciséis años que necesitaba desesperadamente una buena dosis de confianza en sí misma para el baile de fin de curso. Joan, la profesora jubilada a la que le aterraba convertirse en una anciana antes de tiempo y quería un cambio completo de imagen.

Centrada y más calmada, volvió a entrar. Ya estaba. Jake era un cliente más y la vida había vuelto a la normalidad.

—Me preguntaba qué historia hay detrás de tu alergia a los trajes —dijo Eleanor, que estaba situada a una distancia respetable del probador de Jake—. ¿Una mala experiencia? ¿Una desafortunada situación relacionada con alguna corbata?

Jake se rio pero no dio más explicaciones. Ella avanzó un paso más. El probador de la tienda de ropa para hombres tenía una puerta muy pequeña, así que podía ver la cabeza y los hombros de Jake por encima.

—Si fuera capaz de entender los prejuicios que tienes con los trajes, podría ayudarte mejor.

Al oír aquello, Jake asomó la cabeza por encima del probador y la miró con perplejidad.

—De acuerdo. Así que esto no tiene nada que ver con el cotilleo.

Ella sacudió la cabeza con firmeza.

—Por supuesto que no.

Jake sonrió y luego se quitó la camiseta negra por la cabeza.

Eleanor se lo tomó como una señal para dar dos grandes pasos hacia atrás. No quería ver accidentalmente a un cliente cambiándose.

—Sabes que nunca me ha importado un bledo la ropa —dijo Jake mientras se inclinaba al parecer para subirse los pantalones que Eleanor le había escogido para que se probara.

Ella se puso tensa al escuchar aquella referencia casual a su amistad. Pensó que se lo había dejado claro en el correo electrónico. Tal vez no lo hubiera leído todavía.

Aunque estaban solos en la sala de probadores, así que no había problema de que alguien les oyera. Podía relajarse por el momento.

—Eso no significa nada —aseguró—. A mí me llevó mucho tiempo entender el poder de un atuendo adecuado. Y mírame ahora.

Había sido una mala elección de palabras, eso estaba claro. Jake volvió a acercarse a la puerta con la cabeza ligeramente ladeada mientras la observaba con gran parsimonia. Se había puesto una camisa, gracias a Dios, pero no se la había abrochado. Por encima de la puerta veía más piel desnuda de la aconsejable.

—Mmm —murmuró Jake.

Eleanor estaba empezando a pensar que resultaba imposible no revolverse bajo su mirada. Llevaba puesta una delicada blusa color crema dentro de unos pantalones chocolate ajustados. Sabía perfectamente qué aspecto tenía: elegante y sofisticado. Pero sintió de pronto el lazo del cuello de la blusa un poco asfixiante. Tragó saliva.

—Sí —continuó Jake finalmente—. Está claro que a ti sí te importa la ropa que llevas.

No lo dijo como si fuera algo bueno. Ni malo. Lo cierto era que sonaba como alguien a quien le ropa le era completamente indiferente.

Eleanor decidió ignorar el hecho de que su mirada resultaba más elogiosa que sus palabras.

—No es cuestión de una camisa bonita o un buen par de zapatos, ¿sabes? —afirmó ella con tono de asesora de imagen profesional—. La imagen de una persona, y con eso me refiero a la ropa, la educación y el lenguaje corporal, tiene un profundo impacto en su vida. Mis clientes me lo demuestran una y otra vez. Se trata de mejorar la autoestima y la confianza en uno mismo, e incluso la capacidad para generar credibilidad. Un cambio de imagen puede cambiarte la vida.

De eso estaba absolutamente convencida.

—Sí, sí —dijo Jake detrás de la puerta. Al parecer había terminado de abrocharse los botones de la camisa—. Lo he entendido todo esta mañana.

Se refería a la reunión de una hora que habían tenido antes en el despacho de Jake, en la que solo había hablado ella. Eleanor creía que no la estaba escuchando.

—Entonces, ¿me estabas prestando atención? —preguntó.

Jake abrió la puerta del probador mientras se ponía la cazadora de piel marrón que había escogido para él.

—Me perdí un rato cuando empezaste a hablar de los triángulos de color.

—La rueda de color, Jake —le corrigió ella—. Creo que te sorprendería lo útil que es.

—No sé —dijo él acercándose a los ventanales que había detrás de ella.

Eleanor puso los ojos en blanco. Sin duda Jake había relegado a la pobre rueda de color a la papelera de reciclaje de su cerebro. Pero no pasaba nada. Estaría en el plan de acción para Jake, el documento que le entregaría una semana más tarde, cuando terminara sus servicios.

Tenía la esperanza de que se molestara en leerlo, aunque seguramente volvería a ponerse los vaqueros desgastados un minuto después de que acabara la campaña. Y su trabado plan de acción iría a parar a una papelera de verdad. O a una trituradora de papel.

Pero al menos ese día, Jake lo estaba intentando. Eleanor apoyó el peso del cuerpo en uno de los tacones y se cruzó de brazos mientras examinaba el conjunto: pantalones gris pálido de tela no demasiado ajustados. Una impecable camisa blanca con algunos botones desabrochados. Nada de corbata. Y una preciosa chaqueta de piel para rematar el conjunto.

Estaba fantástico. Se parecía a la estrella de cine que había utilizado como inspiración para su nuevo guardarropa.

—¿Qué te parece a ti? —le preguntó.

Jake se movía hacia todos lados mientras se miraba en el espejo.

—La chaqueta está bien —dijo—. Y me gusta que no haya corbata.

—Pero…

—¿Podría llevar vaqueros en lugar de estos pantalones? No me convencen —aseguró tirando de la tela.

Eleanor suspiró. Qué típico.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿No te gustan?

No le sorprendió que Jake negara con la cabeza.

—No, están muy bien. Pero creo que no son para mí.

—Volvemos al asunto de los trajes. Así que son vaqueros o nada, ¿verdad? Te lo vuelvo a preguntar: ¿qué tienen de malo los trajes?

—¿El psicoanálisis forma parte de tus servicios de asesoría de imagen, Eleanor?

Ella alzó la vista, consciente de que se había acercado demasiado. Pero no estaba dispuesta a recular.

—¿Tan raro es que quiera entender la razón de tu forma de vestir?

Pero no era solo eso. Tenía curiosidad y lo sabía. Quería saber más cosas de Jake Donner el magnate informático para compararlo con el Jake que ella recordaba.

Él la miró. Eleanor bajó la cabeza para fijarse en la etiqueta de la chaqueta y los reflejos rojizos de su cabello brillaron bajo las luces del probador.

¿Tendría alguna idea de lo que provocaban sus dedos en él, aunque fuera a través de la tela? Le estaba tocando de un modo casi despreocupado, como seguramente lo haría con cualquier otro cliente.

Aunque seguramente no era algo despreocupado. Eleanor le había dejado muy claro que no era más que otro cliente. El extraño correo electrónico que envió el día anterior era la prueba.

Quiero aprovechar la oportunidad para destacar lo importante que es para mí mi relación profesional contigo y con Armada. Como te dije, nuestra amistad de la infancia no tiene ningún impacto en la realización de mis servicios como asesora de imagen. Agradecería que nuestro pasado quedara estrictamente entre nosotros. En caso contrario, temo que mi trabajo como tu asesora pudiera malinterpretarse…

Sí. Definitivamente extraño.

Así que aquella cercanía era deliberada. Una obstinada negativa a aceptar que hubiera sucedido algo entre ellos alguna vez.

—¿Y bien? —preguntó Eleanor.

Aquel día había sustituido el lápiz de labios rojo sangre por un tono más claro y brillante. A Jake le gustaba mucho más.

—No es ningún secreto —aseguró—. Al principio del todo traté de vestir con traje cuando buscaba financiación y pensaba que mi aspecto debía reflejar que sabía lo que estaba haciendo.

Y que podían confiarle varios millones de dólares.

—¿Pero? —le presionó ella.

—Lo odiaba. El traje azul marino y la corbata hacían que me sintiera como si llevara uniforme y no me gustaba.

Eleanor frunció el ceño.

—Puedes ser una persona individual con un traje —aseguró—. Yo llevo traje todos los días, pero no soy el clon de nadie. Sigo siendo yo.

Jake buscó las palabras adecuadas para explicarse. Nunca había intentado hacerlo con anterioridad. Era el fundador de la empresa y nadie le cuestionaba. Si no fuera por aquella campaña, estaba convencido de que podría haber seguido yendo a trabajar en vaqueros eternamente.

—Me niego a fingir que soy alguien que no soy —aseguró—. Y soy alguien que no ve la utilidad a las interminables e inútiles reuniones o a las largas comilonas repletas de falsa camaradería.

—Eso no es el resultado inevitable de llevar traje.

Jake se encogió de hombros.

—Es lo normal. Además, soy programador. Los programadores podemos vestir como queramos.

Eso era lo que se le daba bien, desarrollar software. Sí, reconocía que las reuniones tenían una razón de ser, y por eso había delegado los elementos más desagradables del negocio a la junta de Armada. Él seguía siendo el director de desarrollo y por eso asistía a las reuniones de la junta, pero nada más.

Y nunca se había arrepentido de aquella decisión, ni siquiera aquella semana. Sí, la inminente campaña le producía un cierto temor, pero había creado la estructura empresarial de Armada por aquella misma razón, para asegurarse de que la gente con visión corporativa mantuviera la empresa a flote y vendiera al público su software, su teléfono y sus nuevas tecnologías.

Eso era lo que le satisfacía del trabajo. Y no necesitaba un traje para conseguirlo.

Eleanor estaba jugueteando con aquel lazo ridículo de la blusa, deslizando arriba y abajo los dedos por los largos trozos de tela que le cubrían parte del escote. Jake sabía que no lo estaba haciendo de forma consciente, pero la imagen resultaba definitivamente atractiva.

Antes de obsesionarse con qué ocurriría si tiraba demasiado fuerte y desataba el lazo, dio un paso atrás.

—Me probaré otro de los conjuntos —dijo con cierta brusquedad.

Una vez en el interior del probador se desabrochó rápidamente la camisa y se la quitó.

—Eso tiene algo de sentido —aseguró Eleanor—. No puedo decir que esté de acuerdo, pero tiene algo de sentido.

—Gracias —murmuró él con sequedad.

Colgó la camisa en una percha y se giró hacia el conjunto de prendas colgadas en la pared del probador. Al fondo, tras un grupo de camisas, jerséis de lana extremadamente caros y un montón de chaquetas, algo le llamó la atención.

—Aunque el argumento se viene abajo cuando hablamos de apariciones públicas como la que estás a punto de hacer. Y hay otras ocasiones para llevar traje, como por ejemplo una boda o…

—O la fiesta de lanzamiento del teléfono de Armada —terminó Jake por ella mientras sacaba el odioso conjunto del colgador.

—Supongo que has encontrado el traje…

Eleanor guardó silencio cuando él abrió la puerta del vestidor sosteniendo la chaqueta y los

pantalones del traje negro.

—No llevas camisa —murmuró ella constatando lo obvio.

—Tampoco voy a llevar traje, Eleanor.

—Tienes que llevarlo en la fiesta de lanzamiento. El cóctel es de etiqueta.

Jake negó con la cabeza.

—De ninguna manera.

Ella entornó los ojos.

—Ahora estás siendo obstinado.

Seguramente sí. Había asistido a bodas. E incluso había llevado traje. De hecho su ex había comprado el que llevó a la última boda a la que fue.

Pero esa no era la cuestión.

—Es lo único que dejé muy claro cuando accedí a todo esto.

Había sido independiente toda su vida. Sus padres no le habían proporcionado ninguna guía. Ninguna de sus novias había tenido éxito al intentarlo.

Él iba por libre. Tomaba sus propias decisiones.

Ya era suficientemente malo que le dijeran lo que tenía que ponerse. Necesitaba poner límites para tener al menos un poco de control.

—Accediste a seguir mi programa —le dijo Eleanor con el cuerpo tenso—. A dejarme hacer mi trabajo. Si te dejo asistir esta noche a los premios en vaqueros y zapatillas, seré el hazmerreír de todo el mundo. Y tú también.

Le quitó de las manos la percha con el traje.

—No he escogido cualquier traje, Jake. Para empezar, no va con corbata. Y el corte es excepcional. Te sorprenderá lo cómodo que es.

Jake se limitó a sacudir la cabeza por toda respuesta.

Eleanor agitó un poco la percha mientras la frustración se apoderaba de ella.

—Confía en mí y pruébate el maldito traje. Te estás comportando como un idiota.

—¿Es así como tratas normalmente a tus clientes? —le preguntó.

Eleanor se quedó paralizada.

Un segundo más tarde, Jake vio como echaba los hombros hacia atrás. Luego se puso el traje con calma en el brazo.

—Te pido disculpas —dijo en un tono completamente distinto—. He manejado muy mal la situación. No me gustaría que te sintieras incómodo durante la comida, y me preocupa que lamentes la decisión de asistir vestido de forma poco adecuada. ¿Crees que ayudaría si…?

—Basta —dijo Jake—. No vuelvas con esa tontería de fingir que no me conoces, Eleanor. No quiero oírlo.

Ella aspiró con fuerza el aire.

—Creí haberlo dejado claro en mi correo. Es mejor que empecemos de cero. Está claro que los dos somos personas distintas.

—Es una buena idea. Pero no es la primera vez que me llamas idiota y es una estupidez fingir que lo es —aseguró Jake refiriéndose a sus muchas peleas de adolescentes.

En aquel momento, el peor posible, un hombre entró en el probador. Les miró un instante, y no pareció importarle lo más mínimo ver a un hombre medio desnudo y a una mujer enfadada. Desapareció tras una de las puertas de la izquierda.

—Preferiría que no hablaras de nuestro pasado —afirmó Eleanor en molesto susurro. Pasó por delante de él y entró en el probador—. ¿Puedes venir, por favor?

Jake la siguió, y cuando cerró la puerta tras él y puso el pestillo, el espacio resultó de pronto muy íntimo. Los espejos que prácticamente cubrían las tres paredes del minúsculo habitáculo les reflejaban desde todos los ángulos.

Jake cayó en la cuenta de que en ese momento tenía una fantástica vista del trasero de Eleanor. Ella se puso en jarras y entonces volvió a mirarla a ella, no a la generosa visión que ofrecía el espejo.

—Lo siento —dijo de pronto para su propia sorpresa.

¿De dónde había salido aquello?

Eleanor parecía igual de sorprendida. Durante unos instantes se quedaron allí mirándose y parpadeando. ¿Qué era lo que sentía? ¿Haberla mirado? ¿No probarse el traje?

—Siento haberme marchado como lo hice. Y no haber mantenido el contacto —aclaró tanto para sí mismo como para ella—. ¿Es por eso?

—Claro que no —afirmó ella todavía con aquel ridículo susurro. ¿A quién le importaba si un desconocido que estaba tres puertas más abajo les oía?—. Nada tiene que ver con eso.

El tono afilado era la prueba de lo contrario.

—No estoy orgulloso de mí mismo —afirmó Jake—. Creí que sería mejor un corte limpio. Que los dos empezáramos de cero.

La explicación sonaba tan patética como ahora veía que era. En su momento le pareció la única solución. Incluso noble. Pero no fue así. Eleanor deseaba desesperadamente que se quedara. Necesitaba que se quedara… y que la amara.

Ambas cosas eran imposibles.

—No tienes nada de qué disculparte. Estuve perfectamente bien.

Eso era lo que él se había dicho también. Eleanor era fuerte. Y tenía a su padre, que la quería y la apoyaba.

Él no podía ofrecerle ninguna de las dos cosas.

—Lo siento —repitió. Le parecía que era lo único que valía la pena decir.

¿Cómo expresar trece años de ausencia con palabras? No había sido noble. Se había asustado.

—Cuando perdí a mi madre —dijo Eleanor—, me dolió más de lo que nunca podría describir con palabras. Me dejó un agujero, ¿sabes? Y luego tú también te fuiste…

Le tembló el labio inferior y la emoción se hizo palpable en el pequeño habitáculo. Una parte de él se alegraba de que se hubiera quitado la máscara, pero aquella era la razón por la que se había ido. Por la profundidad de aquellos sentimientos. Aquel dolor, aquella tristeza. No pudo procesarlos. No los entendía.

Ni entonces ni en ese momento.

A los diecisiete años no supo cómo manejarlo. A los treinta tampoco sabía. Se sentía inútil.

Así que hizo lo único que podía hacer, sin saber si funcionaría. Se acercó a ella. El espacio era tan reducido que estuvo frente a ella en un paso, y un instante después la estrechó entre sus brazos.

Al principio resultó un poco extraño. Eleanor contuvo el aliento cuando la abrazó y se puso tensa. Pero casi al instante se le relajó el cuerpo y se apoyó en él. Y entonces se convirtió en la cosa más natural del mundo.

Eleanor sintió la humedad de sus propias mejillas contra su pecho desnudo. Durante un largo instante se limitaron a seguir así, con Jake acariciándole rítmicamente la espalda mientras ella se estremecía ligeramente.

Y luego, tras una eternidad, ella alzó el rostro para mirarle.

—No tendrías que haber desaparecido —afirmó.

En aquel momento, al verla con el rímel corrido y el pelo revuelto, estuvo de acuerdo con ella.

«Tendría que haberte besado».

¿Había adivinado Eleanor lo que estaba pensando? Tal vez, porque algo cambió en su abrazo. El hecho de que estuviera sin camisa, algo que antes no tenía ninguna relevancia, añadió más carga al ambiente. Jake sintió como le clavaba las uñas antes de deslizárselas por la columna.

Entonces Eleanor se humedeció los labios y eso fue su perdición.

La estrechó entre sus brazos y se inclinó hacia ella. Eleanor también se movió. Lo suficiente para que sintiera su respiración agitada contra los labios.

Pero entonces se apartó. Con tanta celeridad que se dio contra el espejo que tenía detrás.

—Gracias por la disculpa —dijo—. Te lo agradezco.

Su voz resultó una vez más falsa y profesional. La estaba utilizando para distanciarse de él.

Y no era mala idea. Jake sentía que la cabeza le daba vueltas y que su cuerpo todavía quería llegar a ella. Besarla. Así que la distancia era necesaria.

—Entonces, ¿te vas a probar el traje? —le preguntó ella.

La pregunta resultaba tan incongruente que Jake no tuvo más remedio que reírse.

—¿Estás hablando en serio?

Eleanor curvó ligeramente los labios hacia arriba.

—Creo que es lo menos que puedes hacer.

Jake asintió. Y supo que también llevaría la maldita prenda a la comida.

Eleanor esbozó una breve sonrisa de victoria. Pero al instante se puso seria.

—Sin embargo, esto no cambia nada. Sigo manteniendo lo que dije en el correo. Por favor, no dejes que nadie sepa que nos conocíamos. Ni que yo vivía en Fremantle —aspiró con fuerza el aire—. Ni tampoco digas nada de mi madre, ¿de acuerdo?

Después de lo que acababa de pasar y de lo que había pasado tantos años atrás, no iba a negarle algo así. Jake asintió.

—Pero ¿por qué? Sin duda tus amigos y tus clientes saben que eres de Fremantle y a qué colegio fuiste. No les resultará extraño que nos conociéramos.

Ella sacudió la cabeza casi con violencia.

—No. Nadie lo sabe.

—¿Nadie sabe de dónde eres? —preguntó Jake confundido.

¿Por qué querría ocultar algo así?

—Así es. Y así va a seguir.

Capítulo 7

ME niego a fingir que soy alguien que no soy».

Las palabras de Jake surgieron de modo inesperado en la cabeza de Eleanor mientras se miraba al espejo.

Pero no la pillaba de sorpresa. La conversación entera había ocupado la mayor parte de su pensamiento desde que acabó la expedición de compras con Jake.

Aquella era la razón por la que se suponía que tenía que mantener las distancias, estar a salvo tras la protectora barrera de la profesionalidad.

Había intentado asumir los acontecimientos del día desde diferentes perspectivas. Primero se basó en la teoría de que se alegraba de que hubiera sucedido. Se basaba en la idea de que habían aclarado las cosas y ahora podrían continuar por un camino libre de obstáculos como dos adultos sin cuestiones sin resolver entre ellos.

Desgraciadamente, aquella teoría se venía abajo cuando recordaba el momento exacto en que Jake decidió besarla. Y en el que ella decidió besarle también.

¿En qué diablos estaba pensando? Aquel era el hombre que le había hecho mucho daño. Que la había abandonado cuando más le necesitaba.

Afortunadamente, había recuperado a tiempo la cordura. Y sin embargo había llorado entre sus brazos. ¿Cuándo fue la última vez que lloró delante de alguien? No podía recordarlo.

Ni siquiera estaba segura de por qué había llorado.

Así que no, de ninguna manera podía alegrarse de que hubiera sucedido. Así que había dado paso a su siguiente estrategia: fingir que no había ocurrido. Estaba convencida de que era mejor así. Solo le quedaba una semana más con Jake y luego podría seguir adelante con su vida tal y como había hecho antes de que él volviera a irrumpir en ella.

A pesar de los repentinos destellos que le venían a la cabeza de lo guapo que estaba sin camisa.

Sí. Era una buena teoría. Así que quedó con un par de amigas para tomar una copa aunque fuera martes por la noche.

«Me niego a fingir que soy alguien que no soy».

Eleanor sacudió la cabeza como si así pudiera librarse físicamente del eco de las palabras de Jake. Tenía que centrarse. Debía salir en unos minutos. Así que giró el cuerpo en varias posiciones para buscar el más mínimo fallo que necesitara corrección. Deslizó la mirada por el pelo cuidadosamente alisado, por el vestido azul marino y las curvas que mostraba. Le brillaba la piel como resultado del autobronceador y llevaba los pies con las uñas pintadas en unas sandalias de tacón de piel falsa de serpiente.

Se acercó más al espejo, lo suficiente para examinar el lápiz de ojos, el rímel y la sombra aplicada con pericia. El iris verde de los ojos contrastaba con los reflejos rojizos de su cabello.

Tenía una imagen perfecta. Normalmente aquella afirmación hacía que se sintiera bien. Después de todo, trabajaba muy duro para mantener aquella imagen en cada ocasión. Y no le resultaba fácil. Sin embargo, aquella noche Jake lo había estropeado. Por primera vez desde que se transformó tantos años atrás, aquella noche dudó.

Apretó los labios. No, no iba a permitir que Jake pudiera con ella. Así que agarró el bolso, la chaqueta y volvió a la ciudad.

Desafortunadamente, pronto descubrió que la teoría del «nunca ha sucedido» era difícil de

poner en práctica. Una vez en el bar de King Street, apenas fue capaz de seguir la conversación de sus amigas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Mandy con sus ojos azules cargados de preocupación —. No es normal en ti estar tan callada.

Sharon, con su largo cabello negro que brillaba a pesar de la penumbra del bar, también tenía una expresión preocupada.

—¡Claro que estoy bien! —replicó Eleanor. ¿Qué otra cosa podía decir? No había exagerado cuando le dijo a Jake que nadie en Sídney conocía su pasado. No es que hubiera mentido, es que había omitido todo detalle. No resultaba tan difícil cuando la vida social se limitaba a fiestas, bares y discotecas. Las amistades basadas en conversaciones a gritos, consumición de copas y bailes más o menos ridículos podían mantenerse en un nivel superficial.

Cuando se mudó a Sídney deseaba desesperadamente llevar una vida completamente distinta a la que conocía. Si antes estaba sola, ahora quería estar rodeada de gente y de bullicio. Si antes se sentía triste, ahora buscaba diversión, alegría y nada serio.

Pero esa noche quería algo más.

¿Cómo era posible? Tenía todo lo que siempre había deseado. Pero en lugar de pensar en ello se dirigió hacia la barra del bar. Le pareció que les había dicho algo a sus amigas pero no estaba completamente segura. El bar estaba abarrotado, pero consiguió hacerse camino hacia la barra. Necesitaba una copa.

Normalmente le gustaba el bullicio de la noche de Sídney. Le gustaba la música, le encantaba bailar y las conversaciones estúpidas que la gente solía tener cuando se tomaba una copa o dos. Cuando se arreglaba y salía con sus amigas podía reírse y bailar con ellas o con completos desconocidos. Podía hacer lo que quisiera. Olvidare de sí misma. Ser cualquiera.

Pero un momento. Lo que quería ser era ella misma en la actualidad. Le encantaba su vida. Estaba orgullosa de lo lejos que había llegado, de la persona en la que se había convertido.

El camarero le estaba diciendo algo, y a juzgar por su expresión, no era la primera vez.

—¿Qué le sirvo? —le preguntó en voz alta para hacerse oír por encima de la música.

Eleanor sacudió la cabeza. Ya no quería tomar nada. Quería estar sola.

Volvió al lado de Sharon y Mandy, les dio una explicación desganada para irse y se marchó de allí antes de que pudieran pedirle una explicación. Atravesó el bar, recogió la chaqueta en el ropero y salió a la calle. El aire fresco de la noche supuso un alivio para la tirantez de su piel.

Tras un breve trayecto en taxi y una vez en el salón de su casa, dejó el bolso en el suelo y se dejó caer en el sofá. No encendió el iPod porque quería estar en silencio. Necesitaba pensar. Tranquilizarse.

Creía completamente en lo que les enseñaba a sus clientes. Creí en todo lo que le había dicho a Jake sobre el poder de su apariencia personal a pesar de su obvio escepticismo.

No era la primera persona con la que se había cruzado que no creía que el aspecto importara. Ni mucho menos.

«¿Qué importa lo que piensen los demás, Eleanor? Nosotros te queremos, y, si los demás no te quieren, peor para ellos. Eres perfecta tal y como eres».

Sí. Tal y como era. Con aquel horrible pelo, la ropa fuera de moda y todo lo demás. Sus padres tenían buena intención, pero estaban equivocados. Aunque al principio ella les creía, por supuesto. ¿Por qué no iba a hacerlo? Su madre, con la alocada ropa que ella misma se hacía en casa con telas coloridas color púrpura y dorado. Y su padre, con sus rastas bohemias, sus fuertes opiniones y su amor incondicional. Juntos formaban una fuerza de la naturaleza imposible de

ignorar.

Pero entonces su madre murió y Eleanor se dio cuenta de que estaban equivocados. Ella estaba equivocada. Porque por supuesto que importaba. No tenía sentido fingir que no le importaba lo que pensaban los demás si ser ella misma, como decía su madre, suponía quedarse sola. Todo el mundo necesitaba a alguien.

Como su padre necesitaba a su madre. Tanto que nunca volvió a ser el mismo a partir de que Valerie Cartwright cruzara la calle sin mirar. Eleanor siempre pensó que seguramente estaría soñando despierta, ajena en su mundo de fantasía, y simplemente olvidó comprobar que no vinieran coches.

El resultado fue un padre y un marido que se quedó sin guía. Abrumado por un dolor del que nunca fue capaz de recuperarse. Hasta tal punto que Eleanor estaba convencida de que aunque le duró cuatro largos años, en realidad murió aquel día de un ataque al corazón. Un corazón demasiado roto como para dejarle espacio a Eleanor. Pero sin Jake, su padre era lo único que le quedaba. Y cuando él también se fue se quedó sola de verdad.

Ya no valía decir que no le importaba lo que los demás pensaran, porque estar sola era horrible. Por eso Eleanor Cartwright se había reinventado a sí misma. Creó algo bueno desde el dolor. Algo mejor que lo que tenía antes. Y nunca miró atrás.

Eleanor había cerrado los ojos en algún momento, pero ahora volvió a abrirlos y se quedó mirando el techo. El silencio ya no le resultaba reconfortante. Puso al instante el iPod y empezó a sonar la música. Alta. Lo suficientemente alta como para llegar a todos los rincones de la casa. Y como para aplastar la más mínima sombra de duda.

Capítulo 8

JAKE estaba sentado en el estudio de una emisora de radio sin revolverse en la silla. Aunque le estaba costando bastante esfuerzo.

A través del cristal podía ver a Eleanor con las piernas cruzadas de modo elegante, impoluta y serena con su traje de lana de grandes botones negros. Si le preocupaba cómo iba a comportarse en aquella primera entrevista para la campaña de Armada, lo disimulaba muy bien.

Si estaba en algún modo impactada por su extraño encuentro en el probador, lo disimulaba todavía mejor. Había pasado casi una semana y su capa de perfección profesional no había sufrido ni el más mínimo rasguño.

Por supuesto, Jake había seguido con entusiasmo su ejemplo.

Cuando la miró, ella sonrió para darle ánimos y asintió con la cabeza. Lo cierto era que no estaba nervioso, sino más bien tenso.

Tras una semana de preparación con Eleanor, la junta de Armada y el departamento de marketing, su nivel de interés por aquel asunto no había aumentado. La prensa seguía sin gustarle. Seguía sin gustarle la idea de acicalarse y fingir.

Le habían arreglado y vestido para la tortura.

—Hoy tenemos con nosotros a Jake Donner, fundador de Armada Software. Tal vez nuestros oyentes le recuerden por como el niño programador que se hizo con el mundo online a principios de los años noventa, pero últimamente se ha hecho famoso por ser el soltero más misterioso y multimillonario de Sídney.

Jake se estremeció por dentro ante las palabras del locutor. ¿Misterioso? ¿En serio? Era un friki informático con un escaso nivel de tolerancia hacia aquellos que husmeaban en su vida privada. ¡No tenía ningún misterio!

—Jake ha venido hoy para hablarnos de la incursión de su empresa en el cerrado mercado de los teléfonos móviles. Y confío en que también lleguemos a saber un poco más del hombre misterioso. Jake Donner, gracias por estar hoy aquí con nosotros.

Jake asintió y al instante se dio cuenta de que tenía que hablar.

—Buenos días, Nick. Encantado de estar aquí.

Unos segundos más tarde, Eleanor sonrió detrás de la mampara y alzó los pulgares en señal de victoria. Jake iba muy bien.

Tras unas cuantas preguntas, ninguna de ellas maliciosa, estaba pillándole el tranquillo. Incluso sonrió ante una de las bromas del locutor. Sintió como se le relajaba la tensión de la espalda y de los hombros y se recolocó más cómodamente en la silla. Aquello no estaba tan mal.

—De acuerdo, Jake, ya basta de hablar del teléfono. Vayamos a las preguntas que realmente les interesan a nuestros oyentes.

Ni siquiera aquello consiguió alterarle. Estaba preparado. Eleanor le había enseñado estrategias para enfrentarse a lo que no quería responder. Era sencillo: desviar, distraer o negar.

—Hace tres años optaste por la política de no dar entrevistas tras la ruptura tan publicitada con Georgina McAvoy, que a partir de entonces se convirtió en una de las famosas más perseguidas por los fotógrafos.

Jake nunca había llegado a entender cómo era posible hacerse un nombre siendo la ex de alguien, pero Georgina lo había conseguido.

—Y sin embargo hoy estás aquí presentado el nuevo teléfono de Armada. Y he oído que

tienes por delante una intensa campaña promocional. ¿Qué ha cambiado?

—Bueno, creo que es importante mencionar que nunca ha habido una política de no dar entrevistas —Jake se encogió de hombros—. Solo pensé que Georgina ya hablaba suficiente por los dos.

El locutor se rio.

—Pero hablando en serio, valoro mucho mi intimidad y para mí es muy importante mantener un perfil bajo. Así que puedes tomarte mi presencia hoy aquí como una prueba de lo mucho que creo en este producto. Este teléfono va a revolucionar la tecnología de los móviles y estoy dispuesto a salir de mi zona de confort para comunicárselo a la gente.

Sí. Aquello era más efectivo que decir que Armada no tenía más opción. O que sus decisiones eran asunto suyo y de nadie más. Eso era lo que habría tenido en la punta de la lengua un par de semanas atrás.

—Bien, bien —el locutor asintió—. Y ahora que hemos mencionado a Georgina tengo que preguntarte esto: ¿Está saliendo con alguien en este momento el soltero más codiciado de Sídney?

También estaba preparado para aquello.

—No —respondió con una sonrisa—. Mañana por la noche asistiré al lanzamiento del teléfono de Armada solo. Nick, no te imaginas las ganas que tengo de que el público australiano conozca el teléfono. Ni Australia ni el resto del mundo han visto nunca nada parecido.

Eleanor le sonrió de oreja a oreja desde el otro lado del cristal, y Jake tuvo que admitir que se sentía un poco orgulloso de sí mismo. La última vez que un periodista le había preguntado sobre su vida sentimental se había puesto como una fiera, y como consecuencia apareció en la portada del periódico con aspecto de ser la reencarnación de Satanás.

Así que esto era un gran adelanto. Estaba controlado y al mando. Sin embargo, el locutor no parecía muy impresionado. Seguramente esperaba que saltara. Que se pusiera furioso. O incluso un silencio taciturno. Algo.

Pero Jake no iba a darle lo que quería. Sin embargo, Nick le miró con un brillo malicioso en los ojos.

—He oído que hace unos meses has trasladado a tu madre desde Fremantle a una residencia para enfermos situada cerca de tu finca en Blue Mountains. ¿Cómo se está adaptando a la vida en Nueva Gales del Sur?

Jake se puso tenso al instante. Desde la punta de su nuevo corte de pelo hasta los mocasines de piel. Aquel era el único tema que Jake había dejado claramente fuera de la entrevista. Y no le cabía la menor duda de que así se lo habían comunicado al baboso locutor que tenía a menos de un metro.

Nick bajó la mirada y Jake hizo un esfuerzo por relajar los dedos. No se había dado cuenta de que estaba apretando los puños.

El otro hombre era alto pero blandito. Una presa fácil para un hombre que no solo paseaba alrededor de las montañas que rodeaban su casa, sino que también las escalaba.

Pero por supuesto, eso era lo que el locutor quería. Al hacerle aquella pregunta acababa de cancelar de forma indefinida todos los contratos de publicidad de Armada con la emisora, así que esperaba conseguir una reacción que valiera la pena. Nada le gustaría más que ver a Jake haciendo lo que él deseaba desesperadamente que hiciera.

Pero no le daría aquella satisfacción.

—Me han dicho que está muy bien —respondió entre dientes.

—¿Me han dicho? —preguntó el locutor fingiendo sorpresa—. ¿No has ido a verla?

Jake apretó las mandíbulas y volvió a aflojarlas. No tenía intención de hablar de nada relacionado con la mujer a la que había acogido desde que cumplió dieciocho años, a la que había financiado todos los tratamientos posibles de rehabilitación en las mejores clínicas del mundo. Pero ella siempre recaía en cuestión de semanas. O de meses si había suerte. Cuanto más hacía por su madre, más resentimiento acumulaba ella.

Hasta que finalmente, tras toda una vida de adicción, había perdido la cabeza. Jake vio a través del cristal como Eleanor se ponía de pie y se acercaba a él. Esperaba que sacudiera la cabeza o alzara las manos para hacerle la señal de que parara.

Pero no hizo nada de eso. Estaba en jarras, expulsaba el aire por las fosas nasales y tenía las mejillas sonrojadas. Parecía estar tan furiosa como él. Se la imaginó atravesando la barrera de cristal y pegándole un puñetazo a aquel locutor baboso y no pudo evitar sonreír.

Aquel inesperado giro de los acontecimientos pilló por sorpresa a Nick.

—¿Jake? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Ningún comentario —dijo él con exquisita educación—. El tema de mi familia no se toca. Sin excepciones.

Se hizo una pausa.

—Según dice una fuente de la residencia, tu madre ha estado preguntando por ti…

De acuerdo. Aquello había sobrepasado los límites. Jake no se sintió capaz de hablar, porque cualquier cosa que dijera no sería aceptable para un programa de radio matinal.

Se levantó sin decir una palabra. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Una vez allí se detuvo y regresó otra vez a la mesa. El otro hombre retrocedió asustado, lo que le resultó satisfactorio, pero Jake le ignoró. Se inclinó hacia el micrófono y dijo con mucha calma y gran claridad:

—Vete al infierno.

Jake y Eleanor salieron juntos de la emisora de radio sin acelerar el paso en un digno silencio. Aquello duró aproximadamente diez metros desde que salieron a la concurrida Pyrmont Street. Jake agarró la mano de Eleanor y tiró de ella hacia una estrecha calle lateral, donde se quedaron mirándose unos instantes. Tratando de no reírse.

Pero no lo consiguieron.

Empezaron despacio, con pequeñas risotadas que enseguida se convirtieron en carcajadas.

—¿De qué nos reímos? —preguntó Jake tras una eternidad.

Eleanor, que se estaba apretando los costados en un intento de contener la risa, no supo qué contestar.

—No tengo ni idea. De hecho tú deberías estar furioso.

—Lo sé —reconoció él inclinando la cabeza como si lo estuviera meditando—. Lo estaba.

Inexplicablemente, aquello provocó que ella empezara a carcajearse otra vez.

—Ya me he dado cuenta —dijo entre espasmos de risa—. Estabas muy… muy… enfadado.

Jake sonrió. Fue una sonrisa de oreja a oreja que no había visto en años.

—Tú también. Si hubieras podido ponerle las manos encima, le habrías dado lo suyo —bromeó.

—¡Sí! —afirmó Eleanor. Lo cierto era que había estado a punto de pegarle una paliza a ese maldito locutor de radio por haber provocado aquel dolor en Jake al mencionar a su madre—. Pero estaba aquel maldito muro en medio.

—Sí —Jake asintió con la cabeza—. Los muros pueden ser un gran inconveniente.

Viniendo de Jake, aquella estupidez resultaba todavía más ridícula, y la risa volvió a surgir.

La realidad se fue imponiendo lentamente. Eleanor sabía que no estaba bien que ella aprobara lo que acababa de suceder. Lo que tendría que estar haciendo era una reunión formal. Primero debería señalar los aspectos positivos. Que habían sido muchos. En el noventa por ciento de la entrevista Jake había estado irreconocible, sin mostrar al hosco y solitario multimillonario. Y luego debería tocar las áreas que había que mejorar. Es lo que Armada esperaría de ella. Debería estar ideando futuras estrategias para evitar que volviera a suceder algo así.

—Ha sido increíble —dijo en cambio.

Jake sabía exactamente a qué se refería.

—No tendría que haberlo hecho.

Eleanor asintió.

—Los dos lo sabemos. Pero aun así me alegro de que lo hicieras. Se lo merecía.

Entonces compartieron una sonrisa diferente. Más dulce y más sutil. Por primera vez desde que estuvieron en el probador, Eleanor le sostuvo la mirada durante un largo instante.

—Se suponía que no debía preguntarme sobre mi madre.

—A algunos periodistas solo les interesa conseguir un buen momento.

Jake se frotó la frente.

—Y yo se lo he dado.

—Sigo pensando que hiciste lo correcto.

Jake seguía sosteniéndole la mirada cuando el dijo en tono más bajo:

—¿Me lo estás diciendo como Eleanor Cartwright, la gurú de la imagen, o como la niña que vivía al lado de mi casa?

Tendría que haberle molestado que hubiera vuelto a sacar su pasado. Y también que hubiera enviado a alguien al diablo en directo por la radio. Y tendría que estar molesta consigo mismo por estar en mitad de la calle riéndose como una loca con un cliente.

Pero por supuesto, no estaba molesta por ninguna de esas cosas.

—Sé cuánto daño te hizo tu madre —aseguró—. Lo recuerdo.

Jake alzó la mano y empezó a enumerar con los dedos.

—Sí. Recuerdas habértela encontrado desmayada en el suelo de mi cocina. O cómo te gritó cuando creyó que le habías robado sus preciadas pastillas. O que nunca se sentía orgullosa de mí cuando sacaba un diez —Jake apartó la vista de la suya y la dirigió hacia el cielo.

—Es afortunada de tenerte.

Jake sacudió la cabeza. Seguía sin mirarla.

—Me odia, ¿sabes? —murmuró.

—Oh, Jake, estoy segura de que no —afirmó Eleanor automáticamente, aunque no estaba segura de si era cierto.

—Cuando yo era pequeño siempre me decía que me quería, ¿te acuerdas?

Eleanor asintió. Era como si en los cortos periodos de tiempo en los que Diana Donner emergía de su nebulosa provocada por las drogas pensara que bastara con decirle a su hijo que le quería mucho. Como hizo aquel día en la asamblea del colegio, cuando apareció en bata y gritando proclamas de amor.

—Pero tú no la odias, ¿verdad? —preguntó Eleanor.

Jake bajó la barbilla.

—No —se limitó a decir.

Ahora estaban los dos juntos, y desde luego no se reían. Los recuerdos parecían envolverles.

No solo los relacionados con la madre de Jake. ¿Cuántas veces habían caminado juntos por alguna silenciosa calle? ¿Cientos? ¿Miles? Habían mantenido muchas conversaciones, unas llenas de risas y otras no mientras iban y venían del colegio. Excepto cuando Jake se sumía en sus pensamientos, y entonces ella se mantenía en completo silencio.

—¿Cómo empezaste con este trabajo? —le preguntó de pronto Jake—. Tú querías ser bibliotecaria.

—Eso era para poder leer libros todo el día. Fui a la universidad durante unos años, pero entonces mi padre enfermó y las cosas cambiaron. Yo cambié.

Había tenido que hacerlo.

—Oí lo de tu padre —aseguró Jake en voz baja—. Lo siento.

—Me acuerdo de que enviaste flores —Eleanor tragó saliva—. Gracias.

En algún rincón de la mente Eleanor reconoció que estaba empezando a sentirse a gusto con el reconocimiento de su pasado. Y de su amistad.

—Lo de ser consultora de imagen fue una especie de accidente —dijo tras una pausa—. Cuando mi padre murió no supe qué hacer. Aparte de dejar Perth. Quería empezar de cero, así que pensé en hacerlo bien. Antes de marcharme hice muchas búsquedas en Internet y leí muchos libros sobre cómo vestirse, cómo maquillarse y ese tipo de cosas. Cuando aterricé en Sídney, bajé del avión convertida en otra persona. Me quedé tan asombrada de cómo me trataba la gente de bien que me pregunté si podría convertir aquello en una profesión. Ayudar a casos graves como el mío. Trabajé durante algunos años con la dueña de Imagen Perfecta y luego le compré la empresa cuando la vendió.

—¿No te molesta que ahora te traten de forma tan diferente? —preguntó Jake.

Eleanor sabía a qué se refería. Jake pensaba que todo el mundo debería recibir el mismo trato aunque fueran vestidos con un saco, pero la vida no funcionaba así.

—La imagen lo es todo, Jake —aseguró con firmeza—. ¿Es que no te he enseñado nada? —preguntó con más dulzura.

Jake sacudió la cabeza con firmeza. Luego se inclinó hacia delante para acariciarle suavemente el puente de la nariz con un movimiento completamente inesperado.

Fue una acción totalmente inapropiada. ¡Tenían una relación profesional!

—Me gustaba tu nariz —se refería a la bola que tenía al final.

Eleanor dio un paso atrás y se llevó la mano a la cara para apartarle el dedo.

—Era horrible. Había que arreglarla.

—¿También te parecía horrible tu color de ojos?

—Sí.

Jake volvió a sacudir la cabeza.

—Estás equivocada.

Eleanor sintió una oleada de frustración interior. ¿Cómo podía hacerle entender? Jake veía el mundo en blanco y negro, siempre había sido así. Pero en eso se equivocaba. La prueba era que Eleanor llevaba casi una década triunfando en Sídney.

La atmósfera se había enrarecido.

—Bueno —dijo ella con brusquedad—. Lo importante es que creo que hoy lo has hecho muy bien. Estoy muy contenta con tus progresos. Y mañana es nuestra última sesión. Apuesto a que estás encantado de que acabe, ¿verdad? —exclamó con falsa alegría.

—Es sobre cómo hacer contactos, ¿verdad?

—Sí. Perfecto para el lanzamiento de por la noche.

Jake sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta. Era una prenda larga que Eleanor había escogido para él junto con la camisa blanca, el jersey gris claro y los vaqueros de diseño. Tenía un aspecto perfecto. Tanto que Eleanor se distrajo momentáneamente admirándole y olvidó que Jake estaba mirando algo en el móvil.

—No puedo ir.

—¿Perdona? —dijo ella tragando saliva.

—Ha ocurrido algo —le informó Jake guardando otra vez el móvil en el bolsillo.

—Cynthia dejó muy claro que necesitabas ayuda especial con tus habilidades sociales.

—Estoy completamente de acuerdo —afirmó Jake.

—Ah —murmuró ella sorprendida—. Entonces, ¿quieres que quedemos más tarde? Yo estaré libre a partir de las cuatro. Aunque eso te dejará poco tiempo para prepararte para…

—No —la interrumpió él como si no hubiera espacio para negociar—. Voy a estar todo el día ocupado.

Desconcertada, Eleanor se puso en jarras.

—¿Por qué no me dices adónde quieres llegar, Jake?

—Solicito tus servicios para que me guíes en el fino arte de las relaciones sociales durante la fiesta de lanzamiento del teléfono de Armada.

—¿Durante la fiesta? ¿Quieres decir que yo asista?

Jake asintió despacio con la cabeza.

—Pero tengo planes —afirmó Eleanor. Y así era. Siempre tenía planes.

—¿No puedes cancelarlos? Es muy importante para mí que estés ahí.

El modo en que la miró entonces, implorándole con aquellos increíbles ojos azules… de pronto tomar unas copas en el bar de la opera le pareció absolutamente prescindible.

Así que asintió en silencio.

Entonces Jake le ofreció el brazo, un taxi se detuvo a su lado y Eleanor se encontró en el asiento de atrás con el bolso colocado sobre el regazo. Alzó la vista para mirar a Jake, que tenía el brazo apoyado contra la parte superior de la puerta abierta.

—Te enviaré la invitación por correo electrónico. Y vístete para impresionar —añadió sonriendo con picardía—. Ha oído que es un evento de etiqueta.

Capítulo 9

HASTA el momento, la fiesta de lanzamiento estaba resultando tan espantosa como Jake esperaba. Lo tenía todo: conversaciones banales, poses, besos al aire en lugar de en las mejillas, risas demasiado chillonas y gran abundancia de trajes.

Y solo habían transcurrido quince minutos.

Le dio un sorbo a su cerveza, observando la sala desde donde estaba, apoyado en la barra del bar. Armada había reservado el opulento restaurante Darling Harbour para el lanzamiento, con vistas al puerto. Se suponía que tenía que estar charlando con la gente, regurgitando el mensaje de lanzamiento del teléfono como hizo el día anterior en la radio. Aunque sin la parte final, por supuesto. Solo faltaban un par de semanas para que acabara la campaña.

Estaba deseando que llegara el día.

—Jake.

Al escuchar la suave voz de Eleanor a su izquierda dejó la copa sobre la barra.

—Buenas noches, Eleanor —dijo girándose hacia ella.

Tenía pensado decir algo más, pero se quedó sin palabras. Estaba espectacular, no había otra palabra para describirla. Llevaba un vestido ajustado con un hombro al descubierto. La tela tenía pequeñas joyas bordadas que se hacían más escasas al llegar al escote. Cuando subió la mirada hacia sus ojos, Eleanor le estaba mirando con una ceja arqueada y expresión de sorpresa. Jake no supo qué decir. Agarró la cerveza y le dio un largo trago.

—Estás increíble —dijo finalmente.

—Gracias —Eleanor bajó los ojos un instante con timidez—. Yo iba a decirte lo mismo —miró el atuendo que había escogido para él—. Bonito traje —dijo burlona.

—Supongo que no está tan mal —afirmó Jake encogiéndose de hombros y mirándola otra vez.

Le costaba trabajo concentrarse viéndola con aquel vestido. Y también le gustaba cómo llevaba el pelo. Lo tenía mucho más largo que cuando era adolescente y los rizos le caían en cascada sobre los hombros.

—Bueno, vamos a centrarnos —dijo ella como si le hubiera leído el pensamiento—. Esta noche tenemos gente muy variada: periodistas, representantes de las cadenas que venderán el teléfono, directivos de Armada, varios famosos y público en general.

—Y tengo que adaptar el mensaje para todos ellos —intervino Jake poniéndose tenso.

—Bueno, sí y no. Lo más importante es recordar que debes mostrarme emocionado y entusiasta respecto al teléfono. Ese tipo de energía atraerá a la gente.

Jake asintió. Aquella parte era fácil.

—Y asegúrate de escuchar atentamente —continuó Eleanor—. Los periodistas especializados querrán saber todos los detalles del teléfono, mientras que las actrices de medio pelo querrán saber qué aplicaciones tendrá en su vida. Tienes que explicarles que tu teléfono les hará la vida más fácil y al mismo tiempo irán a la última moda.

—Pero ¿qué pasa con las preguntas que no tengan que ver con el teléfono? ¿Con las conversaciones superficiales? —aquello era lo que más temía.

—No vas a tener ningún problema —aseguró Eleanor sonriendo—. Podría darte unos consejos sobre cómo empezar una conversación, pero no será necesario. Eres la estrella de la noche, sobre todo después del arrebato de ayer. Así que no olvides sonreír. Puedes ser

encantador si te lo propones.

—¿Y si me hacen preguntas a las que no quiero responder?

—Es fácil. Rechaza la cuestión diciendo: «Sin comentarios». En un ambiente informal como este no será tan raro como si tuvieras una cámara delante.

Jake asintió.

—De acuerdo, Así que la gente viene y habla conmigo. Yo me muestro entusiasta respecto al teléfono. Pero ¿luego qué? No tengo intención de fingir que soy amigo de alguien al que acabo de conocer.

—No quiero que finjas ser quien no eres. Lo que te sugiero es que…

—Un momento —la interrumpió Jake—. ¿Acabas de decir que no quieres que intente ser quien no soy?

—Sí —respondió ella frunciendo el ceño—. ¿Por?

—¿No era ese el objetivo de todo esto, convertirme en quien no soy?

—Por supuesto que no —dijo Eleanor con tono inesperadamente seco—. Mis servicios de consulta ayudan a la gente a mostrar lo mejor de sí mismos —le brillaron los ojos tras las lentes de contacto y dio un paso hacia delante, invadiendo su espacio personal—. ¿Es eso lo que crees que he estado haciendo? ¿Cambiarte?

Jake se miró la ropa extraña para él y los zapatos. Miró por el rabillo del ojo la fiesta que se desarrollaba a su alrededor. Aquel no era el hábitat natural de Jake Donner.

—Sí.

Eleanor cerró los ojos un instante y Jake tuvo la sensación de que estaba contando hasta diez en silencio. Luego los abrió de golpe y le dijo con calma:

—¿No has prestado nada de atención a lo que te he dicho? Tu aspecto, el entrenamiento para la prensa, todo lo que te he contado esta noche, todo era por ti. No para cambiarte, sino para darte herramientas con las que poder seguir siendo tú en un ambiente hostil.

Mientras observaba su frustración, Jake pensó que tal vez debería considerar su teoría. ¿Y si tenía razón?

Reconsideró su nuevo guardarropa, su nuevo aspecto. Para ser sincero, no había ninguna prenda que detestara. Para ser sincero, una vez que se había acostumbrado a ellas ni siquiera se daba cuenta de la diferencia con las anteriores. Se sentía cómodo.

Incluso aquella noche con el traje se sentía bien. Eleanor sabía que nunca se pondría corbata. Ni zapatos de punta. Ni pantalones pegados. Ni se pondría gomina en el pelo.

Seguía siendo Jake Donner. Solo que ahora era un poco más elegante.

¿Tan terrible era?

Eleanor debió de darse cuenta del momento exacto en el que aquella idea surgió en su cerebro, porque sonrió triunfal.

—¿Lo ves? —dijo—. Te dije que era buena en mi trabajo. Y ahora, ¿podemos seguir?

Y empezó otra vez a hablar de trucos, consejos y estrategias. Jake ya no le estaba prestando atención, pero tuvo cuidado de que no se le notara. Porque aunque hubiera reconocido que Eleanor no tenía intención de que las personas parecieran lo que no son, resultaba imposible ignorar una importante excepción a aquella regla.

La tenía justo delante de él.

Jake había insistido mucho en que Eleanor estuviera a su lado durante sus primeros pinitos en el maravilloso mundo de la charla banal. La idea era que interviniera si algo iba mal, pero Jake era buen alumno y lo estaba haciendo muy bien. Nunca sería el alma de la fiesta, pero eso daba

igual. Tenía un toque misterioso, masculino y encantador. Sonreía y promocionaba sutilmente el teléfono, asentía y murmuraba educadamente cuando la conversación se desviaba. A Eleanor no le cabía la menor duda de que estaba aburridísimo, pero lo disimulaba muy bien.

Se produjo el breve lanzamiento oficial, que fue directamente al grano. Jake estaba haciendo todo lo que Armada le había pedido, incluso sonrió para los fotógrafos. Más tarde, cuando la mayoría de los invitados había consumido suficiente alcohol como para desinhibirse y saltar a la pista de baile, Jake se acercó a ella. Había salido al balcón casi desierto con una copa de champán.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó él apoyando los brazos en la barandilla del balcón—. ¿Cómo aguantas todo esto?

—No es tan complicado —respondió Eleanor—. Se trata de disfrutar conociendo gente nueva, riéndose, charlando y bailando. ¿Qué tiene de malo?

Jake sacudió la cabeza.

—Es agotador.

—Para mí no —Eleanor se encogió de hombros—. Yo me volvería loca encerrada todo el día en mi apartamento. Necesito ruido y gente. Me dan energía. Tengo la mayoría de las tardes ocupadas: clases de salsa, pilates, quedar con amigos a tomar algo…

Jake se dio la vuelta y se apoyó en la barandilla observándola.

—Pero eso es nuevo. Solías decir que estabas más contenta sola. O con…

Con él. Pero él se había ido. Eleanor se rio, pero sonó artificial.

—Ah, esas eran las palabras de una chica a la que no invitaban a las fiestas y que no tenía dinero para ir de compras o para ir a montar a caballo.

—¿De veras? —preguntó Jake en voz algo baja.

Un instante después Eleanor se dio cuenta de lo que estaba pensando.

—No quiero decir que no me gustara estar contigo. Eras mi mejor amigo —le resultó extraño decir algo así, tan juvenil, al hombre tan guapo y alto que tenía delante. Pero era la verdad—. Aunque también me preguntaba qué se sentiría al ser una de las chicas populares —alzó las manos en gesto de impotencia—. Supongo que es natural querer lo que no se tiene.

Era un cliché, una frase hecha, y sin embargo pareció como si ambos hubieran dejado de pronto de respirar. Lo que los dos querían inundó de pronto el aire de una tensión que no se podía ignorar.

—¿Qué querías tú, Eleanor?

Oh, aquello no era justo. Él lo sabía. Se lo había dicho mucho tiempo atrás. Aquel recuerdo todavía tenía el poder de hacer que lo poco que quedaba de la tímida y torpe Eleanor sintiera deseos de salir corriendo y esconderse.

—¿Qué es lo que quieres, Eleanor?

¿Qué quería en aquel momento?

—Yo…

Una voz chillona y femenina estropeó el momento antes de que Eleanor supiera siquiera lo que iba a decir. Pero no, eso no era cierto. Lo sabía. Aunque no estuviera dispuesta a admitirlo ahora. Jake formaba parte de un pasado que no quería revisitar. Le había hecho daño una vez. Mucho daño. No podía permitir que volviera a suceder.

A su lado, una mujer con un vestido de lentejuelas se apoyó en la barandilla mientras un hombre de pelo revuelto y camisa remangada la abrazaba. O al revés.

—Una gran noche —balbuceó a modo de saludo.

Eleanor estiró cuidadosamente los hombros. No necesitaba motivos para recuperar el sentido, pero Jake seguía siendo un cliente.

—Eleanor, ¿qué estabas diciendo? —preguntó él.

—Bueno —dijo ella tratando de sonar despreocupada mientras retomaba la primera pregunta —. Por supuesto, quería lo que querían todas las chicas que no eran populares. Salir con el chico más popular del colegio. Ir con él al baile de fin de curso —esbozó una sonrisa—. Eso era lo que ocurría en los libros que leía y en las películas, así que deseaba secretamente…

Se lo estaba inventando mientras hablaba. Sí, envidiaba a las demás chicas. Sí, quería la cita para el baile de fin de curso. Pero siempre era Jake el protagonista de sus ensoñaciones.

—¿Entramos? —sugirió—. Estoy segura de que no es demasiado tarde para seguir charlando con gente.

Jake no contestó. Se quedó mirándola de un modo que le erizó el vello de la nuca. Luego extendió la mano y le cubrió la suya. El contacto le provocó una descarga eléctrica. Jake se apartó de la barandilla y tiró de ella mientras entraba. Eleanor le siguió durante unos cuantos pasos muda de asombro, pero luego clavó los tacones en el punto en el que el suelo de madera del balcón se unía al del restaurante.

—¿Qué estás haciendo?

Él la miró de reojo. Las luces del interior proyectaban sombras sobre su rostro.

—Pensé que podríamos recrear la escena en la pista de baile.

Eleanor sacudió la cabeza horrorizada.

—No seas idiota —afirmó—. Esto no es el baile de graduación y desde luego tú no eres el chico más popular del curso.

—Es lo bastante parecido. Tenemos pista de baile y una bola de discoteca. Además, tú misma has dicho que soy el protagonista de la noche, ¿verdad? Así que esta noche soy el chico popular.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Eleanor.

Jake parpadeó como si no hubiera pensado en ello. Finalmente dijo:

—Tal vez yo también quería cosas que nunca podrían haber sucedido —aseguró sin apartar la vista de ella mientras esperaba su respuesta.

Tras lo que pareció una eternidad, Eleanor asintió y le siguió.

Capítulo 10

LA realidad y el jarro de agua fría cayeron sobre ella cinco pasos después. ¿Qué diablos estaba haciendo? Tenía que parar aquello en ese mismo instante.

—¿Jake? —dijo. Pero su voz se perdió en el murmullo de las conversaciones y con el hipnótico ritmo de la música. O tal vez Jake la estuviera ignorando.

No podía montar una escena. Había muchos periodistas que estaban deseando sacar alguna historia del misterioso y reservado Jake Donner. Y lo último que ella necesitaba era que la prensa les relacionara. Sin saber qué hacer ni cómo actuar, Eleanor se vio en la pista de baile con la mano todavía en la de Jake.

De acuerdo. Tenía un nuevo plan. La música no era lenta. Se parecía más a la de una discoteca que a la de un baile de secundaria. Así que bailaría unos minutos a una distancia respetable, recuperaría la habilidad de pensar con claridad y luego se marcharía sin mayores problemas.

Las probabilidades se pusieron a su favor cuando Jake le soltó la mano. Su contacto ya no le nublaba la razón. Pero entonces sonrió y aquello tuvo el mismo efecto que su contacto.

La pista estaba tan abarrotada que resultaba imposible bailar de verdad, así que ambos se movieron rítmicamente el uno frente al otro. Jake la miraba, pero ella hizo todo lo posible por mirar a todas partes excepto a él. Trató de relajarse, pero por mucho que intentó centrarse en la música la tensión no la abandonaba.

Así que trató por todos los medios de recordar que se suponía que aquello le gustaba. Que había pasado más fines de semana de los que podía recordar bailando, y que eso la hacía sentirse bien. Si había bailado con miles de desconocidos a lo largo de los años, ¿por qué no bailar con Jake?

Algo fue cambiando poco a poco. Se dio cuenta de que ya no sonreía forzadamente. Podía sentir el ritmo atravesándole el cuerpo. Sus movimientos se hicieron más ágiles y naturales. Se trataba de sentir la música, bailar y divertirse.

Y se olvidó de que no debería estar mirando a Jake.

Al principio clavó la vista forzadamente en uno de los botones de su camisa, pero no transcurrió mucho tiempo antes de que la abarrotada pista de baile se llenara todavía más y se vio tan pegada a él que tuvo que alzar la mirada. Por suerte fue a parar a otro lugar seguro: la piel que quedaba al descubierto con los dos botones que ella le había recomendado que se dejara desabrochados.

No era más que un trozo inocente de piel en la base del cuello.

Desgraciadamente, Eleanor sabía cuál sería exactamente su aspecto si se desabrochaba otro botón. O cinco. O todos.

Había conseguido limitar la cantidad de veces en las que recordaba lo increíble que estaba Jake sin camisa aquel día en el probador. A los diecisiete tenía un torso bonito. A los treinta se le había ensanchado, había ganado músculo gracias a sus actividades en la montaña, pensó. Y lo había sentido firme y fuerte bajo la mejilla cuando la abrazó.

¿Cómo se sentiría bajo los dedos?

Eleanor hizo un esfuerzo por parar el tren de sus pensamientos. Tenía que mirar hacia otro lado. Enseguida.

Y lo hizo. Esta vez escogió la barbilla. Era una barbilla bonita, con líneas fuertes y bien

definidas. Y un hoyuelo precioso. ¿Y sería aquella sombra un poco de barba incipiente? Sí, al parecer sí.

Por desgracia las barbillas no resultaban particularmente interesantes, así que enseguida subió la mirada un poco más arriba.

Hacia la boca.

Ahora sabía que no era un buen sitio para mirar, pero se vio prácticamente forzada a hacerlo. Y además, se dijo, era solo una boca. Todo el mundo tenía una. Mientras se mantuviera lejos de ella no tenía por qué hacerle ningún mal.

Así que se tomó su tiempo examinando su forma mientras bailaban. Trató de observarla objetivamente, como si no perteneciera a nadie en particular y mucho menos a Jake.

Al hacerlo se fijó en otros detalles periféricos. El más sorprendente fue que Jake no bailaba mal. No se podía decir tampoco que fuera bueno, pero para ser un obseso de la informática no estaba nada mal.

Así que esa fue una de las cosas que notó al centrarse en su boca. Otra cosa que notó fue que le música se había vuelto más lenta y que la masa de gente bailando se había transformado de forma natural en una colección de parejas melosas.

Volvió a centrarse en la boca de Jake. Era muy bonita, de labios firmes y fuertes y al mismo tiempo sensuales. Y cuando sonreía resultaban irresistibles.

Se dio cuenta demasiado tarde de que estaba sonriéndole. A ella. Y ella se había acercado más en algún momento. O tal vez se había acercado él. En cualquier caso ya no estaban bailando, sino más bien balanceándose en el sitio, de un lado a otro y tal vez hacia delante…

«¿Qué es lo que quieres, Eleanor?».

No. No podía permitirse querer aquello. Necesitaba dar un paso atrás, literal y figurativamente, y eso le resultaba duro. Muy duro.

Pero lo consiguió. Al menos la parte física. Y cuando la acción la llevó a chocar contra otra persona que estaba bailando, la subsiguiente sarta de disculpas logró diluir la tensión. O al menos eso creía ella.

Abandonó la pista de baile sin importarle por una vez lo que la gente pensara. En aquel momento necesitaba irse. Salir de allí. Pero cuando pasó por delante del bar, cruzó la puerta del restaurante y salió a la escalera tenuemente iluminada que la llevaría al exterior, no se sentía en absoluto calmada.

El motivo le quedó claro cuando escuchó una voz grave a la espalda.

—Supongo que te marchas, ¿no?

Eleanor no se molestó en disminuir el paso ni en mirar hacia atrás. ¿Qué otra cosa podía hacer? No quería pensar en lo que había estado a punto de suceder en la pista de baile.

Apoyó la mano en la barandilla de la escalera y bajó lo más rápidamente posible. Quería salir de allí, subirse a un taxi e irse a casa.

—Eleanor —dijo Jake esta vez en voz más alta.

Lo suficiente como para que se detuviera en el rellano y se girara para mirarle.

—¿Qué? —le preguntó cuando estuvo delante de ella.

Pero Jake no se detuvo. Se acercó más, tanto como lo había hecho en la pista de baile. Y cuando Eleanor apretó los hombros contra la pared, se acercó todavía más. Lo suficiente como para que su altura y su anchura se cernieran sobre ella, abrumándola.

La cercanía de Jake provocó que su traicionero cuerpo reaccionara como no debía: el vientre se le llenó de calor, se le agitó la respiración y sintió deseos de tocarle y acercarse todavía más a

él.

No. Aquello era una locura. No quería nada de eso. Tras ese día no tenía intención de volver a ver a Jake. Y se sentía aliviada por ello, ¿verdad?

—Jake… —comenzó a decir.

Pero el contacto de su mano en la mejilla la silenció. Le deslizó los dedos lentamente por la sien, la mejilla, la mandíbula y finalmente bajo la barbilla para alzarle la boca hacia la suya.

Eleanor tragó saliva y trató desesperadamente de encontrar una frase lúcida en el interior de su cerebro, que de pronto sentía vacío.

Pero no encontró nada. Tal vez porque en realidad no quería.

—Te diré lo que yo quería —dijo Jake con voz aterciopelada—. Y lo que todavía quiero.

Eleanor alzó finalmente la vista para encontrarse con su mirada. Intensa, íntima y más ardiente que nunca.

—Esto —continuó él.

Eleanor esperaba que la besara. Que fuera algo duro y rápido y plagado de trece años de oportunidades perdidas, errores y lamentaciones.

Pero no fue eso lo que recibió. Jake bajó la cabeza muy lentamente. Y ella tuvo la sensación de que iba a precipitarse en el calor que vio en sus ojos, en las sensaciones que se apoderaron de su cuerpo y tal vez incluso de su alma. Y aunque resultaba aterrador y confuso, sentía que estaba bien.

Así que cuando sus labios finalmente tocaron los suyos se dejó ir.

No fue el beso de un adolescente inseguro y tembloroso. Oh, no. Este Jake era adulto. Tenía los labios firmes y seguros pero no exigentes… por el momento. La sedujo con besos breves, casi castos hasta que Eleanor se apoyó en él, hasta que le subió las manos por los hombros y luego dejó una trazando el contorno de su espalda mientras que la otra le subía por el pelo.

Pero Eleanor no tuvo en ningún momento la sensación de que le estuviera entregando a ella el control. Era el beso de Jake, de eso no la cabía la menor duda. Y sin embargo le estaba dando a ella su tiempo.

Y eso era muy amable por su parte pero completamente innecesario. Apretó con los dedos para atraerlo hacia sí mientras Jake le deslizaba la lengua por el labio inferior. Eleanor se estremeció ante la increíble sensación, y lo siguiente que supo fue que sus besos eran voraces y deliciosos. Sus lenguas se entrelazaron mientras sus suspiros y sus respiraciones se confundían.

Entonces finalmente la tocó y sus manos hicieron que le quemara la piel. La fina tela del vestido le parecía una barrera injusta para el tipo de cercanía que deseaba desesperadamente.

Piel contra piel.

Cuando le deslizó los dedos por la curva de las caderas, la cintura y luego fue subiendo lentamente, el deseo se convirtió en necesidad.

—Eleanor —murmuró Jake.

Fue lo único que dijo. Pero Eleanor sabía exactamente lo que quería decir.

Aquello era una locura. Volvió a besarle, diciéndole con los labios, la lengua y los dientes lo mucho que le gustaba aquello, cómo cada contacto de sus manos y de su boca despertaba en ella una oleada de sensaciones que no se parecía a nada que hubieran experimentado.

Pero entonces, cuando creía estar fundida en él, Jake se apartó y se dio la vuelta. Eleanor contuvo un gemido. ¿Desde cuándo gemía? Mientras procesaba aquella inesperada reacción fue tomando conciencia de lo que la rodeaba. Estaban en el rellano de una escalera. En un lugar público.

—Me ha parecido oír que venía alguien —aseguró Jake.

Oh, Dios. Eleanor clavó la vista en las cintas de las sandalias y se sonrojó. ¿Cómo era posible que hubiera permitido que esto ocurriera?

—Eh, no te preocupes. No hay nadie. Debo haberlo imaginado —la tranquilizó Jake.

Eleanor se apoyó contra la pared aliviada. ¿Y si alguien de la prensa los hubiera visto? Jake había vuelto a mirarla. Todavía estaba muy, muy cerca. Aunque pareciera mentira, deseaba deslizar otra vez la mirada hacia su boca. Pero aquello no podía volver a suceder. No podía ser.

—Eleanor, yo…

—Uf, estoy agotada —dijo ella convenciéndose de que no tenía ningún interés en oír lo que Jake iba a decir. Se las arregló para fingir un bostezo—. Voy a salir a buscar un taxi.

No le dio opción de responder. Se limitó a pasar por delante de él lo más rápidamente que pudo. Corrió escaleras abajo. El sonido de sus tacones resonaba sobre la gruesa moqueta al mismo ritmo rápido que su corazón.

Aquel beso había sido demasiado. Demasiado bueno, demasiado perfecto. No podía hacer algo así con Jake. ¿Y si volvía a enamorarse? Pero ¿a quién quería engañar? Tenía la espantosa sensación de que no había un «y si» en la ecuación.

En el exterior el aire frío le abofeteó la cara. Aspiró con fuerza y trató de componer una expresión neutra. Vio las luces de un taxi calle arriba y agitó la mano para pararlo.

Jake apareció a su lado, pero ella apenas le miró. Cuando el taxi se paró abrió la puerta y, situándose tras ella a modo de barrera, finalmente le miró.

—Eleanor, ¿qué pasa? ¿Por qué huyes?

—¿Qué pasa, Jake? —le preguntó molesta—. ¿No te gusta que sea otro el que se vaya corriendo?

Él se quedó completamente quieto. Eleanor continuó con frialdad:

—Ese beso ha llegado trece años tarde, ¿no te parece?

—Eleanor, yo…

—Adiós, Jake —se despidió tomando asiento en la parte de atrás del taxi. Entonces cerró la puerta probablemente con más fuerza de la necesaria.

Jake apoyó al instante las manos en el capó del coche y se inclinó hacia delante de modo que la cara y los hombros ocupaban toda la ventanilla.

—Eleanor, para.

—¿Está con usted? —preguntó el taxista mirando hacia atrás.

Pero Eleanor mantuvo la mirada hacia delante fingiendo que no veía a Jake.

—No —afirmó con un repentino nudo en la garganta—. En absoluto.

Capítulo 11

AL día siguiente Jake llamó educadamente a la puerta de Eleanor. Solo un par de toques ásperos con los nudillos en la sólida superficie de madera. Muy civilizado para las ocho de la mañana del sábado.

Y esperó.

No oyó nada aparte del acallado sonido de la música y volvió a intentarlo. Esta vez con un poco más de intensidad.

Al ver que con aquello tampoco tenía éxito llamó con fuerza suficiente como para despertar a un oso de la hibernación.

Entonces sí tuvo éxito. El sonido del pestillo al descorrerse fue precedido por unos suaves pasos.

—¿Quién es?

Jake no se molestó en contestar. Cuando por fin abrió la puerta pensaba echarle la bronca por abrirle la puerta a desconocidos, pero las palabras se le quedaron retenidas en la garganta.

Eleanor estaba en el umbral con una mano todavía apoyada en la puerta abierta vestida con una camiseta rosa pálido y unos pantalones cortos de puntitos. Y nada más.

No estaba muy seguro de qué esperaba que llevara, pero desde luego no eso. No unos pantalones cortos que dejaran al descubierto kilómetros de dorada piel desnuda y una camiseta fina que dejaba muy poco a la imaginación.

Estaba preciosa con el pelo apartado de la cara en una cola de caballo y sin maquillaje.

¿Cómo pudo haber pensado en algún momento que no lo fuera? Jake tragó saliva y trató de recordar dónde había dejado su capacidad de hablar.

Eleanor abrió la puerta del todo y se cruzó de brazos. Y entonces, como si se hubiera dado cuenta de lo que la camiseta revelaba, subió un poco más los brazos para ocultar la curva de sus senos. Se le sonrojaron ligeramente las mejillas.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —le preguntó con obvio enfado—. ¿Cómo has sabido dónde vivo? Y espera… ¿cómo has entrado? Este edificio tiene seguridad.

—Apareces en la guía telefónica. No ha sido muy difícil. Y tal vez debas hablar con tu vecina. Me ha reconocido por un artículo que ha salido esta semana en el Herald y cuando le dije que te conocía se mostró encantada de dejarme entrar.

—Mmm —murmuró ella agarrándose a la puerta, al parecer con la intención de cerrársela en la cara.

Como no era el tipo de hombre capaz de entrar en casa de una mujer por la fuerza, pensó que lo mejor sería hablar. Deprisa.

—No he respondido a tu pregunta de por qué estoy aquí —dijo.

Ella se detuvo cuando estaba a punto de cerrar.

—Bien —dijo—. Pues dímelo —le sugirió con un pequeño bostezo, como si fuera la persona más aburrida que había visto en su vida.

Sin embargo, a Jake le pareció ver un ligero brillo de interés en su mirada.

Eleanor podía mentirse a sí misma todo lo que quisiera, pero él no iba a hacerlo. No había sido capaz de dejar de pensar en ella. En aquel beso. Aquel beso intenso e inesperado.

Y también en lo que había dicho. «No te gusta que sea otro el que se vaya corriendo».

—Hay algo que me tiene preocupado —afirmó.

Eleanor alzó las cejas. Jake le leyó el pensamiento: lo que a ella le preocupaba era que estuviera en la puerta de su casa un sábado a las ocho de la mañana.

—Llevas viviendo nueve años en Sídney, ¿verdad?

—Ocho —le corrigió ella.

—Y nunca has subido a las montañas.

Eleanor suspiró y volvió a agarrar otra vez la puerta.

—Créeme, no es algo que me quite el sueño por las noches. Y ahora, si me disculpas, yo…

—Vamos, Eleanor, eso es un poco hipócrita, ¿no?

Ella dejó el brazo quieto.

—¿Perdona?

—Yo no necesitaba desesperadamente un cambio de imagen, pero le di una oportunidad.

Eleanor entornó los ojos.

—Y has sido un alumno muy aplicado.

—Admito que al principio no —sonrió Jake—. Pero tenías razón. Anoche comprobé que esto del cambio de imagen ha sido bueno para mí.

Jake disfrutó del placer de ver cómo Eleanor se quedaba boquiabierta.

—Así que me gustaría hacer algo por ti. Llevarte a las montañas.

—He oído hablar de tu casa. Sé que es muy bonita y tranquila, pero no es mi estilo —hizo una pausa—. Además, me contrataron para ser tu asesora de imagen. No tienes que devolverme ningún favor.

Jake se fijó entonces en la música que sonaba en el interior del apartamento.

—Estabas dormida cuando llegué, ¿verdad? —le preguntó.

Eleanor asintió. Parecía un poco asombrada por el cambio de tema.

—Sí, ¿por qué?

—Entonces, ¿por qué está la música puesta?

—Ah, no me gusta el silencio —afirmó ella con rotundidad antes de esbozar otro bostezo despreocupado—. ¿Ya has terminado? Me gustaría volver a la cama.

La idea de Eleanor en la cama le perturbó momentáneamente los pensamientos, tanto que creyó no haber oído correctamente.

—¿No te gusta el silencio?

El concepto le resultaba extraño. Él personalmente nunca tenía suficiente.

—No mucho —afirmó Eleanor agarrando otra vez la puerta—. Bueno, ¿te vas ya?

—No —aseguró él con firmeza.

Aquello pareció sorprenderla.

—¿Perdona?

—¿No has oído nunca el dicho «es de bien nacido ser agradecido»? Pues quiero agradecerte lo que has hecho por mí —ignorando su norma de no colarse a la fuerza en casa de ninguna mujer, se echó hacia delante solo lo suficiente para evitar que pudiera cerrar la puerta.

A ella le echaron chispas los ojos.

—¡Eh! Esto no está bien. Yo…

—Eleanor —la interrumpió él inclinándose hacia delante y mirándola a los ojos—. Quiero pasar el día contigo.

—Jake, yo…

—Es lo único que quiero. Solo hoy.

Si pensaba más allá, todo se volvía demasiado complicado.

—¿Qué sentido tendría? —preguntó ella sintiéndose tan derrotada como la noche anterior.

—¿Por qué debería tener sentido? Lo único que quiero es enseñarte algo, no quiero pensar en la razón.

Pero Jake sabía la razón. Trece años atrás Eleanor pensó que había huido de ella. Esta vez no podía terminar con ella huyendo de él.

Se pasó la mano por el pelo. Eleanor no parecía convencida. Se estaba mordiendo el labio.

—Por favor —le pidió Jake. Tragó saliva. ¿Por qué le resultaba tan duro de pronto decir aquellas palabras?—. Ven conmigo a las montañas. Déjame mostrarte algo especial.

Ella se puso tensa y abrió los ojos de par en par mientras digería lo que acababa de decir.

—Tú no invitas nunca a nadie a tu casa —dijo como si acabara de recordarlo.

—Exacto —afirmó Jake.

Tendría que haber sido una decisión difícil, pero no lo fue. Se había levantado por la mañana sabiendo exactamente lo que tenía que hacer. A partir del día siguiente ya no lo sabía. Pero en este momento quería compartir las montañas con Eleanor.

Tardó un largo rato, pero finalmente ella asintió.

—De acuerdo —dijo con escasos entusiasmo mientras cerraba la puerta—. Dame unos minutos para vestirme.

—Ponte zapatos cómodos —dijo disfrutando de la oportunidad de hacer un comentario sobre su ropa.

La escuchó gruñir una vez cerrada la puerta.

Eleanor esperaba que el largo camino hasta Blackheath, la pequeña localidad montañera en la que Jake vivía, resultara incómodo. Imaginaba que habría largos y tensos silencios, conversaciones educadas que no llevaban a ninguna parte. Y con la noche anterior cerniéndose sobre ellos, el recuerdo de aquel beso tan delicioso como imprudente.

Acertó solo a medias. Sí, la electricidad del beso no había disminuido y su presencia marcaba cada palabra que decían. Pero no había ninguna incomodidad. Se pusieron a hablar tranquilamente con familiaridad a pesar de los años que habían pasado.

No hablaron de nada en particular. Los dos evitaron cuidadosamente referirse a temas tabús. Sin duda, la noche anterior era lo primero de la lista.

Pero también evitaron todo lo que tuviera que ver con el trabajo, con Armada y con la campaña. Era como si hubieran decidido de mutuo acuerdo evitar cualquier complicación aquel día.

A ella le venía muy bien.

Igual que el día después de la entrevista de radio, recordó por qué habían sido inseparables. No solo porque eran dos bichos raros en un colegio de ricos, aunque sin duda el ostracismo les había acercado.

A primera vista no tenían nada en común. Pero pasaban las horas juntos sin ningún esfuerzo, hablando o sin hablar. Riéndose de los chistes malos del otro, ese tipo de cosas. A Eleanor le sorprendía haber olvidado todo aquello.

Al principio una persistente vocecita interior le decía que aquello no era una buena idea. Insistía e insistía. Pero lo cierto era que había dejado de tomar decisiones basadas en su buen juicio media hora atrás, cuando accedió a ir con él.

En realidad había empezado antes. Las decisiones que había tomado en las últimas doce horas habían sido muy cuestionables. Así que al parecer ya era tarde para actuar de otro modo. Decidió que Jake tenía razón. Solo era un día, así que silenció las voces de la razón y se sintió

bien.

Lo que no le gustaba tanto era eso de subir miles de kilómetros montaña arriba.

El sitio era precioso. Eso no lo podía negar. Precioso y empinado. Las doloridas piernas se lo recordaban a cada interminable paso.

Caminaron durante siglos por Megalong Valley entre eucaliptos azulados tan altos que parecía que rozaran el cielo. Aunque pareciera increíble, todavía estaban dentro de la propiedad de Jake, y sus pointers, que debían de ser los perros más afortunados del mundo por contar con tanto espacio, brincaban y saltaban a su alrededor. Y detrás. Y delante. Su alegría de vivir resultaba contagiosa.

Hacía un glorioso día de invierno, y con el sol brillando con fuerza y un guía tan sexy con sus pantalones cortos de deporte, a Eleanor se le ocurrían muchas formas peores de pasar el sábado.

Cuando el terreno era más o menos llano se sentía segura de sí misma. Al parecer sus clases de baile y de pilates eran el entrenamiento perfecto para subir una montaña. O eso creía ella.

Cuando empezaron a subir de verdad se habría reído de su propia petulancia si hubiera tenido fuerzas.

Jake, que ni siquiera sudaba a pesar de ir cargando con la mochila del almuerzo, se detenía de vez en cuando y la esperaba con paciencia. De vez en cuando le hacía también alguna sugerencia sobre su técnica de subida, lo que provocaba en ella una mirada de recelo. Para su frustración, Jake sonreía entonces todavía más.

A medida que se alejaban del valle había menos árboles y los arbustos bajos se hacían más gruesos y coloridos. Pero finalmente el estrecho camino se abrió a un prado de arenisca blanca y matas verdes.

Al principio Eleanor estaba tan contenta de haber llegado a su destino que solo fue capaz de cerrar los ojos y dejar que la ligera brisa le acariciara la piel. Cuando recuperó el aliento observó la vista.

Y menuda vista.

Por encima del mosaico de campos, tierras de labranza y espeso bosque que cubrían el valle se alzaban orgullosos unos empinados acantilados de arenisca. Y detrás de ellos había colinas y picos hasta donde alcanzaba la vista.

—Es muy especial, ¿verdad? —preguntó Jake acercándose a ella, que estaba bastante alejada del borde del acantilado—. Y esto no es nada comparado con Govett’s Leap. Deberías ir a conocerlo.

Eleanor se dio cuenta de que no se había ofrecido a llevarla y experimentó una extraña sensación de desilusión.

¿Por qué? Solo se trataba de un día. No había ninguna razón para que Jake volviera a llevarla a hacer senderismo. Ni había tampoco ninguna razón para que ella quisiera volver a hacerlo. Hasta hacía unas tres horas pensaba que Jake Donner había desaparecido una vez más de su vida.

Así lo había decidido ella misma. Necesitaba recordarlo.

Mientras ella disfrutaba de la vista Jake había atado a los perros a un árbol.

—Vamos, comamos algo —sugirió—. Pareces agotada.

Unos instantes después estaban sentados con las piernas cruzadas sobre una manta con los sándwiches de jamón y queso delante. Y Jake también había llevado una botella de champán. Todo era perfecto.

Se pusieron a hablar una vez más y rompieron al instante el acuerdo tácito de mantener la conversación a un nivel superficial. Para su sorpresa, a Eleanor no le importó.

—¿Qué ocurrió cuando me marché? —preguntó Jake.

No parecía una pregunta escogida al azar.

Eleanor le dio un sorbo a su champán y miró hacia el paisaje en lugar de mirarle a él.

—¿Te refieres al colegio?

—Sí, y a todo lo demás. Supongo que debió de ser muy duro para ti y para tu padre.

—Bueno —dijo ella tratando de sonar despreocupada—, como era de esperar el colegio fue un horror. Seguí sin ser popular y sin encajar en el grupo.

—¿Estuviste bien? —preguntó Jake suavizando la mirada.

¿Sin él? ¿Era eso lo que realmente le estaba preguntando?

—Por supuesto que sí —afirmó Eleanor.

No tan bien como cuando tenía a sus padres y a Jake, pero había sobrevivido. Jake no parecía muy convencido, pero no insistió.

—Cuando supe lo de tu padre… me pareció muy injusto. Era un buen hombre.

Eleanor sonrió. Ella le quería.

—En cierto modo fue una bendición. Nunca volvió a ser el mismo sin mi madre.

Jake frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas de cómo se encerró en sí mismo cuando mi madre murió? Apenas hablaba. Ni tampoco parecía escuchar mucho.

Jake asintió.

—Bueno, pues no mejoró.

—No sabía nada —murmuró Jake con pesar—. Me dije a mí mismo que estarías bien, que tenías a tu padre y que no me necesitabas.

—No te necesitaba —afirmó ella. Y al hacerlo se dio cuenta de que era verdad—. Aunque sí, te eché muchísimo de menos. Y me dolió durante mucho tiempo.

Eleanor supo que no era momento de paños calientes.

—Eleanor…

—En cierto modo fue algo bueno —le atajó ella—. Porque al superarlo aprendí una lección importante: a apoyarme solo en mí misma y en nadie más.

—Eso no está bien, Eleanor. Por supuesto que necesitas a la gente.

Ella se rio.

—¿De verdad, Jake? ¿Y eso me lo dices tú? ¿Has necesitado alguna vez a alguien, Jake?

Él se quedó callado.

—Tú eres distinta —aseguró Jake tras un instante—. Tú creciste rodeada de amor. Dando amor. Necesitas a la gente. Necesitas el amor.

Ella negó con la cabeza. Tal vez antes fuera así, pero ya no. Ahora tenía una vida llena de diversión, risas y actividades. Sin dolor. Sin pérdidas.

—¿Y eso no se aplica a ti? —le preguntó.

Jake se reclinó hacia atrás para apoyarse sobre los codos en la manta.

—Yo no soy como tú —afirmó como si eso lo explicara todo.

—¿Te refieres a tus padres?

Jake aspiró con fuerza el aire. A Eleanor no le cabía la menor duda de que ella era la única persona del mundo a la que le permitiría hacerle aquella pregunta.

—¿Te he contado alguna vez que mi padre me decía todos los días que me quería? Todos los días me decía que era el mejor hijo del mundo. Que siempre me querría.

No. Nunca le había hablado de su padre. No contestó, porque Jake no estaba esperando su respuesta.

—De mi madre ya lo sabes todo. De sus altos y bajos. Del amor —escupió la palabra como si fuera una maldición.

Estaba mirando hacia el infinito por encima del acantilado, pero ahora se giró y la miró a los ojos.

—¿Tan extraño es que no sepa qué hacer con mis sentimientos? —preguntó—. Y menos con los de los demás.

Eleanor se dio cuenta de que se estaba explicando, justificándose por no haber enviado nunca un correo electrónico o una postal.

—No sabías qué hacer conmigo —murmuró con una sonrisa triste.

Él asintió.

—Ni con mi madre. Es demasiado emotiva, con tantos altibajos —Jake tragó saliva—. Yo no soy así, ¿sabes? No tengo esos sentimientos. No siento el amor. Ni entonces ni ahora.

Eleanor recordó los artículos de las revistas, las declaraciones de su exnovia Georgina McAvoy refiriéndose a él en un titular: Jake Donner, lo que ves es lo que hay.

—Tenías razón en lo que dijiste anoche —continuó él—. Ese beso llegó trece años tarde.

—No —aseguró Eleanor—. Estaba equivocada. Besarme ahora o besarme entonces… el resultado es el mismo —guardó silencio—. ¿No crees?

Él volvió a mirarla. No dijo ni una palabra pero ambos conocían la respuesta. El dolor que Eleanor sintió en respuesta le resultaba ya tan familiar que apenas lo registró.

Como si quisiera más. Como si quisiera amor. Se había ido a vivir a Sídney decidida a llenar su vida de diversión, a crear un mundo sin el dolor y el rechazo del pasado. Sus amigos nunca habían rascado bajo la superficie.

Pero ella no era como Jake. Creía en el amor. Sencillamente, no era para ella.

Los dos guardaron silencio durante un largo instante. Eleanor dirigió la vista hacia las interminables montañas que se extendían hasta el horizonte. Poco a poco el ambiente fue cambiando, como si su dolor se hubiera diluido en aquel espacio tan amplio.

Muy lentamente, el silencio ganó un tono distinto. Una ligereza.

—¿Qué tal llevas este silencio? —le preguntó Jake en un tono completamente distinto al de antes. Incluso sonrió—. ¿Te está volviendo loca?

—La verdad es que no —contestó ella sorprendida.

—Asegúrate de prestarle atención. Al silencio. Ayuda.

Eleanor alzó las cejas.

—Eso suena a algo que dirían los hippies de mis padres.

—Confía en mí —insistió él—. Túmbate, cierra los ojos y escucha el silencio.

Estuvo a punto de señalar que eso era una contradicción, pero obedeció y se estiró sobre la manta con los tobillos cruzados y las manos apoyadas en el vientre. La manta no era muy grande, así que cuando cerró los ojos tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse en algo que no fuera el hombre que tenía al lado. A pesar de todo lo que acababan de decirse le resultaba imposible olvidar aquel beso.

Qué fácil sería colocarse de lado y atraerle hacia sí para sentirle. Todo su cuerpo se estremeció ante la idea, pero estaba decidida a ignorarla. La noche anterior había tomado la decisión correcta. La única posible. Y la conversación que acababan de tener lo confirmaba. Así que se quedaría allí tumbada y se limitaría a escuchar el silencio. Aunque eso la matara.

Finalmente, para su sorpresa, dejó de pensar en Jake. Se fue dando cuenta muy lentamente de que el silencio no era en absoluto silencioso. A su alrededor las montañas estaban llenas de ruido, solo tenía que estar muy callada para escucharlo. Pequeñas ráfagas de viento agitaban las olas de los eucaliptos. En algún lugar cercano se escuchó la acallada canción de una urraca, y unos instantes más tarde el grito de una cucaburra. Su cuerpo se fue relajando gradualmente y la mente se le quedó en blanco. Fue una escapatoria maravillosa de la realidad. De su realidad.

Durante unos cinco minutos.

—Oye, Jake —dijo consciente de que seguramente estaría rompiendo algún código del sagrado silencio de las montañas. Pero ya no podía seguir allí quieta un segundo más—. Todo esto es muy bonito y todo, pero…

Como respuesta obtuvo una carcajada. Eleanor abrió los ojos y se puso de lado para mirarle. Jake ya había hecho lo mismo y la estaba mirando con sus ojos azul pálido.

—¿Pero qué, Eleanor?

—Bueno, después de un rato es un poco aburrido —afirmó sonriendo a su pesar—. Vamos, tienes que reconocerlo.

Jake se limitó a sacudir la cabeza que tenía apoyada en el codo y sonrió.

—Solo han sido dos minutos.

Ella resopló, aunque sus intentos por hacerse la ofendida fracasaron.

—Han sido por lo menos cinco.

Aquello provocó otra vez la risa en él. Y antes de que se diera cuenta ella se estaba riendo también. Riéndose porque tenía menos capacidad de atención que un mosquito, porque los perros habían empezado a ladrar, porque acababa de subir la ladera de una montaña y porque estaba tumbada al sol al lado de Jake. Y él también se reía.

Tardaron mucho, pero finalmente la risa pasó a convertirse en hipitos, como si no estuvieran todavía preparados a tomarse el mundo en serio. Como les había ocurrido aquel otro día en la calle y probablemente cientos de veces antes.

Pero incluso aquello pasó. Y entonces solo fueron dos personas mirándose y sonriendo tumbados encima de una manta. Solos.

Eleanor miró hacia su mano derecha, relajada sobre la manta. Estaba a menos de un metro de la de Jake, que era grande y de aspecto fuerte. Los dos guardaron silencio, y una vez más solo se escuchó el sonido de la naturaleza que les rodeaba. Incluso los perros se habían callado. Eleanor sabía que solo era cuestión de tiempo que Jake o ella se movieran. Que sus manos se rozaran. Era inevitable.

—Eleanor… —murmuró Jake. Y fue un susurro, un gemido y un promesa todo en uno.

Pero se había equivocado. No le tomó la mano, ni siquiera se la tocó. Con un movimiento rápido se situó encima de ella apoyando el peso en los codos y sosteniéndole el rostro con ambas manos. Para besarla.

Sus labios rozaron los suyos con intención. Esta vez sin espera. Sin precaución ni remilgo. Y desde luego sin sorpresas. Nunca había habido nada tan claro como aquel beso.

Eleanor se perdió en la increíble sensación de su boca en la suya mientras el contacto de sus cuerpos provocaba chispas de electricidad. Le deslizó las manos salvajemente por la espalda explorando con voracidad cada músculo, el camino de su columna y luego finalmente bajo la camiseta para sentir el calor de su tentadora y cálida piel.

Le sabía la boca ligeramente a champán, pero el baile de su lengua era tan seductor y embriagador como el más potente de los licores.

Cuando sus labios dejaron los suyos Eleanor gimió desilusionada, pero volvió a suspirar cuando le cubrió de besos la mandíbula y una vez más cuando por fin, por fin, hundió su cuerpo parcialmente en el suyo.

Oh, qué maravilla.

Entonces Jake recorrió el cuerpo con las manos en los lugares adecuados. Tenían las piernas entrelazadas y el cuerpo de Eleanor le decía con toda claridad que aquello estaba bien. Sus miradas se cruzaron y Jake le sonrió.

—Hoy tienes los ojos marrones —dijo.

Y por primera vez Eleanor se dio cuenta de que había olvidado ponerse las lentillas verde esmeralda con la premura de aquella mañana. Así que miró a Jake con sus antiguos ojos, y aunque no entendió muy bien por qué, se dio cuenta de que se alegraba. Entonces cerró los ojos y se perdió en el momento, en Jake y en la majestuosidad de las montañas.

Capítulo 12

ELEANOR se levantó en medio de un revuelo de sábanas. La cegadora e implacable luz de la mañana la hizo parpadear una y otra vez. Tumbada todavía bocarriba, estiró los brazos de modo que rozó con los dedos el cabecero de madera mientras curvaba los dedos sobre las sábanas de algodón.

Giró la cabeza para mirar a Jake. Estaba recostado sobre un codo con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Tenía un aspecto muy parecido al que tenía en la manta de la montaña. Aunque por supuesto, ahora completamente desnudo.

Eleanor sonrió. Sabía que en aquellos momentos tendría que estar aterrorizada. Era domingo por la mañana. Su día había terminado.

¿Qué había hecho? ¿Qué estaba haciendo?

Pero allí arriba en el dormitorio de Jake, con las ventanas sin cortinas que mostraban el valle y lo absolutamente solos que estaban, no supo qué pensar. Prefería taparse los oídos ante la sensatez y limitarse a disfrutar de la mirada de Jake y de los recuerdos de las últimas veinticuatro horas.

Aunque pensándolo bien, recrearse en el recuerdo era una absoluta pérdida de tiempo.

Así que se acercó a Jake y Jake a ella, y durante un buen rato Eleanor dejó de pensar.

Tendría que odiarlo.

Jake pensó en ello mientras estaba cómodamente sentado en aquella escena doméstica. Eleanor se había dormido poco después de los créditos del principio de la película y en sueños se había ido acercando gradualmente hasta apoyar la cabeza en su hombro.

Teniendo en cuenta el modo en que habían pasado el día anterior, había resultado algo ridículo cómo habían mirado los dos el sofá confundidos cuando tomaron la decisión de salir del dormitorio para ver una película. ¿Deberían sentarse juntos como una pareja? ¿O más bien como lo hacían en el colegio, cada uno como más cómodo estuviera?

Al final llegaron a un acuerdo sin palabras.

Se sentaron sin tocarse pero lo suficientemente cerca como para poder hacerlo si querían. Y entonces, cuando Eleanor se durmió, terminaron completamente abrazados.

Jake no odiaba aquello. En absoluto. De hecho le gustaba. Eleanor se había dejado el pelo suelto de modo que le caía sobre los hombros en ondas revueltas. Sin embargo, sí se había maquillado. Había sacado de su bolso sin fondo un alijo de emergencia con colorete y rímel, o lo que se pusiera en la cara. Así que incluso dormida ofrecía un aspecto impecable. La insistencia de Jake en que no necesitaba maquillaje, y menos ahí, había sido recibida con una carcajada de incredulidad.

Al verla ahora dormida se sintió desilusionado. Recordó cuando tenía las pestañas casi traslúcidas, y cuando podía contarle las pecas de la nariz.

Al menos antes había conseguido sumergirse en sus labios brillantes del modo más delicioso posible. Unos días atrás no podría haber imaginado que pasarían un fin de semana así: caminando, tomando vino, riéndose y haciendo el amor.

Pero no cambiaría nada. Lo que habían tenido era algo bueno. Muy bueno. Mientras duró.

El teléfono vibró a su lado y despertó a Eleanor, que parpadeó mirándole con sus ojos color chocolate.

—Me he dormido —dijo constatando lo obvio.

Jake observó como miraba a su alrededor registrando dónde estaba. Entonces sonrió al ver que no se movía ni un centímetro, solo le miró adormilada. Jake se giró con cuidado de no moverla y agarró el teléfono. Muy poca gente conocía su número privado, así que un mensaje el domingo por la mañana resultaba poco habitual.

Era su secretaria, Kerry: Mira el correo.

Era tan impropio de Kerry escribir algo así que abrió la aplicación del correo electrónico en el teléfono con un poco de aprensión. ¿De qué se trataría? ¿Otra propuesta para entrevistarle? ¿Habría sentido algún que otro periódico la necesidad de resucitar la antigua historia de su triste pasado? ¿Habría vendido Georgina otra exclusiva sobre su relación?

La aprensión fue en aumento cuando vio la cantidad de correos que había recibido aquel día, desde Cynthia hasta el vicepresidente de marketing pasando por el tipo con el que salía a practicar bicicleta de montaña.

Todos incluían al menos una de las siguientes frases: «Columna de cotilleos», «fiesta de lanzamiento», «mujer misteriosa…».

Soltó una palabrota y Eleanor se incorporó bruscamente sorprendida.

—¿Qué pasa?

—Al parecer no imaginé que había alguien en la escalera.

Eleanor abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo?

Jake encendió el ordenador portátil que estaba encima de la mesa y navegó por la página Web del periódico del domingo. Unos instantes más tarde localizó la sección de cotilleos. Esperaba ver una foto a toda plana de Eleanor y él besándose, así que suspiró aliviado cuando no fue eso lo que se encontró, sino un párrafo corto a media página:

¡Pillado! El viernes se ha visto al multimillonario Jake Donner, fundador de Armada Software, besuqueándose con una misteriosa mujer durante el lanzamiento del primer teléfono de la compañía.

No se conoce todavía la identidad de la afortunada dama, pero quien haya convencido al reservado soltero para participar en semejante demostración pública de afecto tiene que contarle a esta columnista su secreto. Y por cierto, fieles lectores, ¿habéis visto la nueva imagen de Jake? En una palabra: ¡Tremendo!

La habitual invasión de su intimidad hizo que Jake se pusiera tan tenso como de costumbre. Pero esta vez solo podía culparse a sí mismo.

—¿Cómo hemos podido ser tan estúpidos? Exclamó Eleanor leyendo por encima de su hombro.

Eso era exactamente lo que él pensaba.

Eleanor se puso de pie y empezó a recorrer la estancia con pasos furiosos.

—No es para tanto —aseguró Jake, consciente de la ironía de que fuera él, el obsesionado por la intimidad, quien mantuviera la calma en aquella situación—. No hay foto, y no me cabe duda de que, si supieran quién eres, te habrían nombrado.

Eleanor tenía los brazos cruzados sobre el pecho mientras andaba.

—Pero ¿y si lo averiguan? Ya sabes cómo es la prensa, siempre buscando historias.

Antes de que Jake tuviera oportunidad de responder, ella continuó con voz cada vez más agitada.

—No tienen derecho a sacar eso en el periódico.

Jake se rio con aspereza.

—Sabes tan bien como yo que eso no les importa. Además, estábamos en una escalera pública. Tienes razón, fue una estupidez besarnos allí.

Estaba enfadado, pero por una vez eso era culpa suya. Había cometido un error y ahora tenía que enfrentarse a las consecuencias.

Eleanor se acercó a la ventana que daba al valle y se puso de espaldas a Jake.

—Esto es un desastre —murmuró—. He trabajado tan duro…

Entonces entendió la fuerza de su angustia. Aquello no tenía nada que ver con él. Ni con ellos. No era su relación lo que quería proteger, sino a ella misma.

Aquella certeza le cayó como un golpe bajo en el vientre.

—Te preocupa que descubran quién eras en el pasado —dijo convencido de que estaba en lo cierto.

Eleanor se giró para mirarle. La luz del sol proyectaba su femenina silueta sobre el suelo de madera. Asintió con un movimiento breve.

—¿Y tan grave sería eso?

¿Cómo era posible que a aquella mujer que se reía con él y con la que hacía el amor le importara tanto lo que pensaran los demás?

Eleanor se le quedó mirando como si tuviera dos cabezas.

—No puedes hablar en serio, Jake. Nadie tiene por qué saber de mi pasado. Eso lo estropearía todo —afirmó con rotundidad.

—Pero…

—Necesitamos un plan —le interrumpió.

La versión romántica, dulce y adormilada de Eleanor había desaparecido. Ahora era otra vez la empresaria controlada.

—Si alguien te pregunta, di que fue una aventura de una noche. Que ni siquiera sabes mi nombre. Fue el resultado de beber demasiado en la fiesta de lanzamiento o algo así. Nada importante.

Jake se estremeció un poco ante la facilidad con la que despachaba el fin de semana que habían pasado juntos. Lo que era una estupidez, porque a él le convenía que no se tratara de nada serio. Se suponía que iba a ser solo un día. No significaba nada que al final hubieran sido dos.

Jake trató de hacer una broma para encubrir su confusión.

—Me ofende un poco que pienses que es una historia creíble. Generalmente les pregunto el nombre a las mujeres antes de besarlas.

—Por favor, haz esto por mí —le pidió ella.

No, se lo suplicó. Y Jake solo se pudo limitar a asentir como respuesta a la desesperación de sus palabras.

Se acercó a ella y extendió el brazo para… ¿para qué? ¿Para abrazarla?

Dejó caer el brazo.

—¿Y ahora qué, Eleanor?

Ella alzó la barbilla y le miró a los ojos.

—Nada —afirmó—. Ha sido un fin de semana increíble pero creo que debería irme ya.

Jake abrió la boca para… ¿Para qué? ¿Para protestar?

¿Y por qué? Estaba de acuerdo con ella. Aquello no podría ser nunca nada más. Pero una voz desleal dentro de su cabeza no estaba de acuerdo: Había sido demasiado rápido. Demasiado corto.

Todavía no podía arrancarse a Eleanor Cartwright de la piel.

Y estaba convencido de que a ella le pasaba lo mismo.

—No quiero que mi nombre aparezca en los periódicos, Jake. Tal vez no estés de acuerdo, pero no tengo ningún interés en que mi pasado quede expuesto a ojos de todo el mundo.

Podía entender que deseara proteger los elementos más crudos de su pasado: la pérdida de sus padres, el acoso en el colegio, su infancia en una cabaña destartalada…. El éxito que él había tenido había sacado su historia a la luz, pero Eleanor no tenía por qué pasar por ello. No se merecía que contaran su historia en una revista del corazón por culpa de él.

Pero lo demás, su desesperación por ocultar su pasado no solo a la prensa, sino a sus amigos, sus colegas, a todo el mundo…

Y ni siquiera era el pasado lo que quería esconder, sino a sí misma. Se estaba ocultando del mundo.

Tal vez a él le llamaran el millonario solitario o lo que quisieran llamarle, pero nunca escondía quién era. No podía entender que Eleanor trabajara duramente para hacer exactamente eso.

—Debería irme —aseguró ella con precipitación pasando por delante de él para dirigirse a las escaleras que llevaban al dormitorio antes de que Jake se diera cuenta de lo que estaba pasando.

A pesar de todo, el instinto le decía que la detuviera. Que le pidiera que se quedara.

Pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Unas horas más? ¿Otra noche?

No tenía sentido.

Eleanor había tomado una decisión y él también.

Cuando regresó unos minutos más tarde, Jake seguía exactamente donde le había dejado, mirando hacia el valle. Pero para ser sincero, si una manada de elefantes hubiera aparecido en las montañas mientras esperaba no se habría dado cuenta.

—Te llevaré a casa —dijo.

Pero ella negó con la cabeza.

—No quiero molestar —respondió.

Y aquellas palabras sencillas y educadas lo dijeron todo. No eran amigos. No eran pareja. Ni siquiera eran amantes ya.

Todo había terminado.

—¿Y si te dejo en la estación de tren?

Eleanor asintió.

Fueron en el coche en silencio. Cuando llegaron a la estación ella se giró para mirarle. Abrió la boca para hablar pero volvió a cerrarla.

A él también le daban vueltas las palabras en la cabeza, pero se negaban a formar nada remotamente inteligible.

Transcurridos unos segundos, hablaron los dos a la vez.

—Siempre y cuando seamos discretos…

—Si los dos estamos de acuerdo en que no sea nada serio…

Volvieron a guardar silencio, pero fue un silencio cargado de tensión.

Jake se inclinó hacia delante y aspiró su aroma. Olía a Eleanor mezclada con su gel de ducha.

Se acercó todavía más de modo que su respiración le rozó la oreja.

—Entonces…

Jake sonrió cuando ella se estremeció.

Eleanor giró la cabeza. Ahora estaban tan cerca que, si alguno de los dos movía los labios, se rozarían.

—Entonces —murmuró Eleanor alzando las comisuras de sus preciosos labios.

Jake salvó la insignificante distancia que había entre ellos y Eleanor le echó al instante las manos al cuello. No fue un beso suave, estuvo más bien teñido de urgencia, como si ambos desearan estirar lo más posible aquello sin definir que tenían mientras durara.

Tras largos minutos se separaron por fin.

Y Jake metió la marcha atrás, dio la vuelta y regresó a casa.

Capítulo 13

ELEANOR estaba encantada con el acuerdo.

Encantada con el hecho de que Jake y ella se encontraran cada noche después del trabajo o después de su clase de pilates, del club de lectura o de cualquier actividad que tuviera. Siempre cenaban en casa, por supuesto, para evitar cualquier posibilidad de volver a aparecer en las páginas de cotilleos.

Jake no había vuelto a invitarla a las montañas. Quedaban en el apartamento que él tenía en la ciudad. Dado que el interés de la prensa en él estaba en su punto de ebullición, nunca llegaban ni salían juntos. Eleanor tenía que repetir constantemente la desagradable experiencia de llegar o salir de su edificio a través de un callejón trasero más bien sucio por cortesía de un chófer de Armada de confianza. La humillación quedaba al instante borrada por el entusiasta recibimiento que le dispensaban Albert y Lizzie al llegar… seguido por el de Jake, que solía ser más sofisticado.

Sí, se había convertido en fan de todas las maneras en que Jake le demostraba cuánto se alegraba de verla.

Se divertían. Charlaban, se reían, y hacían el amor. Pero nunca se despertaban juntos. Eleanor salía de allí antes del amanecer. Jake y ella podían entonces enfrentarse cada día al mundo como si el otro no existiera.

Ella había insistido en aquel punto y Jake se había mostrado conforme. La discreción era de suma importancia para ambos. Así que por supuesto estaba encantada con el acuerdo que tenían.

Encantada, encantada, encantada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Mandy acercándole una copa de champán—. Creo que esto te vendrá bien.

Eleanor sacudió la cabeza y trató de centrarse en el momento presente.

Estaban en el bar al aire libre del edificio de la Ópera de Sídney. Había quedado a última hora con Mandy para tomar una copa cuando Jake canceló su encuentro sin dar demasiadas explicaciones.

Aunque ella no se sentía molesta por eso.

—¿Sabes? —preguntó Mandy mirándola fijamente a través de su largo flequillo rubio—, creo que nunca te había visto así.

—Estoy bien —replicó Eleanor—. De verdad.

—De acuerdo —Mandy hizo una breve pausa para darle un sorbo a su cóctel—. ¿Quieres hablar de ello?

Sí.

Un momento, ¿de dónde había salido aquello? Nadie podía saber lo suyo con Jake.

Nadie.

—No —dijo con tono algo inseguro—. Pero gracias —añadió con más firmeza.

Mandy suspiró y luego inclinó la cabeza hacia un lado como si la estuviera observando. Eleanor se pasó automáticamente la lengua por los dientes y por los labios. ¿Tendría algún resto de las tapas que estaban compartiendo?

—¿Tienes algún cliente interesante en este momento? —le preguntó Mandy repentinamente.

—No.

—¿Estás segura? Una amiga mía te vio en la fiesta de presentación del teléfono de Armada.

Con Jake Donner.

Eleanor se encogió de hombros, aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo por parecer despreocupada.

—Ah, sí. Trabajé con él durante un par de semanas.

Mandy alzó una ceja.

—Al parecer estabais muy acaramelados en la pista de baile. Y he oído rumores sobre Jake y cierta «misteriosa mujer». ¿Sabes de quién podría tratarse?

Estaba claro lo que Mandy insinuaba. Otras personas habían hecho también la conexión, y había recibido unas cuantas llamadas de periodistas en los días que siguieron a aquella maldita nota de cotilleo. Afortunadamente, parecía que sus negativas habían resultado efectivas. No había vuelto a escuchar ningún rumor desde entonces.

—No —aseguró. Pero odiaba tener que mentirle a Mandy, así que le dijo una verdad a medias—. Fuimos juntos al colegio. Por eso parecía que teníamos una actitud cariñosa.

Su amiga sacudió la cabeza y luego guardó silencio durante largos segundos.

—Eres muy extraña, Eleanor Cartwright —dijo Mandy con voz clara remarcando cada palabra.

—¿Perdona?

—No me había dado cuenta hasta ahora, pero lo cierto es que no sé nada de ti, ¿verdad?

Eleanor se rio.

—¿De qué estás hablando? Salimos siempre juntas.

Pero Mandy no prestó atención a sus palabras.

—Por ejemplo, leí en alguna parte que Jake Donner es de Perth, ¿verdad? Eso está a tres mil kilómetros de aquí. Así que tú también debes ser de allí.

Eleanor asintió a regañadientes.

Mandy sonrió, pero no parecía particularmente contenta.

—Yo ni siquiera sabía eso —se encogió de hombros—. Y creía que éramos amigas.

—¡Y lo somos! —exclamó Eleanor un poco asombrada—. Nos divertimos mucho juntas.

—Exacto. Pero eso es lo único que hacemos. Divertirnos. Hasta hace poco no salíamos tanto las dos solas. Me gusta.

Resultaba extraño ver la guapísima rica heredera Mandy Williamson mostrarse un poco vulnerable. Extraño y algo incómodo.

Como si se esperara que Eleanor se mostrara ahora vulnerable también. Y eso no era una opción.

Pero por primera vez, Eleanor sintió una punzada de culpa por haber basado su amistad con la gente únicamente en los buenos momentos y no en una conexión emocional más profunda.

Era culpa suya que estuvieran manteniendo ahora aquella conversación. Hasta hacía poco, Mandy era una persona que le caía bien, alguien a quien respetaba, y alguien a quien mantenía a distancia, como a todo el mundo. Lo cierto era que la había considerado más una antigua clienta que una amiga.

Pero entonces algo cambió y se dio cuenta de que buscaba algo más en ella. Que necesitaba más… debido a Jake.

Era Jake quien la había desequilibrado. Quien hacía que su vida se pareciera menos a un traje de chaqueta perfectamente confeccionado y más a un par de medias llenas de carreras. Así que necesitaba una amiga para tratar de ordenar sus pensamientos, sus emociones y su confusión y volver a recuperar el control.

Pero se trataba de algo temporal. En cuanto Jake saliera de su vida todo volvería a la normalidad. Y Jake no volvería a aparecer en su vida. De eso no le cabía la menor duda.

Así que empastó una sonrisa.

—Somos amigas, Mandy. Pero créeme, en realidad no quieres saber mucho de mí. Soy muy poco interesante —le dio un sorbo a su copa de champán y alzó los hombros como si no tuvieran ninguna preocupación en la vida.

Mandy apretó los labios. Dejó su vaso cuidadosamente sobre la mesa. Se bajó del taburete y se puso el bolso al hombro.

—Tengo que irme, Eleanor —dijo sin mirarla a los ojos.

El champán que tenía en la lengua le supo de pronto amargo. Lo tragó haciendo un esfuerzo.

—Es una lástima —dijo con un tono tan falso como las pestañas de Mandy—. Tenemos que volver a vernos pronto, ¿de acuerdo?

Mandy asintió, seguramente por buena educación, y se marchó dejando a Eleanor en medio de un mar de gente en el bar, con los rascacielos de la ciudad de Sídney a un lado, el puente del puerto iluminado delante de ella y las firmes curvas del edificio de la opera cerniéndose sobre ella.

Sola.

Jake estaba sentado bajo el excesivo calor de las luces del estudio de televisión con la mejor de sus sonrisas. Trataba de parecer atento y abierto, pero se sentía ridículo con el maquillaje que le habían puesto.

—Y dinos, Jake, ¿qué tiene el nuevo teléfono de Armada que le hace tan especial? —la presentadora, una mujer con el pelo rubio cortado a lo casco, apretó sus labios gruesos en una sonrisa mientras esperaba la respuesta.

Parecía imposible que la campaña solo llevara tres semanas. Jake sentía que llevaba meses sonriendo, hablando y haciéndose el simpático.

Pero aspiró con fuerza el aire y como la imagen de Armada que era se lanzó obedientemente a responder a la pregunta. A aquellas alturas había contestado tantas veces al mismo tipo de entrevista que sería capaz de hablar del teléfono incluso dormido.

—Bueno, Gloria, lo mejor de este teléfono es sin duda el sistema operativo…

Así que siguió intercalando de la mejor manera posible el lenguaje informático con explicaciones más llanas.

Según el departamento de marketing la cosa iba muy bien. Las primeras ventas del teléfono habían superado todas las expectativas y las encuestas indicaban un significativo incremento en el reconocimiento de la marca.

En resumen, Jake estaba consiguiendo todos los objetivos.

Y aunque resultaba tranquilizador saber que todo había valido la pena, aquella entrevista en particular le seguía pareciendo aburrida.

—Una pregunta más antes de terminar. El domingo pasado me encontré con una nota muy interesante en el periódico…

Jake se puso tenso. Era la pregunta que llevaba toda la semana esperando. Hasta el momento se había librado de tener que responder a ella porque en la agenda había tenido entrevistas para revistas especializadas en nuevas tecnologías.

Pero esto era televisión comercial en estado puro, en un estudio en directo con público hambriento de cotilleos. Por supuesto que la presentadora tenía que hacer aquella pregunta.

—Así que dime, Jake —preguntó con tono conspiratorio, como si no estuvieran rodeados de

cientos de personas y del equipo de televisión—. ¿Quién es la afortunada?

Eleanor y él habían hablado del tema. Sabía exactamente lo que tenía que decir. Pero las palabras no le salieron automáticamente.

Inesperadamente, reaccionó como lo había hecho en la emisora de radio. No, no sentía la necesidad de estrangular a la rubia oxigenada. Pero de pronto sentía el cuerpo tenso.

Ni siquiera quería decir «sin comentarios». Lo que quería era poner fin inmediatamente a la entrevista.

Aunque sabía que sería una estupidez. Aunque sabía que no conseguiría más que despertar nuevos rumores. La presentadora parecía encantada ante su largo silencio. Jake escuchó el rumor de voces entre el público y supo que tenía todas las cámaras apuntando hacia él.

¿Qué vería en su rostro el australiano medio que estuviera sentado en el sofá de su casa el viernes a mediodía? ¿Entendería lo que estaba sintiendo? ¿Lo duro que le resultaba tener que mentir?

Mentir. ¿Era eso lo que estaba a punto de hacer? ¿Y qué implicaba para Eleanor y para él? Se las arregló para soltar una carcajada que hasta a él mismo le sonó falsa.

—Todos cometemos errores, ¿verdad, Gloria? No fue nada.

—Entonces, ¿no es tu novia?

—No —aseguró él.

—¿Estás seguro? —insistió la presentadora—. Al parecer has tenido que pensártelo mucho antes de responder.

—Totalmente seguro —repitió Jake utilizando la voz para entrevistas que había practicado durante las últimas semanas.

Gloria se rio.

—Bueno, supongo que esto será un gran alivio para muchas mujeres. ¿Lo han oído, señoras? Jake Donner sigue en el mercado.

Jake apenas escuchó lo que dijo la presentadora a continuación, lo siguiente que supo fue que le estaban acompañando a salir del estudio para colocarle delante de un espejo y quitarle todo aquel maquillaje de la cara.

Debería sentirse aliviado. Se había librado de otra entrevista. Una nueva aparición en la campaña que tachar de la lista.

Pero se sentía… incómodo.

Y culpable.

¿Por qué?

No había hecho nada malo. No había razón para vacilar cuando respondió a la pregunta. Era lo que Eleanor y él habían acordado. Tal vez se debiera a la elección de palabras. Como si no pudiera calificar la semana anterior como un error por mucho que dijera Eleanor. Y, si lo era, no le importaría repetirlo una y otra vez.

Aquella aventura o lo que fuera no le parecía un error. De hecho, cada vez que la veía sentía lo contrario.

Con ella no tenía que fingir. Y sentía en cierto modo que ella tampoco fingía. Aunque nunca había vuelto a permitirse bajar la guardia. Cada vez que se encontraban tenía una imagen intachable, sin un cabello fuera de su sitio y con el maquillaje perfecto. Y con aquellos ojos verdes falsos.

Ojalá se diera cuenta de que no necesitaba nada de todo aquello. Jake se fijó en la dirección que tomaban sus pensamientos.

¿Estaba bien aquello con Eleanor?

Apretó firmemente la tecla mental de pausa.

De ninguna manera. No pensaba ir por ahí.

No iba a prestar atención a la sirena que llamaba a la intimidad. O a las relaciones. O al amor.

La mera idea le provocó una insoportable tensión en el pecho y en la garganta, y una abrumadora sensación que se había vuelto familiar a lo largo de los años.

No podía hacerlo.

Tenía que cancelar el encuentro de aquella noche. Iban a encontrarse en su casa dentro de unas horas.

No. Cancelarlo no. Tenía que verla aquella noche… y ponerle fin.

Sí. Eso era lo que tenía que hacer.

Eleanor buscó a ciegas el mando a distancia y apretó con más fuerza de la necesaria la tecla para librar el aparato de televisión y a su apartamento del eco de las palabras de Jake.

«Todos cometemos errores».

«No fue nada».

Se dio cuenta demasiado tarde de que el programa de mediodía había dado paso hacía tiempo a los anuncios, y que era su cabeza la que insistía en repetir aquellas dolorosas y cortas frases una y otra vez.

¿Dolorosas? ¿Por qué? Jake no había hecho más que recitar las palabras que ella le había enseñado.

Que le había suplicado que dijera.

Se subió las rodillas al pecho en el sofá sin importarle que se arrugara el traje de chaqueta exclusivo que llevaba puesto.

Se suponía que no tenía que importarle. Se suponía que tenía que estar bien.

Pero aunque no fuera lógico, le dolía el corazón.

Y eso podría significar que la asustaba de un modo imposible de describir.

Eleanor acaba de regresar de clase de Pilates cuando alguien llamó al telefonillo.

Confiaba en que el ejercicio le proporcionaría la prometida liberación de endorfinas y sentirse contenta y normal otra vez. Pero no tuvo tanta suerte. Cuando se acercó al telefonillo que estaba al lado de la puerta se sentía tan confusa e inquieta como estaba desde que vio la entrevista de Jake en televisión.

Aunque para ser sincera, llevaba todavía más tiempo inquieta. La noche anterior se lamentó de no haber hecho lo que Mandy quería y que sospechaba que ella necesitaba. Soltarlo todo.

Pero no sabría siquiera por dónde empezar. ¿Qué era todo? ¿Cómo expresar con palabras lo que Jake le hacía sentir? ¿Su miedo a que terminara su historia y el miedo a lo que podría sentir por él? ¿O a lo que ya sentía?

No. Era mejor no haber hablado con Mandy.

Porque si empezaba no sabía si sería capaz de parar.

Apretó el botón del telefonillo.

—¿Sí?

—Eleanor, soy yo.

Eleanor sintió que el corazón se le paraba durante un instante.

—¿Eleanor? ¿Puedo subir?

Ella se las arregló para apretar la tecla que le permitía el acceso pero no dijo ni una palabra.

¿Qué hacía Jake allí?

Seguía sin entenderlo cuando abrió la puerta para dejarle pasar.

Antes de tener siquiera la oportunidad de decirle hola, él la atrajo hacia sí. No de un modo rudo, pero sí firme. Al estar tan cerca, cualquier posibilidad de analizar la relación le resultó imposible. No podía pensar.

—¿Jake? —le preguntó—. ¿Va todo bien?

Por toda respuesta, él la besó con fuerza.

—¿Qué es esto? —preguntó Jake cuando se separaron jadeando—. ¿Qué estamos haciendo?

Eleanor alzó la vista para mirarle. La mirada de Jake, normalmente firme y segura, no se clavó en la suya. Le miró los labios durante un largo instante y luego volvió a apartar la vista hacia la ventana.

¿Qué quería que ella le dijera?

No hacía falta ser adivina para saberlo. Quería que le tranquilizara diciéndole que aquello era solo diversión. Algo físico, nada más. No quería hablar de expectativas. De querer algo más. De amor.

¿Amor?

No era una palabra que ella hubiera considerado. Ni pensaba hacerlo.

Sí, le gustaba. Mucho. Eso sin duda. Pero ¿amor? No.

No cometería dos veces el mismo error.

Si sentía tentaciones, no tenía más que pensar en el ejemplo de su padre y de ella misma. Nunca se permitiría el necesitar tanto a alguien. Como su padre había necesitado a su madre. Y ella a ambos… y a Jake.

No volvería a sufrir el dolor del amor perdido.

—Esto no es nada —aseguró repitiendo lo que Jake había dicho en la televisión.

Lo afirmó con rotundidad, con cuidado de no mostrar cómo se sentía al escuchar sus propias palabras.

—¿Nada? —repitió Jake.

Ella asintió.

—Es solo una diversión mientras dure.

—¿Y cuánto durará?

Eleanor supo entonces que debía ponerle fin. En aquel momento. Porque la respuesta a aquella pregunta, la que tenía en la punta de la lengua, era «para siempre».

Y eso era una estupidez. Jake no quería eso. No podía comprometerse. Y ella tampoco lo quería.

Claro que no.

Pero no era capaz de decir las palabras necesarias para poner fin a aquello, para que fuera la última vez que Jake la estrechaba entre sus brazos.

—No lo sé —dijo tratando de sonar relajada—. Supongo que lo sabremos cuando suceda.

Dios, era una cobarde. Lo único que estaba haciendo era posponer lo inevitable. Jake iba a hacerle daño. Una vez más. Solo era cuestión de tiempo.

Él asintió.

Y entonces la besó. Y como sucedía siempre, Eleanor se olvidó de todo.

Se habían dormido.

Eleanor se despertó con el sonido de la banda sonora de una película y tardó unos instantes en ubicar dónde demonios estaba.

Poco a poco comenzó a captar más detalles. La subida y la bajada del pecho de Jake a unos

centímetros de ella. La luz parpadeante del salón, cortesía del menú del DVD. El aire frío en los dedos cuando sacó los pies de debajo de la manta.

Y lo maravillosamente bien que se sentía entre los brazos de Jake.

No recordaba cómo habían terminado durmiendo así, con Jake dándole la espalda a la televisión y ella cómodamente apretujada entre el respaldo del sofá y el sólido muro del pecho de Jake. Estaba segura de que no había sido una decisión consciente ni por su parte ni por la del hombre que estaba a su lado.

Le miró y disfrutó de aquel sencillo lujo. Era poco habitual, ya que la primera noche que pasaron juntos apenas habían dormido, y a partir de entonces él no se había dejado llevar nunca por el sueño. Así que observó el momento exacto en el que se empezó a estirar y estaba preparada para mirarle a los ojos en cuanto los abriera.

La habitación estaba a oscuras a pesar de la luz que arrojaba la pantalla de televisión. Pero ella pudo ver algo en sus ojos. Algo que no supo definir.

—Eleanor —susurró Jake. Le deslizó la mano hacia la cadera y la subió por la cintura hasta llegar al hombro.

Allí donde la tocaba su cuerpo ardía. Y se iluminaba por dentro. Jake no apartó los ojos de ella ni un solo instante. Le deslizó los dedos a lo largo del escote, acariciándole la piel desnuda donde se abría la camiseta. Eleanor se estremeció.

Luego siguió explorando hacia abajo acariciándole suavemente el cuello, trazándole la línea del lóbulo, rozándole la mandíbula. Eleanor contuvo el aliento cuando se inclinó hacia ella, pero entonces se detuvo sin llegar a rozarle los labios. Cuando se echó un poco hacia atrás Eleanor abrió los ojos de par en par.

—¿Jake?

La mano que había acariciado su cuerpo casi con reverencia le cubrió ahora la mejilla antes de deslizarse por sus labios, las cejas y el delicado puente de la nariz.

Jake no tuvo que repetir lo que había dicho la última vez que hizo aquello.

Le había dicho que no le importaba cómo tuviera la nariz, ni si tenía los ojos verdes o marrones. En aquel momento Eleanor reaccionó con tirantez, rechazando las palabras que ella creía falsas. Palabras que se decían para que una chica fea se sintiera mejor.

Pero ahora, en la intimidad de la oscuridad, se preguntó por un instante si aquellas palabras no serían ciertas. Lo intentó, pero le resultó imposible. No se lo podía creer.

Lo que sí podía creer era que algo había cambiado.

Con aquel hombre al que conocía de toda la vida. Un hombre que la hacía reír, que hacía que su cuerpo cantara y que la hacía suspirar cuando la miraba de aquel modo. Un hombre brillante y al mismo tiempo misterioso que parecía conocerla mejor que ella misma.

Aquel hombre al que ahora, allí en la oscuridad, se daba cuenta que había echado terriblemente de menos.

El hombre al que amaba.

Aquella certeza ni siquiera la sorprendió.

¿Habían pasado solo unas horas desde que se regañó a sí misma por los peligros de semejante sentimiento?

Por supuesto que estaba en lo cierto. La vida libre de complicaciones, dolor y anhelos, de amor y de sentimientos le había venido bien durante mucho tiempo.

Cambiar de montura era un error. Una estupidez. Una imprudencia.

Era todas esas cosas y al mismo tiempo no se veía capaz de hacer nada al respecto.

Era un hecho. Amaba a Jake Donner.

Porque no podía hacer nada más, le besó. Y él la besó también. Se besaron con una pasión que hacía palidecer la fuerza de sus besos pasados. Fueron besos salvajes, seductores, y también unos besos que decían lo que las palabras nunca podrían expresar.

Entonces Jake se puso de pie sin romper apenas contacto con sus labios mientras la tomaba en brazos. La llevó sin esfuerzo al dormitorio, donde cayeron juntos sobre la suavidad de la cama.

Con los brazos y las piernas entrelazados y los sentimientos enredados también.

A la mañana siguiente Jake se despertó temprano. Justo antes del amanecer. Eleanor estaba acurrucada a su lado con la melena desperdigada por la almohada. Una mano descansaba suavemente sobre el pecho de Jake. Al respirar la veía subir y bajar una y otra vez.

El corazón le latió con fuerza contra las yemas de sus dedos. Con más fuerza de lo normal para un hombre que estaba tendido desnudo en una cama con una mujer hermosa.

O tal vez fuera completamente lógico.

Eleanor se movió, se estiró y abrió los ojos. Sonrió al alzar la barbilla para mirarle.

—Eh —dijo adormilada y sexy.

Jake sintió un tirón en el pecho.

No había tenido agallas. Había ido a su casa para poner fin a la situación, pero en cuanto la vio le había resultado imposible.

Así que ambos fingieron lo que los dos habían dicho: que aquello no era nada.

Pero aquella mentira había quedado al descubierto en toda su gloria la última vez que habían hecho el amor. Jake no era capaz de empezar siquiera a describir qué era aquello, pero desde luego no podía decirse que no fuera nada.

Antes pensaba que podría tener una relación con Eleanor sin que significara nada. Sin que las cosas se complicaran.

Pero se había equivocado.

Necesitaba espacio.

—¿Jake? —dijo Eleanor cuando se apartó de ella con poca delicadeza.

Jake encendió la luz de la mesita de noche. La repentina luminosidad resultó agresiva.

—Voy a ir a dar un paseo —aseguró.

—¿Cómo? ¿Ahora?

Jake miró de reojo la radio con reloj de la mesilla. Eran las seis de la mañana.

—Iré a comprar el periódico del sábado —dijo como si eso lo explicara todo.

Agarró los vaqueros y la camisa del suelo del dormitorio y se los puso con movimientos automáticos.

Eleanor se incorporó y se tapó los senos con la manta.

—Vuelve a la cama —dijo—. Fuera está oscuro.

—Enseguida habrá luz —respondió él sin mirarla.

El dormitorio estaba en silencio a excepción de los sonidos que hacía Jake al vestirse.

—Estás huyendo —dijo Eleanor de pronto.

Era una afirmación, no una pregunta.

—No. Voy a por el periódico.

Pero estaba huyendo. En cierto modo. Al menos durante un rato. O tal vez durante más tiempo.

—Me gustan los espacios abiertos —aseguró—. El silencio.

No podía seguir con aquello. Se sentía incómodo. Necesitaba tiempo para pensar.

Jake la miró una vez más antes de dirigirse hacia la puerta.

Fue un error.

Ella le miró con una expresión extraña. Era la misma Eleanor de la noche anterior, la del sofá, la que le había mirado, sonreído y besado de un modo que le conmovió y al mismo tiempo le aterrorizó. La que hizo sentir el deseo de salir huyendo al instante.

Pero la noche anterior estaba hipnotizado.

—Quédate —le pidió ella con dulzura.

Pero Jake sacudió la cabeza. Un segundo más tarde, la mirada de Eleanor se volvió inexpresiva. Neutral.

Estiró los hombros en un gesto inconsciente que a Jake le resultaba dolorosamente familiar.

—De acuerdo —dijo con un tono completamente distinto al que había utilizado antes. Alegre, casi entusiasta. Bostezó y luego sonrió—. Bueno, pues yo voy a volver a dormirme. ¿Puedes comprar un cartón de leche ya que sales?

Ah. Jake sabía lo que estaba haciendo. Acallar aquel pequeño atisbo de vulnerabilidad empastando una sonrisa y utilizando palabras falsas.

Se había vuelto a poner la armadura.

Jake no quería pensar en ello. No quería pensar en lo que eso significaba ni en lo que Eleanor le había revelado antes de reconstruir su brillante fachada.

Espacio. Necesitaba espacio.

Entonces salió del dormitorio y del apartamento a la calle desierta.

Y caminó. Caminó y caminó y caminó con el humor tan negro como el cielo.

Capítulo 14

LA puerta del apartamento de Eleanor se cerró con un inofensivo clic detrás de Jake.

A juzgar por el modo en que su cuerpo dio un respingo bajo las sábanas, tendría que haber sido un golpe más seco.

Entonces se quedó sola en medio de un espantoso y absoluto silencio. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no iba a llorar.

Tragó saliva y se quedó mirando el techo, negándose a permitir que las lágrimas le resbalaran.

No pensaba volver a llorar por Jake.

Con una vez en la vida era suficiente.

Desgraciadamente, su corazón no parecía capaz de seguir aquella norma. Ya no podía negarlo. No era una confusión hormonal del deseo con el amor debido al calor del momento por mucho que quisiera que así fuera.

Se había vuelto a enamorar de él.

Seguramente hacía mucho. Tal vez cuando apareció en la puerta de su casa dispuesto a compartir con ella algo que consideraba especial. O tal vez antes, cuando se echaron a reír en medio de la calle.

Tal vez no había dejado nunca de amarle.

Trató de dormir pero le resultó imposible. En la oscuridad, en el silencio y sin Jake se sentía completamente sola. Así que se levantó y encendió la radio. Se dio una ducha. Tiró la caja de la pizza que habían pedido la noche anterior. Abrió su correo electrónico. Fregó los platos. Hizo la cama.

Cuando finalmente no le quedaron cosas que hacer y Jake seguía sin volver, se dejó caer en el sofá y encendió la televisión para poner los vídeos musicales del sábado para llenar el silencio mientras pensaba qué iba a decir cuando Jake volviera.

Él quería terminar. Había salido a caminar para encontrar una forma amable de romper con ella. Al menos esa vez no sufriría la misma humillación.

No le había dicho que le amaba.

Al menos no con palabras. Al menos eso había aprendido en los últimos trece años.

Pero de todas maneras le iba a doler.

Ya le dolía.

Dio un respingo cuando el pequeño apartamento se llenó con el sonido del telefonillo. Se puso de pie de un salto. No tenía ningún sentido retrasar lo inevitable. Necesitaba tratar aquel asunto como si se arrancara una banda de cera. Si lo hacía rápido, dolería menos.

Cuando Jake llegó al apartamento, ella ya le estaba esperando con la puerta abierta.

En cuanto entró empezó a hablar tratando de parecer despreocupada.

—Jake, ¿te acuerdas lo que dijimos anoche sobre que sabríamos cuándo había llegado el momento adecuado para…?

Siguió hablando cada vez más deprisa, las palabras caían como en cascada sobre las rocas, con fuerza y violencia. Pero de pronto el flujo de agua se detuvo.

Lo que Jake tenía en la mano era como una soga que le hubieran puesto a ella al cuello. Abrió la boca. Volvió a cerrarla. Parpadeó. Volvió a parpadear. Trató de subirse las gafas por el puente de la nariz, pero recordó que hacía años que no las usaba ya.

Pero seguramente estaría viendo visiones.

Jake le estaba mostrando una página del periódico, pero ella no fue capaz de agarrarla.

Un horror paralizante se apoderó de ella.

Dio un paso atrás y se chocó contra la pared.

—Eleanor, no pasa nada…

Jake trató de acercarse, pero ella no quería que le tocara. Pasó por delante de él y se dejó caer en una butaca hundiendo el rostro entre las rodillas.

Aquello no podía estar ocurriendo.

—Eh —dijo él en voz baja y al parecer con intención tranquilizadora. Pero no lo consiguió—. Sé que esto es un shock, pero, si lees el artículo, no es tan malo…

Eleanor levantó la cabeza de golpe.

—¿No es tan malo? Jake, es un artículo a toda página en el periódico más importante de Sídney. Y habla de mí.

—De ti y de mí —le aclaró Jake—. No hemos sido tan discretos como creíamos y alguien ha investigado. Han averiguado que éramos amigos. Han encontrado algunas fotos antiguas.

—¿Fotos antiguas? —repitió ella consciente de que estaba empezando a ponerse histérica.

Pero no podía hacer otra cosa.

Lo mirara por donde lo mirara, aquello era un desastre de proporciones épicas.

—Lo cierto es que el artículo es sorprendentemente preciso —aseguró Jake con una calma enervante—. Son solo hechos. Podría haber sido mucho peor. Han escrito muchos artículos sobre mí basados en mentiras.

No era consciente de lo que estaba pasando.

—¿Es que no lo entiendes, Jake? La precisión es el problema. Pensé que había dejado muy claro cuánto me he esforzado por dejar atrás a la antigua Eleanor. Nadie en Sídney sabe lo patética y triste que era antes.

—Estás haciendo otra vez lo mismo. Hablas de la antigua Eleanor como si fuera otra persona.

—Porque lo es —afirmó ella con rotundidad—. Por supuesto que lo es. Mírame —dirigió la vista hacia los vaqueros ajustados, la camiseta suelta y los pies descalzos—. Bueno, voy vestida adecuadamente. Tengo el pelo arreglado y me maquillo. Voy a fiestas y a discotecas. La antigua Eleanor no podría haber hecho nunca nada de todo eso.

—Claro que sí. Lo estás haciendo ahora. Sigues siendo la misma Eleanor.

Ella negó con la cabeza y trató de encontrar las palabras para explicarse.

—No finjas que no te acuerdas cómo eran las cosas para mí en el colegio. Era invisible.

No, había sido todavía peor. La veían perfectamente y aun así la rechazaban. Una y otra vez.

No podría soportar volver a ser aquella niña.

¿Qué iba a decir la gente? ¿Sus amigos? ¿Sus clientes?

—Me he esforzado mucho —aseguró—. Y ahora todo está perdido.

Alzó la vista cuando Jake colocó una de las sillas del comedor justo delante de ella y se sentó apoyando los codos en los muslos.

—Crees que te verán como un fraude —afirmó con voz pausada.

—Porque lo soy —se apresuró a contestar ella—. Toda mi vida está construida alrededor de mi nuevo yo. La antigua Eleanor es lo contrario a todo lo que he luchado por conseguir.

—No eres ningún fraude, ¿sabes? Es lo que me dijiste a mí y lo que les dices a tus clientes. Te has convertido en la mejor parte de ti misma. Una versión más segura y estilosa de Eleanor. Pero sigues siendo tú. Eso lo tengo cada día más claro.

—He cambiado —insistió ella—. Soy una persona distinta. Tengo una vida, y amigos…

—Amigos que no saben nada de tu pasado, ¿verdad?

A Eleanor no le gustó el tono de censura que estaba utilizando. ¿Qué derecho tenía a criticarla?

Se puso de pie bruscamente, cruzó la estancia y se acercó a la ventana. Le dio la espalda a Jake.

—Esto es culpa tuya, ¿sabes? Tuya y de tu estúpida tendencia al aislamiento. Si no fueras tan ermitaño a nadie le importaría un bledo tu vida personal.

—Y, si no te empeñaras de forma tan ridícula en negar tu pasado, tampoco te verías en esta situación.

Estaba justo detrás de ella. Eleanor se dio la vuelta para mirarle. Tenía la frustración reflejada en el rostro.

—¿Y no te parece ridículo vivir en una torre en lo alto de la montaña?

—No estamos hablando de mí —le recordó Jake.

—Por supuesto que sí —insistió ella—. Hace trece años éramos prácticamente iguales. Pobres. Impopulares. Inadaptados sociales. Pero tú escogiste un camino en la vida y yo otro. Y dado que al parecer crees que tu método es mejor que el mío, entonces sí, creo que estamos hablando también de ti.

—Es mucho más sensato ignorar a una sociedad que le da tanta importancia a la superficie. Nadie me valoró hasta que tuve dinero y fama gracias a mi trabajo. No tengo interés en entrar en un mundo que trata a la gente así.

—Ah, qué noble por tu parte —se burló Eleanor.

Jake entornó los ojos ante su tono de mofa.

—Y sin embargo aquí estás tú, destrozada porque la gente te juzgará por ser algo más que la suma de la ropa que llevas, el peinado y el maquillaje.

—Como te he dicho muchas veces —afirmó ella en un tono cada vez más afilado—, la imagen lo es todo. Mi imagen lo era todo.

Jake dio un paso atrás, pero Eleanor sabía que aquello no era indicativo de que estuviera reculando.

—¿Qué es lo que te preocupa que pase? —le preguntó él.

—Perderé a mis amigos. A mis clientes. Todo.

—¿Por qué? No puedes pensar que tu único valor es tu aspecto.

—¿Por qué iba a pensar otra cosa? —quiso saber ella.

Jake lo intentó desde otro ángulo.

—Cuando viniste a Sídney, ¿qué querías?

Ella recitó las palabras que tan familiares le resultaban.

—Seguridad. Elegancia. Éxito.

—Y lo has conseguido todo —Jake se rascó la frente—. Sigo sin entenderlo, Eleanor. ¿Y qué si un periódico publica unas fotos en las que no sales muy favorecida? Eso no cambia lo que has conseguido.

Nunca iba a entenderlo. No entendía lo que podía perder. Si daba cabida a la antigua Eleanor, todo resucitaría.

En el fondo así era ella. Impopular, sin atractivo y perdida. El fracaso social y el rechazo la esperaban bajo la superficie.

Era un fraude envuelto en papel brillante.

Y, si ya no era la nueva Eleanor, ¿qué le quedaba? La antigua. La que estaba enamorada de Jake Donner. Sin ser correspondida.

Se cerraría un círculo patético y triste.

—No tienes por qué ser perfecta, ¿sabes? Todo el mundo tiene un pasado. La mayoría bastante incómodo. Tal vez esto sea algo bueno, tal vez te ayude a soltar un poco de presión…

—Creo que deberías marcharte, Jake —le interrumpió. De pronto se sentía muy cansada—. Esto ha terminado.

—No, Eleanor, no puedo, tú…

—¿Qué estás diciendo, Jake? ¿Qué no ha terminado? —por supuesto, a ella no le cabía ninguna duda de la respuesta a aquella pregunta.

—No puedo hacerlo, Eleanor.

Iba a seguir hablando, pero ella tenía que decir lo que pensaba para que Jake lo entendiera antes de que saliera de su vida para siempre.

—Crees que soy una estúpida que solo se preocupa de la ropa, el maquillaje y el color de ojos. Piensas que todo eso es falso. Ahora estás intentando decirme que no importa que salgan fotos antiguas de mí en el periódico, pero déjame que te diga una cosa, Jake. Antes estaba sola, ahora estoy rodeada de gente. De amigos. ¿Y sabes qué? No me importa que sea en un plano superficial, porque es mejor que no tenerlo.

—Pero ¿no te das cuenta de que la gente con quien conecta es contigo, no con tu pelo ni con la ropa?

—¿Me estás diciendo que, si me libro de todo eso, nada cambiará?

Jake asintió. Estaba completamente convencido de ello.

—Eres mucho más de lo que se ve en la superficie, Eleanor.

No podía creer que fuera tan ingenuo.

—Esas son palabras bonitas y vacías, Jake. Sobre todo viniendo de alguien que tiene su propia fachada. Tú has construido un muro entre el mundo y tú. Y te niegas a dejar pasar a nadie.

—El hecho de que no me guste la ciudad ni salir todas las noches no significa que…

—No, Jake. Has dejado que tu desgraciada infancia tiña tus ideas sobre el amor, las relaciones y la confianza. Has preferido renunciar a los sentimientos en lugar de experimentarlos por ti mismo. No se me ocurre un modo mejor de levantar una barrera para evitar que nadie se acerque a ti.

Jake alzó las cejas.

—Creí que tú no necesitabas a nadie, Eleanor. Que no necesitabas amor.

Ella sacudió la cabeza.

—He tratado de convencerme de ello. Desgraciadamente, estoy empezando a darme cuenta de que no puedo controlar mi corazón como controlo la ropa, el peinado o el maquillaje. Tal vez no quiera el amor, pero a veces… sencillamente sucede.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó él con apremio.

—Oh, tú ya lo sabes, Jake. Por eso has salido huyendo esta mañana. No necesitas que lo exprese con palabras.

Jake parecía no saber dónde meterse. Ni qué hacer. Eleanor esperó y esperó a que hablara, pero permaneció en absoluto silencio.

—¿Qué te parece si ponemos tu teoría a prueba, Jake? ¿Soy yo la Eleanor que la gente quiere? —estiró los hombros y extendió los brazos—. Vamos allá. Tengo veintinueve años. Me gusta leer, ir al cine, bailar y socializar. Pero tengo un pequeño secreto: soy bastante vulgar sin

maquillar. Tengo el pelo de un tono marrón muy aburrido. Y no tengo los ojos verdes en realidad. Me esfuerzo mucho por mantener el peso. Mi cuerpo sería mucho más feliz con diez kilos de más. Soy tremendamente tímida. Tengo que hacer un esfuerzo por socializar.

Tragó saliva y sintió la garganta seca como la lija.

—¿Sigues… queriendo estar conmigo?

Ninguno de los dos dijo nada durante un largo instante. Lo suficientemente largo como para que Eleanor se diera cuenta de que la televisión seguía encendida. Un número musical cubría el silencio.

—Estás siendo injusta, Eleanor. Tú y yo no tenemos nada que ver con esto —agitó el periódico que todavía seguía sosteniendo—. Lo nuestro no funcionaría porque nos gustan cosas distintas. Tú quieres estar en la ciudad y yo necesito las montañas. Tú quieres bullicio y yo silencio —hizo una pausa—. Tú quieres amor y yo no puedo dártelo.

—Bueno —dijo ella tras una larguísima pausa—. Supongo que eso contesta a mi pregunta.

—No, no la contesta. Nunca has dejado de ser la antigua Eleanor. Eres perfecta tal y como eres, siempre lo has sido. Tienes que creerme.

Pero no lo suficientemente perfecta para Jake. Ni para que se planteara siquiera la posibilidad de amar.

—Creo que deberías irte —repitió.

Esta vez Jake no protestó.

Eleanor miró hacia la ventana con el cuerpo tenso como una tabla mientras le escuchaba salir del apartamento y de su vida.

Y entonces se vino abajo.

Capítulo 15

HORAS más tarde, Eleanor estaba sentada en el salón de su apartamento a solas con el artículo del periódico. Lo había dejado sobre la mesita, pero no había sido capaz de leerlo todavía. Así que estaba cruzada de piernas en el sofá con un enorme cuenco de helado en el regazo que todavía no había probado. De vez en cuando miraba de reojo el artículo con recelo, como si creyera que fuera a saltar y a gritarle: «Fraude».

Hacía mucho que había apagado la televisión. Y no se había molestado en encender el iPod. En cierto modo, el silencio le resultaba más apropiado.

También tenía el teléfono en silencio y lo había dejado en el dormitorio. Antes había sonado y había mensajes de texto y llamadas perdidas. Pero no tenía intención de responderlas. Al menos no aquel día.

Porque sabía qué tipo de llamadas serían, por supuesto.

Seguramente se trataría de algunos periodistas y de algunos amigos asombrados, aunque seguramente eso sería menos probable.

Mucha gente pensaría que les había mentido. Ya no querrían saber nada de ella, y no podía culparles.

Ese día lo había perdido todo.

Una vida perfecta.

Y a su amor.

¿Era una locura que la pérdida de Jake fuera lo que más le doliera? Había vuelto a su vida solo para quedarse un breve espacio de tiempo mientras que le había costado casi una década construir su mundo en Sídney.

Tres semanas atrás el negocio, la vida social y la ropa lo eran todo para ella. Si alguien le hubiera preguntado, habría dicho que tenía una vida completa. Tenía todo lo que siempre había querido.

Seguridad. Elegancia. Éxito.

Había logrado las tres cosas.

Pero aunque no hubiera sido por aquel maldito artículo del periódico, si no se hubiera arruinado todo lo que había conseguido luchando, ¿habría sido suficiente para ella?

No. Se dio cuenta de que no.

Aunque no hubieran desenterrado a la antigua Eleanor, la torpe, la tímida, la vulgar, la rechazada…

Incluso sin eso su vida no habría sido la misma después de ese día.

Porque Jake se la había arruinado.

Había hecho que su vida, supuestamente completa, quedara como una mentira.

De todo lo que le había acusado a él: las barreras, la protección a costa de la conexión emocional, ella era también culpable.

No era mejor que Jake en aquella torre de la montaña. Ella estaba en la suya. Una torre más urbana y moderna en la que contaba con un fabuloso vestidor, pero una torre al fin y al cabo.

Y ahora quería más.

Eleanor tiró el helado por el fregadero y se dirigió lentamente al dormitorio. Sentada al borde de la cama, agarró el teléfono.

Veintidós llamadas perdidas, cuarenta y siete nuevos mensajes.

Pasó por encima de ellos con el estómago en un puño. Buscando, buscando, buscando…

Aunque se dijo a sí misma que no había esperanza y que además no quería saber nada de él, sintió una punzada en el corazón al ver que el nombre de Jake no estaba en la lista.

Pero en realidad no le estaba buscando a él. Buscaba a Mandy. Pero no había ninguna llamada perdida suya. Ni ningún mensaje.

Eleanor estiró el brazo para volver a dejar el teléfono en la mesilla de noche.

Al menos tenía el helado de sirope de caramelo para que le hiciera compañía…

No. No iba a seguir así. Había llegado el momento de romper las estúpidas normas que ella misma se había impuesto. De dejar que por fin la gente formara parte de verdad de su vida. De compartir sus sentimientos.

De arriesgarse al rechazo. A la pérdida.

De vivir.

Así que con dedos tembloroso y las lágrimas por Jake todavía frescas en las mejillas, marcó el número de Mandy.

Y contuvo el aliento.

La semana final de la campaña Jake Donner estaba siendo una locura. Así estaba previsto. Tenía una conferencia de presentación, una aparición en una feria y una última entrevista para un periódico. Por supuesto, ahora contaba con el escrutinio añadido de la prensa sensacionalista, que estaba hambrienta por conseguir un último pedazo de cotilleo. Esta vez no tenía intención de rebelarse. Que la prensa escribiera lo que quisiera, que le llamaran lo que quisieran, pero no iba a sonreír y a posar para ellos. Su relación con Eleanor estaba fuera de los límites. Punto final.

En medio de tanta distracción tenía que cumplir además con su trabajo habitual. Así que los días eran largos y llenos de actividad. Las pocas veces en las que se distraía y dejaba vagar la mente, esta se dirigía inevitablemente hacia Eleanor.

Entonces aparecía claramente su imagen envuelta en su manta de colores con los hombros desnudos y el pelo desparramado.

Absolutamente preciosa y absolutamente perfecta.

Pidiéndole que volviera a la cama. Pidiéndole que se quedara.

Por mucho que lo intentara, aquella imagen no se le iba.

Y aparecía en los momentos más inoportunos. Como en esa ocasión, el domingo por la tarde, cuando por fin tenía un día libre. No tenía que ir a la oficina como el sábado. Ni siquiera tenía que escribir ningún correo. Ni revisar ningún código.

Tenía el día solo para él.

Así que se sentó en el balcón con una cerveza y se sentó en la butaca de piel que solía sacar fuera cuando hacía bueno. Estaba a solas con la vista.

Ya era el final del invierno. La primavera se esforzaba por imponerse ofreciendo un intento decente de día de sol. Los perros estaban tumbados a sus pies para disfrutar de los tenues rayos de sol.

Aquella era su definición de la felicidad.

Estiró las piernas, se relajó y cerró los ojos detrás de las gafas de sol.

Felicidad.

Felicidad.

Felicidad.

Sí. Lo era.

Mantuvo los ojos fuertemente cerrados y se concentró en relajarse. Esperó a que llegara aquel

momento familiar en el que su cerebro soltaba amarras y se dejaba ir de verdad. Finalmente lo consiguió.

Durante unos cinco minutos.

«Sí, todo esto está muy bien, pero después de un rato es un poco aburrido».

Palabras de Eleanor. Aquel día no estuvo de acuerdo con ella. Nunca imaginó no estar de acuerdo con ella. Le encantaba estar ahí, le encantaban las montañas. Le encantaba el silencio.

Pero ese día no era lo mismo.

Esa día no solo estaba solo.

Ese día por primera vez se sentía solo.

Abrió los ojos de golpe.

¿Qué?

Se puso de pie, se acercó a la barandilla del balcón y se agarró a ella. Con fuerza. Con la suficiente fuerza como para que le hiciera daño en las palmas. Con la suficiente como para obligarse a pensar con cabeza.

Aquel era su santuario. Eleanor lo había llamado «torre», pero no le importó. Era su espacio, su sitio. Su escape.

Pero ahora se le había arruinado. Lo sabía en lo más profundo de su ser.

Nunca volvería a ser lo mismo. Eleanor había cambiado aquel lugar. Allí habían creado juntos unos recuerdos que lo cubrían todo. No podía estar en esta casa sin pensar en ella. No podía caminar por su propiedad sin pensar en ella.

Jake se quedó mirando las montañas. ¿Y ahora qué?

¿Venderla? ¿Comprar otra casa? ¿Otro escape?

Se dio cuenta al instante de que eso no funcionaría. Si lo hacía, estaría huyendo. Una vez más.

Había huido de su pasado años atrás cuando dejó Perth. Se dijo entonces a sí mismo que se marchaba para dejar atrás a su disfuncional familia y a varias generaciones de fracaso heredado. Y en cierto modo así era.

No había podido seguir soportando el peso que suponía su madre. La montaña rusa de sus emociones, sus absurdas y constantes declaraciones de amor hacia él que no se sustentaban en ninguna sustancia.

Pero ya entonces huyó también de lo que sentía por Eleanor. De la profundidad de sus emociones. De cuánto le necesitaba.

Se cerró, asustado por aquellos sentimientos que no sabía cómo manejar. En los que no sabía siquiera si podía creer.

¿Y qué había conseguido al marcharse?

Sentirse culpable.

Ahora sabía por qué nunca había llamado a Eleanor. Por qué no había intentado volver a ponerse en contacto con ella.

Llevaba ocho años viviendo en la misma ciudad que él sin que lo supiera. Qué terrible pérdida de tiempo. Y todo por la culpa. Culpa por no haber sabido enfrentarse a lo que ella necesitaba de él. Por no saber abarcar el volumen de su dolor por la muerte de su madre y del amor que sentía hacia él.

¿Sería esa la razón por la que se había cerrado a los sentimientos? ¿Por temor a volver a fallar si permitía que alguien más le amara?

Como le había fallado a su madre al marcharse. Y a Eleanor.

Y ahora estaba a punto de hacerlo otra vez.

Pero esta vez era peor. Esta vez no estaba rechazando un enamoramiento adolescente.

Esta vez era amor.

La amaba.

Tuvo que repetírselo unas cuantas veces mentalmente y luego en voz alta antes de terminar de creérselo.

Y no se sentía agobiado, ni presionado, ni tenía miedo.

Se sentía… bien.

Era una verdad incuestionable: estaba enamorado de Eleanor.

Y tenía que arreglar las cosas.

Enseguida.

La llamó en aquel mismo instante, pero ella no respondió.

Se dio cuenta de que no lo haría. Ni tampoco le abriría la puerta. Necesita un plan B.

Una semana más tarde, Eleanor y Mandy estaban relajadas en unas sillas en un bar de Balmoral Beach. El sol se filtraba a través de los enormes ventanales y la brisa matinal atravesaba las láminas de las persianas. Ante ellas tenían una montaña de crepes de arándanos, y más allá, la gloriosa vista del puerto.

—Entonces, ¿hoy tienes los ojos marrones, Eleanor? —preguntó Mandy mirándola por encima de su taza de café.

Eleanor asintió.

—Tenía ganas de cambiar —dijo, aunque no era del todo cierto.

De todos los recuerdos que tenía de Jake, había uno que le costaba más trabajo borrar.

Oh, ¿a quién quería engañar? En su subconsciente afloraba una marea de imágenes, palabras y sensaciones relacionadas con Jake en cuando bajaba un poco la guardia.

Pero había un recuerdo que se asomaba con más frecuencia que los demás.

Estaba tumbada en la manta, rodeada por el ruidoso silencio de las montañas. Jake se cernía sobre ella mirándola como nadie nunca la había mirado antes. Y ella tenía los ojos marrones. ¿Era una estupidez aferrarse a aquel recuerdo y haber tirado las lentes de contacto verdes para recordar a Jake cada vez que se miraba al espejo?

Sin duda sí.

Pero quería conservar aquel momento. Un momento en el que se sintió libre y en el que todo parecía posible. En el que se sintió verdaderamente bella durante un instante.

—Cada vez será más fácil —dijo Mandy.

Eleanor sacudió ligeramente la cabeza.

—Lo sé.

Pero iba a necesitar mucho tiempo. Al menos otros trece años, pensó.

—Deberíamos ir a bailar el próximo fin de semana. Para distraerte.

Eleanor no podía creer lo que había sucedido desde que salió aquel artículo en el periódico dos semanas atrás.

No se había equivocado: mucha gente se llevó una sorpresa.

Y también había hecho daño a algunas personas, personas a las que conocía desde hacía años y que acababan de darse cuenta de lo poco que sabían de ella.

Pero de entre el enorme grupo de personas a las que ella llamaba «amigo» había surgido uno más pequeño. Amigos de verdad, gente que había sentido simpatía hacia ella por la humillación pública, y sobre todo, por la tristeza de su pasado y su reciente dolor por Jake.

La antigua Eleanor había quedado al descubierto sin que la nueva tuviera que desaparecer.

Imagen Perfecta alcanzó incluso una semana récord en nuevos clientes.

¿Quién lo hubiera dicho?

Jake. Él lo sabía.

Tenía razón. Nunca había dejado de ser la antigua Eleanor. Cuando estaba en Fremantle se sentía demasiado asustada para salir del estereotipo que le habían asignado en el colegio. Así que construyó tantos muros para protegerse que incluso una vez en Sídney se sentía sola a pesar de estar rodeada de gente.

Ahora no había muros. Seguía teniendo un poco de miedo, pero no había marcha atrás.

—Sería estupendo ir a bailar —le aseguró a Mandy.

Y pasaron largos minutos hablando de las posibles opciones.

Mandy había sido la mayor sorpresa. Solo había hecho falta una sincera disculpa para que se presentara en su casa con galletas de chocolate para complementar el helado. Eleanor pensaba sinceramente que no habría logrado sobrevivir a las dos últimas semanas sin ella.

Ni tampoco sabía cómo había logrado sobrevivir los últimos trece años sin una amiga así.

—Oh, mira —dijo Mandy señalando con la cabeza hacia la pareja que estaba pasando por delante del café—. Sigues siendo medio famosa.

Eleanor ya ni siquiera se inmutaba. Tras dos semanas de que la gente le preguntara si era la chica del periódico, ya se había acostumbrado.

Así que sonrió a la pareja que la saludó con la mano. Y luego a un grupo de chicas adolescentes que la señalaban emocionadas. Así que no estaba tan mal.

Lo único que le faltaba era Jake.

Pero, si se esforzaba lo suficiente, solo le echaba de menos unas doscientas veces al día.

Allí en la playa había más gente que se fijaba en ella. Esta vez fue una pareja madura que le saludó al unísono con la mano.

—Pensé que a estas alturas ya sería agua pasada —le dijo a Mandy—. Ya no soy noticia.

Mandy se encogió de hombros.

—Al parecer lo sigues siendo.

Mientras se tomaba lentamente el café empezó a reunirse un grupo de gente en la playa. Hacía fresco, no era un día de playa. Además, la mayoría iba en vaqueros, no en bañador.

—Me pregunto qué está pasando.

Mandy volvió a encogerse de hombros. Había un periódico doblado en la esquina de la mesa, y su amiga lo agarró y se dispuso a leerlo mientras Eleanor seguía mirando.

El grupo se fue haciendo más grande y finalmente Eleanor vio a un par de equipos de televisión. Miró hacia el mar en busca del motivo de tanto revuelo.

—Mandy, tienes que ver esto. Es muy raro.

—Mmm —su amiga no mostró ningún interés—. Eh, estoy leyendo un artículo fascinante. ¿Quieres echarle un vistazo?

Eleanor negó con la cabeza. Lo que estaba ocurriendo en la playa, fuera lo que fuera, era mucho más interesante.

—Eleanor, de verdad creo que deberías leer esto —insistió Mandy.

Ella la miró de reojo.

—Dime los titulares —dijo antes de mirar otra vez hacia el puerto.

La gente parecía haberse congregado en torno a algo que estaba situado entre la orilla y el paseo marítimo.

—Sería más lógico que lo leyeras tú misma.

Mandy le blandió el periódico en la cara y ella lo agarró con una mano, dejándolo caer sobre su regazo en la página de aquel artículo al parecer tan importante.

Pero mantuvo la vista en la playa.

—Eleanor, por favor, lee el artículo —le pidió Mandy.

—¿Qué es eso tan interesante que tengo que leer ahora mis…? —se quedó sin voz al ver las enormes letras mayúsculas que ocupaban toda una página del periódico.

No podía ser cierto.

Eleanor Cartwright: encuéntrate conmigo en Balmoral Beach a las nueve de la mañana. Tengo algo que pedirte.

Jake Donner.

Eleanor se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Mandy.

Ella alzó la vista. Mandy estaba a su lado. Asintió.

—Entonces será mejor que bajes a la playa. Ya llegas tarde.

Eleanor se las arregló para ponerse de pie con las piernas temblorosas. Todos los clientes del café la miraban sonrientes.

—¿Estás metida en esto? —le preguntó a Mandy tratando de entenderlo.

—Sí. Pero ahora es cosa tuya —su amiga le dio un empujoncito—. Adelante.

Se las arregló para dar un paso y luego otro. Así salió del café, al paseo y, tras quitarse las sandalias de piel, bajó a la playa.

Sintió la arena sorprendentemente cálida bajo los pies. Cuando se acercó, la gente se abrió un poco para dejarle paso, pero seguía sintiendo todos los ojos clavados en ella.

Y allí, en medio de todo, estaba Jake.

Descalzo, con vaqueros desteñidos y camisa blanca remangada hasta el codo. Cuando se acercó a ella sonrió. No parecía ser consciente del resto de la gente, o de las cámaras que se cernían a escasos metros de ellos. Solo tenía ojos para ella.

—Hola —dijo a un metro de ella.

—Hola —respondió Eleanor con dulzura. Solo habían pasado dos semanas desde la última vez que le vio, pero le miró para embeberse de él. Le había echado de menos—. Jake, ¿qué es esto?

—Quería disculparme por haber sido un idiota.

—De acuerdo —contestó ella—. Yo también siento que hayas sido un idiota —añadió sin poder resistirse.

Jake se rio con ganas. Eleanor le sonrió.

Se acercó a ella y le tomó las manos.

—Te amo —dijo.

Eleanor cerró los ojos sin poder creer lo que estaba oyendo. Había esperado tanto a que esto sucediera…

Jake le apretó con fuerza los dedos.

—¿Eleanor?

Ella abrió los ojos y ladeó la cabeza para mirarle.

—Yo también te amo.

Entonces Jake dejó escapar el aire que al parecer estaba conteniendo. Eso la hizo sonreír. Como si alguna vez hubiera cabido alguna duda sobre eso.

—Bueno, es una buena noticia. En caso contrario esto habría sido un poco violento.

—¿Te refieres al anuncio en el periódico y a las cámaras?

—A eso también. No me contestabas las llamadas.

—Esto parece una solución un tanto extrema —señaló Eleanor.

—Quería que tuvieras claro que lo digo en serio. Que no voy a cambiar de opinión. Y lo más curioso es que por primera vez en mi vida quería que todo el mundo supiera algo de mí. Quería que todo el mundo supiera cuánto te amo y la suerte que tengo de tenerte.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas y tragó saliva, pero entonces se dio cuenta de que no importaba. No tenía nada que esconder. ¿A quién le importaba si se le corría el rímel delante de las cámaras de televisión? Estaba enamorada de Jake Donner y Jake Donner estaba enamorado de ella. Eso era lo único que importaba

Podía llorar de felicidad todo lo que quisiera.

—¿A qué otra cosa te referías cuando dijiste que habría sido muy violento? —le preguntó.

—Ah —dijo él con sonrisa pícara y los ojos brillantes—. Debía referirme a esto.

Hincó una rodilla en el suelo y sacó milagrosamente del bolsillo una cajita de terciopelo. La abrió y el sol hizo que el diamante brillara en un millón de direcciones.

—Eleanor, ¿quieres casarte conmigo?

Y como las piernas ya no la sostenían, cayó de rodillas frente a él.

Y le dijo que sí con lágrimas en los ojos.

Entonces él le puso el anillo en el dedo y la estrechó entre sus brazos.

La gente que estaba alrededor les coreó y las cámaras despidieron sus flashes, pero ella solo tenía ojos para Jake.

—Eres preciosa, Eleanor.

Y aunque se le hubiera corrido el rímel y tuviera arena en el pelo, le creyó.

Epílogo

A ÚLTIMA hora de aquella tarde de enero y sin ninguna cámara a la vista, Eleanor se acercó caminando hacia la sombra de un eucalipto.

El sol veraniego le calentaba los hombros y una fina brisa le alborotaba la fina seda color marfil del vestido. Apretaba con fuerza entre las manos el ramo de tulipanes no porque estuviera nerviosa, sino para recordarse a sí misma que aquello era real.

No había pasillo, ni alfombra blanca. Ni siquiera sillas.

Solo estaba Mandy, preciosa y sonriente como siempre, y un amigo de Jake, Paul, a su lado con Albert y Lizzie a los pies.

Eleanor había descubierto que Jake se las había arreglado para hacer un par de amigos a lo largo de los años. Eran unos fanáticos de la informática como él o unos apasionados de la montaña, también como él. Así que a ella le caían bien.

Ella creía haber sorprendido también a Jake. Su acuerdo de estar de lunes a viernes en la ciudad y los fines de semana en las montañas funcionaba bien. Al principio la acompañaba a regañadientes alguna vez cuando salía a cenar con amigos o incluso a alguna fiesta. Poco a poco se había ido soltando. No era un animal social, eso estaba claro. Pero lo estaba intentando, e incluso había admitido que salir y charlar con los amigos no era tan malo. Incluso le pareció ver que en un par de ocasiones se divertía.

Las zapatillas planas de Eleanor se deslizaban en silencio sobre la hierba. Había tanto silencio que le pareció que se podía escuchar el fuerte latido de su corazón.

Delante de ella estaba el oficiante, frente al tronco del árbol, y a su derecha, vestida con una camisa del mismo color que su vestido y por supuesto sin corbata, estaba Jake.

Le sostuvo la mirada mientras se acercaba. Cuando finalmente llegó hasta él, Eleanor alzó la cabeza y observó sus fuertes facciones iluminadas por la luz que se filtraba a través de las hojas del eucalipto. Quería recordar aquel momento, capturarlo para siempre en la memoria.

—Eres preciosa —le susurró Jake.

Y Eleanor sonrió.

Por supuesto, no había dejado de maquillarse porque le encantaba hacerlo. Pero se aplicaba menos producto. Ya no necesitaba esconderse detrás de él.

—No llevas vaqueros —le dijo.

Estaba particularmente guapo con aquellos pantalones de tela.

Jake sonrió.

—Por ti lo que sea, Eleanor.

Y eso parecía. Recientemente habían empezado a visitar a su madre en la residencia porque ella se lo había pedido. Diana no odiaba a Jake. A pesar de que tenía un daño cerebral permanente por las drogas, resultaba obvio que era todo lo contrario. No, las cosas no eran perfectas entre ellos y tal vez nunca lo serían, pero era un principio. Aquella mañana habían desayunado juntos.

Y cuando le contaron lo de la boda, Diana sonrió.

Jake también se había dado cuenta. Eleanor percibió incluso un brillo en su mirada.

Uno de los perros, Albert, ladró. Y Eleanor se rio. Al parecer, los invitados empezaban a impacientarse.

Eleanor le pasó el ramo a Mandy y luego se giró otra vez hacia Jake mientras él le tomaba las

manos entre las suyas.

—¿Puedes oírlo? —le preguntó.

Eleanor no tuvo que preguntarle a qué se refería.

Así que escuchó el silencio. Desde el agitar de las hojas encima de sus cabezas a los acallados sonidos de los perros. Y más allá, el distante grito de una urraca. Y el silencioso barullo de las montañas.

Un silencio que ya no la asustaba.

Le encantaba la música, el movimiento y la diversión, pero cuando estaba sola ya no necesitaba ruido para bloquear la verdad.

La verdad de que estaba sola.

Porque no se sentía sola. Ya no.

Tenía amigos, amigos de verdad que la querían como era, no porque dijera siempre lo adecuado o se comportara como debía.

Y tenía a Jake. Y Jake la tenía a ella.

Asintió sonriendo.

—Es perfecto, ¿verdad?

Entonces, ignorando los gruñidos del oficiante, que murmuró algo sobre hacer las cosas en orden, Jake la besó.

Y Eleanor le besó también.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com